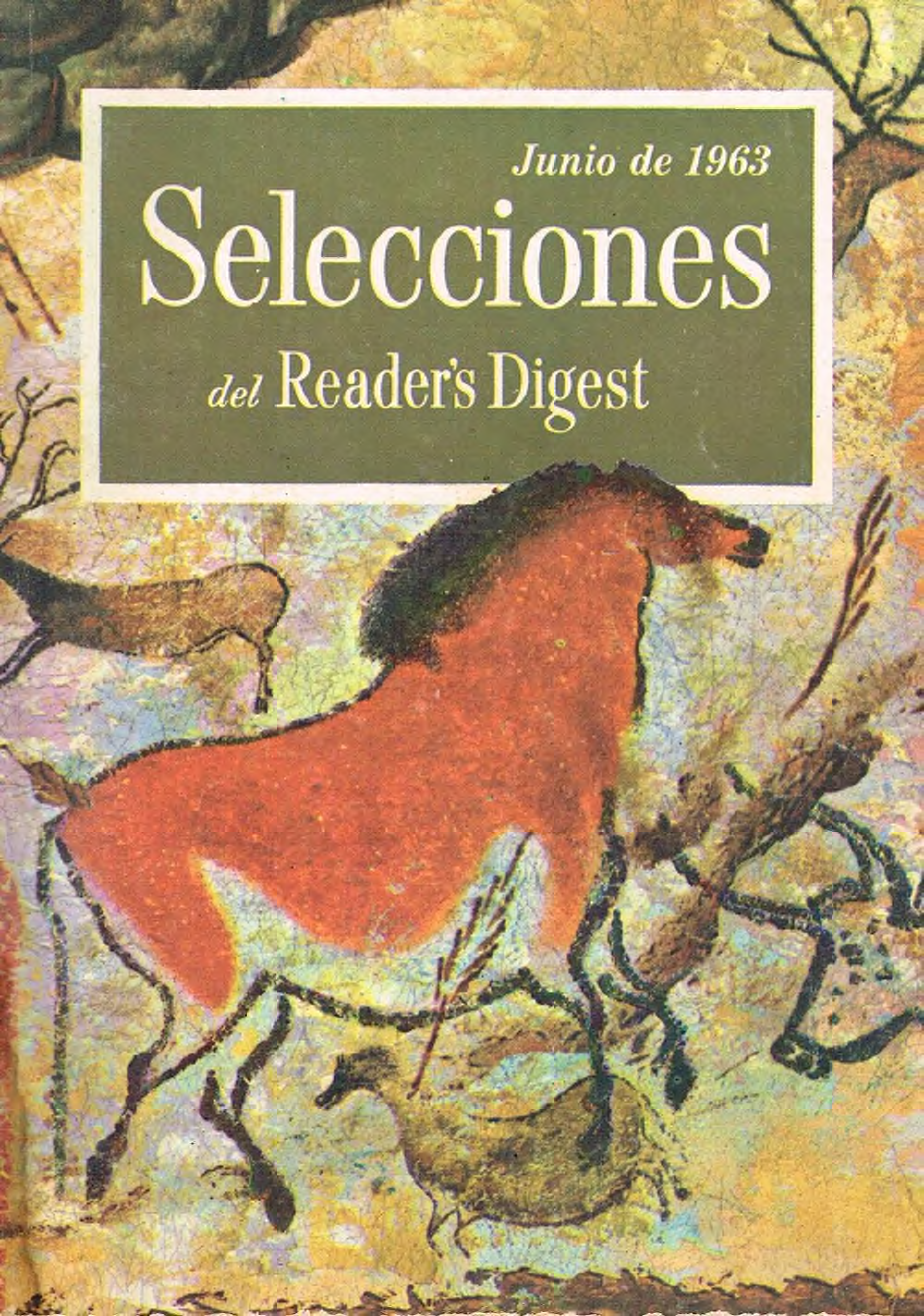


Junio de 1963
Selecciones
del Reader's Digest

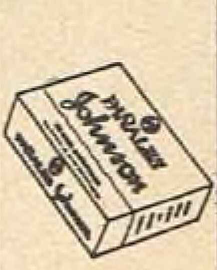
qué tal!.. yo soy un bebé Johnson

...y todo bebé JOHNSON es un bebé feliz, porque especialidades JOHNSON para Niños custodian su bienestar.

Especialidades Johnson para niños



ACEITE



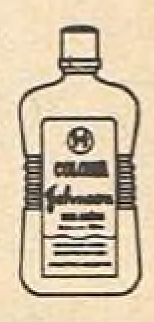
PAÑALES



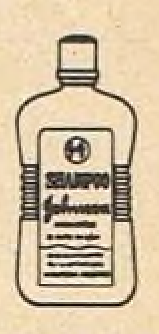
POLVO



JABON

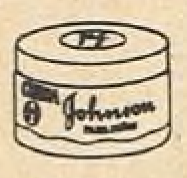


COLONIA



SHAMPOO

- Científicamente preparadas de acuerdo a la delicada piel infantil.
- Rigurosamente controladas durante todo su proceso de fabricación.



CREMA

HAGA FELIZ A SU BEBE: TRATELO CON JOHNSON!

Si es de 

lo garantizan más de 80 años de experiencia mundial.


OMEGA

El reloj más preciso que su relojero puede proponerle: un cronómetro Omega Constellation

Para obtener el título de cronómetro, un reloj tiene que pasar con éxito las 360 horas de prueba a que lo somete una Oficina de control oficial, supervisada por el Gobierno suizo. Cada Constellation la supera. Obtiene la mención especial de « Resultados particularmente buenos », la más alta distinción que esta oficina puede conferir.

Un reloj para toda la vida

La manufactura de relojes tan perfectos, exige un particular cuidado. Cada Constellation pasa 1497 pruebas durante su fabricación y algunas de sus piezas son manufacturadas a 2/1000ª de milímetro.

Un reloj de esta clase durará « toda la vida » si le concede Vd. el mínimo de cuidado (limpieza y aceitado) que requiere todo mecanismo de precisión que funciona las 24 horas del día.

En relojería, la duración y la precisión siempre marchan unidas.

Más preciso porque es automático

El automatismo le ahorra definitivamente una preocupación diaria: la de dar cuerda a su reloj. Esta no es su sola ventaja sino que también aumenta la precisión del Constellation.

El resorte de un reloj automático no está nunca completamente aflojado ya que se da cuerda a cada movimiento de su brazo. De ello resulta una fuerza motriz más regular, por consiguiente una mayor precisión.

¿ Qué representa la garantia internacional Omega?

Es evidente que un reloj como el Constellation puede ser garantizado integralmente contra defectos y accidentes (salvo robo, pérdida e incendio).

Este es el caso de todos los Omega. Además, esta garantía es internacional. Es honrada durante un año por todos los concesionarios Omega del mundo entero.

Puede Vd. tener la certeza de que también en el extranjero podrá beneficiarse de la garantía y del servicio Omega.

Ω
OMEGA

Escoja Vd.

Todos los Constellation son automáticos, impermeables, a prueba de golpes y antimagnéticos. La colección completa comprende modelos de oro 18 quilates, goldcap (oro y acero), acero, con o sin calendario.



SELECCIONES

del Reader's Digest

Tomo XLV Nº 271 Junio de 1963

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Carlos Escallón, *gerente*; Douglas W. London, *vicepresidente*; Raúl Sánchez Ortiz, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*, Ricardo Robinson y Enrique Trench, *representantes*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

SELECCIONES

se vende en las principales

librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 30,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia (Bs. 2,50*) — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Chile (Eº 0,40*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,00*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 30,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,50*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,25*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLV, Nº 271, June 1963. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina - GUILLERMO KRAFT LTDA. - Reconquista 319



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144



Manía de perfección

POR CLIFTON FADIMAN

Condensado de "Holiday"

Un ensayista bien conocido por su ingenio pone en tela de juicio la idea de que la "versión nueva y mejorada" es siempre superior

LA OBSESIÓN de mejorar las cosas, que podríamos llamar en términos médicos "manía de perfección", forma parte integral del curso de la vida moderna. Nuestros abuelos, asaz ingenuos, creían en la "perfectibilidad del hombre". Hoy, ante las numerosas pruebas que desvirtúan esa idea, la hemos remplazado con una arraigada creencia en la "perfectibilidad de las cosas". Si no somos capaces de mejorar al hombre, nos decimos, podremos al menos dedicarnos a inventar una ratonera mejor. Mas semejante empeño ofrece también sus peligros.

Los proyectistas obsesionados por la perfectibilidad se orientan por uno o varios dogmas sagrados. He aquí algunos de ellos:

1. *No dejar ningún objeto en paz.* Este es el mandamiento básico y el siguiente ejemplo servirá para ilustrarlo. Tengo ante mí dos cascanueces. El primero es un utensilio de la edad de piedra, cuya única función es partir nueces. Está hecho con dos patas sencillas, articuladas en uno de sus extremos y con superficie dentada a todo lo largo para poder asir fuertemente cualquier nuez o fruto parecido. El otro cascanueces es un hermoso aparato cromado, de diseño aerodinámico como para no ofrecer resistencia al aire, un instrumento de indudable eficacia si se tratara de lanzarlo al espacio. Sus extremidades, dignas de una Marlene Dietrich, marcan tres curvas exquisitamente onduladas

para nueces grandes, medianas y pequeñas. Desgraciadamente, sólo



puede asir algunas nueces de tamaño preciso y, en cuanto a cascarlas, ¡ni hablar de eso!

2. *Encerrar las cosas herméticamente.* La ley de la inaccesibilidad funciona con precisión de máquina en el caso de muchos objetos comunes y corrientes: latas de sardinas, cajas para cigarros que se deben abrir de golpe y toda una serie de artículos amortajados en celofán. Tengo a la mano dos empaques para libros. El nuevo se llama "la bolsa instantánea" y ofrece dos características principales: 1) unas grapas que ceden solamente ante los dedos de Hércules y 2) unos costados blandos rellenos de recortes de papel de sucio aspecto. Las esquinas de los libros casi siempre penetran hasta el papel desmenuzado y, si esto no sucede, entonces la lucha para abrir las grapas producirá el mismo resultado; es decir, una distribución uniforme y general de picadillo de papel.

El segundo empaque, o sea el anticuado, es una caja sencilla de cartón que se puede abrir inmediatamente tirando de un cordón. Carece de aditamentos ingeniosos. Tan sólo asegura fácil acceso a los libros.

3. *El tamaño que se supone correcto es siempre insuficiente.* Para ilustrar este dogma, basta con citar las puertas de salida de los modernos vagones de ferrocarril, diseñadas como para dividir el viaje cotidiano de los pasajeros suburbanos en dos períodos iguales de tiempo: los 45 minutos que tardan en el trayecto y otros 45 minutos que necesitan para llegar desde el interior del vagón hasta el andén. También pueden citarse aquellos taxis que nos obligan a emprender una verdadera lucha para abandonarlos.

La mayoría de las billeteras se diseñaron pensando que el hombre moderno nunca lleva consigo más

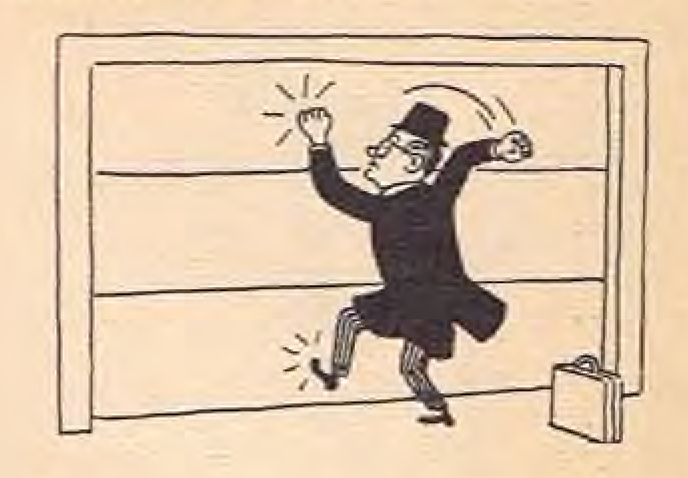


de un billete, o a lo sumo dos. Mas la verdad es que el hombre moderno, inseguro de su propia identidad, se ve obligado a llevar toda clase de indicios para demostrar que es alguien. (Yo, por ejemplo, llevo en mi billetera un abono del ferrocarril suburbano, la tarjeta del seguro social, dos tarjetas de identificación para caso de hospitalización, dos cheques por pequeñas cantidades que tengo intenciones de cobrar desde hace ocho meses, toda una serie de tarjetas comerciales de diversos conocidos que ahora no puedo recordar y una buena cantidad

de pelusa.) También me pregunto por qué en los sobres con porte pagado para devolución que suelen enviar los bancos y las grandes tiendas no cabe más que un papel y no se puede cerrar si se les agrega otra hojita. ¿Y por qué las perchas de madera para colgar pantalones de hombre estarán medidas de forma tan absurda que, al doblar la prenda, resulta siempre más ancha que la barra de donde se cuelga?

4. *Lo complejo ha de prevalecer siempre sobre lo sencillo.* La pluma estilográfica que uso para escribir estas líneas tiene 13 años. Es sumamente anticuada. Se le destornilla la tapa para cargarla de tinta mediante la operación de apretar y soltar alternativamente un depósito de caucho cuyo costo debe ser bien bajo. No tiene resortes, ni palancas, ni motores hidráulicos, ni líneas aerodinámicas, ni bario, ni iridio, ni torio; no se puede arrojar desde un avión sin que se rompa; carece de adornos y sólo se consigue en un color, el negro. Únicamente sirve para escribir. No puede decirse lo mismo de otros artículos más complejos que hoy le hacen la competencia.

La doctrina de la perfectibilidad de las cosas tiene origen en un error que puede considerarse como proceder infantil. Los niños pequeños mueven las manos y los brazos sin objeto alguno, simplemente porque están encantados de poder moverlos. En forma parecida, cuando nosotros los ingeniosos "adultos" descubrimos que con las maravillosas herramientas nuevas se puede modificar casi cualquier objeto, llega



mos a la conclusión de que es menester cambiarlos.

Las puertas de mi garaje funcionan por medio de un dispositivo eléctrico. Un verdadero milagro Pero, cuando falla la corriente (como sucede a menudo en el campo), estoy perdido. ¿Pueden considerarse como verdaderos adelantos las ventanillas de los automóviles que se abren y se cierran eléctricamente? ¿O son apenas el resultado de la liberación del instinto del juego, algo equivalente al proceso que tiene lugar cuando un niño se chupa el dedo? En cuanto a las aletas de atrevido diseño de la parte trasera de un automóvil, ¿contribuyen en realidad a mejorar las cualidades del vehículo? ¿O son únicamente el resultado de alegres experimentos con un juego de Mecano que vale miles de millones de dólares?

Y, para ponernos al día, ¿son los satélites el fruto de una curiosidad científica fundamental? ¿O equivale tan sólo este empeño en comunicarnos con el deshumanizado espacio ultraterrestre a confesar que hemos sido incapaces de comunicarnos con nuestros semejantes?

sólo lo LEGITIMO es CALIDAD...



...y sólo es Ban-Lon® legítimo

con esta Etiqueta!

® MARCA REGISTRADA

Páginas sueltas

Cuando oigo que felicitan a alguien por su "suerte" después de haberse apuntado un éxito ... o cuando a mí mismo me celebran en parecidos términos después de algún triunfo obtenido ante un tribunal de justicia, me da por pensar en que tal "suerte" me favorece por lo general a las dos de una fría madrugada, cuando me encuentro, con los ojos pesados y molidos los huesos, leyendo libros de derecho en preparación de algún caso. Jamás acude a buscarme estando yo en el cine, en el campo de golf, o arrellanado en un sillón. — Louis Nizer

Aunque nadie sabe cómo es el cielo, nos acogemos al pensamiento expresado por cierto granjero que cultiva manzanas: "Espero sinceramente encontrar árboles en el empíreo. No deseo ver calles doradas donde nunca se oculte el sol; eso no es para mí. Quiero hallar crepúsculos, praderas verdes, heladas otoñales e invernales carámbanos ... con una que otra tormenta de marzo por añadidura. Todos éstos son elementos indispensables para darle a la manzana el gusto apropiado".
— Loren Donelson

La tensión constituye, en realidad, parte integrante de nuestra existencia. Toda nuestra norma de vida se rige por nuestro punto de máxima tensión. Si acertamos con él, tendrá nuestro vivir un propósito determinado, será dinámico, útil y feliz. Si lo sobrepasamos, reventamos. Si nos mantenemos muy por debajo, vegetamos.
— Dr. Howard Rusk

Desayunémonos como reyes, almorcemos como príncipes, pero cenemos como mendigos.
— Adelle Davis, en *Let's Eat Right to Keep Fit*

Me deleitan las herramientas que se hacen para los mecánicos. Por contemplarlas suelo detenerme ante los escaparates de las ferreterías. ¡Si tan sólo pudiera encontrar el pretexto para comprar algunas más, so capa de que pudiera necesitarlas! ¡Son tan bellas, tan sencillas, tan bien enderezadas a su objeto! No tienen ningún "arte". No han sido *hermoseadas: son* hermosas.
— Robert Henri, en *El espíritu artístico*

Si Shakespeare viviera hoy, estoy seguro que escribiría para la televisión. Thoreau (el filósofo y ensayista norteamericano) no sólo no escribiría para ese medio, sino que ni siquiera tendría televisor. Y P.T. Barnum (famoso empresario del circo) exclamaría: "¡Cerremos el circo! Ahora ya podemos atrapar a todos los necios a la vez bajo la misma tienda". — James Michener

Así es la vida

Mi abuelo, recientemente, tuvo ciertas dificultades con la empresa proveedora de gas. Había caído días antes la nevada más copiosa del año, y los empleados de la compañía no pudieron ir a todas las casas para leer los contadores del combustible. A él le mandaron un "cálculo aproximado" de lo que había consumido: 39 dólares. Molesto, devolvió la cuenta con un cheque y una nota que decía: "Incluyo cheque por 25,50 dólares. Cuando se trata de hacer "cálculos aproximados", soy tan competente como ustedes".

—H. C. K.

La esposa de nuestro dentista acababa de tener su primer bebé cuando mi marido llegó al consultorio para que le pusiera un empaste. Ya en el sillón, soportó con los ojos cerrados el tormento preliminar, hasta que el dentista le dijo: "Perfectamente. Ahora, muerda, pero no muy fuerte". Y mi marido obedeció: era un puro que el doctor le regalaba para celebrar la llegada de su primogénito. —Sra. B. N. S.

Le dije a mi vecina que, cuando mi hija regresara de la escuela, le iba a pedir que lavara la carrocería de nuestro automóvil. Ella, a su vez, comentó que su hijo de 12 años, al regreso de la clase aquella tarde, se ocuparía en quitar las ramas caídas de un árbol que entorpecían el paso a la entrada de la casa. Horas después, mientras lavaba yo el coche, observé que mi vecina se hallaba ocupadísima quitando las ramas que estorbaban. —Sra. K. N.

Nací en el sur del país y he descubierto que, en Nueva York, la urbanidad es motivo de sospecha. Cierta vez, en el ferrocarril subterráneo, me levanté para ceder mi asiento a una dama joven. El cincuentón que iba junto a mí me dijo con tono impertinente:

—¿Pretende usted coquetear con mi esposa?

—No, señor, sólo trato de ser atento —repuse.

—Pues vaya usted con sus atenciones a otra parte —replicó él al punto.

En otra ocasión, invité a una señora cargada de paquetes a que ocupara el asiento que acababa yo de abandonar y, para sorpresa mía, me preguntó si me pasaba algo y, notando que llevaba yo una enorme cartera negra, añadió: "Usted debe ser el loco que anda poniendo bombas en todas partes". Tuve que irme al otro extremo del vagón antes de

que se armara un gran escándalo.

Por último (y fue en realidad la última vez que traté de ceñirme a la cortesía), ofrecí mi asiento a una ancianita que exclamó:

—Oiga, joven, ¿tan vieja parezco? Pues no, todavía puedo sostenerme en pie. —H. J. B.

No es la ciudad de Washington la más propicia para un entusiasta de los esquís; de modo que mi amigo, a quien le da por ahí, aguardó pacientemente que le avisaran que había nevado en abundancia en Davis (Virginia), la población más cercana (a cinco horas de viaje en auto) con servicios para esquiadores. Apenas se enteró de que había nieve en Davis, partió apresuradamente. Pero al llegar se dio cuenta, con explicable pesadumbre, de que había olvidado sus botas de esquiar.

Para colmo, no pudo comprar ni alquilar botas en Davis y eso lo llevó al borde de la desesperación... hasta que se le ocurrió una idea luminosa. Dirigiéndose al puesto cercano de socorro, aguardó la ocasión propicia; al cabo de una hora llegó un señor cojeando, porque se había lastimado una pierna durante el deporte, que se despojó de sus botas ¡a la medida de las que mi amigo había olvidado en casa! Y el lesionado no tuvo inconveniente en prestárselas a tan porfiado esquiador. —H. A. L.

Mi hermana y yo comentábamos con amargura la tarea que es lavar toda una montaña de platos sucios en la cocina, cuando llegó mi abuelita con un paño en la mano y dijo mirándonos:

—Me encanta lavar la vajilla. Mientras más, mejor. Muchos platos significan abundante comida que, lógicamente, quiere decir muchas personas... lo que, a su vez, implica una grata reunión familiar.

Concluimos rápidamente la labor que se nos había encomendado ante el fregadero, no sólo sin quejarnos, sino con la misma actitud optimista de que se ufanaba la abuelita. —H. W.

Iba yo con otro empleado del supermercado empujando un carrito lleno de verduras. De pronto una rueda se enredó en algo y mi compañero quedó sepultado bajo una avalancha de tomates, lechugas, rábanos y zanahorias. El jefe de la tienda, que se disponía a echarnos un sermón por nuestro descuido, se quedó con la palabra en la boca al oír que del medio del montón de verduras salía una voz que decía:

—¿Quién me hace el favor de pasarme el aceite y el vinagre? —R. E.

En un cafetín rural se sentó a mi lado un sujeto que dijo ser agricultor.

—¿Cómo es posible cultivar la tierra en un lugar tan montañoso? —le pregunté—. Aquí las laderas parecen casi cortadas a pico.

—Sí, es difícil— convino—. Pero tenemos la ventaja de poder sembrar el terreno por ambos lados. —D. A. G.



Tengo por vecino y amigo a un capitán de la Armada ya retirado. Aunque septuagenario mira al mundo de frente y se mantiene excepcionalmente fiel al deber y a la disciplina y a su convicción sobre la infalibilidad de las fuerzas navales. Cierto día, después de haber escuchado una trasmisión radiada de *Madame Butterfly*, la esposa del capitán, llorando de emoción le dijo con un suspiro:

—¡Ese teniente Pinkerton debe haber sido el peor oficial que la Armada haya tenido jamás!

El capitán frunció el ceño ante la condenatoria frase de su señora, y al fin respondió en forma terminante:

—Estoy seguro que pertenecía a la reserva. —R. H. H.

La esposa de un soldado que se hallaba de servicio en el extranjero fue llevada apresuradamente al hospital, donde dio a luz un varoncito. Cuando regresó a su hogar con el recién nacido, una amiga vino de visita. Después de felicitarla por el advenimiento de la criatura, le preguntó:

—¿Y qué piensa su marido de su flamante heredero?

—Todavía no sabe que es papá —respondió la señora—. A él le toca el turno de escribir. —D. B.

Después de la batalla de Monte Cassino, la madre de mi esposo recibió el obligado aviso oficial con que se le daba la noticia de que su hijo había resultado herido durante el combate. Sabiendo cuánto iba a afligirle la noticia, el joven se apresuró a escribirle una carta desde el hospital, que decía:

"No te preocupes, mamá. Estaré otra vez batiéndome en primera línea antes de lo que te figuras". —F. A. T.

A los 18 años, nos preocupaba David por su absoluta falta de interés en el sexo opuesto; así que nos preguntábamos si acaso los dos meses que había pasado en un campamento militar no habrían alterado su natural inclinación. Cierta vez que, yendo por la calle, nos relataba sus experiencias como militar, se detuvo de pronto para observar a cuatro atractivas muchachas que venían en sentido opuesto. Las siguió fijamente con la mirada hasta que se alejaron, y luego se volvió hacia nosotros y comentó:

—La segunda de la izquierda no llevaba el paso. —P. W. R.

En la base aérea de Altus en que estaba yo de servicio, recibimos la

SEIS RAZONES POR LAS CUALES LOS DUEÑOS DE UN JOHNSON POSEEN UN MOTOR FUERA DE BORDA QUE RINDE MUCHO MAS

Llevan un fornido gigante en la popa de sus embarcaciones: El gigante Johnson, que les ayuda a arrancar un poco más rápidamente, ir un poco más lejos, y llegar un poco más pronto que usted. ¿Por qué? He aquí seis razones de técnica magníficamente aplicada:

1 ***Potencia duradera de 2 ciclos*** –Cada carrera de pistón produce impulso motor y aceleración de incomparable rapidez y funcionamiento a todo motor el día entero.

2 ***Arranques más rápidos***–Basta con que haga girar la llave o hale de la cuerda para que su motor comience a funcionar. Nunca se había visto arranques tan fáciles.

3 ***Protección de embrague deslizante***–Deja que la hélice de su Johnson "ceda" ante los obstáculos sumergidos. Le permite maniobrar casi en todas partes.

4 ***Nuevo estilo compacto***–Nada de piezas sobrantes ni de adornos innecesarios. Un motor reducido a puro músculo, pero de aspecto clásico y qué le hace honor a toda embarcación.

5 ***Silenciamiento de ruido encerrado***–Nunca tendrá que gritar para que lo oigan. El sonido de los motores Johnson queda totalmente encerrado y se pierde en el mar detrás de su embarcación.

6 ***NUEVA GARANTIA DE DOS AÑOS***–Ahora los diez motores Johnson de 1963 están garantizados contra defectos de fábrica . . . y sin ningún costo adicional para Ud!

Una lista imponente. ¡Por eso no sorprende que en todo el mundo sea mayor el número de dueños de motores Johnson que de cualquier otra clase de motores fuera de borda! Un surtido completo de 10 motores fuera de borda, desde 3 hasta 75 CF, para darle la más amplia selección. El distribuidor local de motores Johnson le ayudará a elegir el modelo preciso para satisfacer sus necesidades.

OUTBOARD MARINE INTERNATIONAL S. A.
Dept. J 47-6 Box 830 · Nassau, Bahamas



Goffre, Carbone & Cia.
Viamonte 1549
Buenos Aires

noticia de la proximidad de un avión que debía aterrizar allí temporalmente. Nos apresuramos a acudir a la pista en el camión de servicio, pendientes del pequeño aparato de propulsión a chorro, que tocaba tierra, rebotaba, ascendía y tornaba a descender, hasta que, finalmente, como de milagro, aterrizó sin sufrir daño alguno.

Una vez que nos recuperamos del susto, remolcamos el avión al espacio destinado a estacionamiento, donde se apeó el piloto, que resultó ser un joven teniente de la Armada. Mi sargento, con una amplia sonrisa, me indicó que me cuadrase y él mismo hizo otro tanto. Asombrado, el joven teniente preguntó:

—¿Son siempre tan corteses con el personal de la Armada?

—No, mi teniente —replicó mi sargento— pero, en la fuerza aérea, solamente un general se atrevería a aterrizar así. —P. G. S.

Una mañana, por los días de la guerra, la sala de espera de cierta estación se hallaba atestada de gente. De pronto, un penetrante silbido lastimó mis oídos. Me volví, y pude ver a una dama elegantemente vestida y de aire aristocrático que tenía tres dedos metidos aún en la boca. Ruborizada, me explicó: "El tren en que viene mi hijo acaba de llegar y estará aquí durante cinco minutos. Como me sería imposible dar con él entre tanta gente, decidí llamarle como lo hacía en casa cuando lo llamaba a comer". En ese momento, un apuesto teniente se abrió paso entre la multitud hasta donde aguardaba la señora, exclamando:

—¡Aquí estoy, mamá! —C. G.

Un amigo nuestro, que sirvió en el centro de reclutamiento de Nueva York en 1943, nos hablaba de un ingenioso método que empleaban allí. "Si algún recluta", nos decía, "fracasaba en la sencilla prueba de lectura y escritura, se le sujetaba a la prueba pictórica y a la de contar cubos, a fin de determinar su grado de inteligencia mínima. Si también en éstas fracasaba, lo enviábamos al piso superior donde debía sujetarse a un examen físico antes de ser devuelto a su lugar de origen. A tales candidatos les decíamos:

"—Al salir de aquí, tome por su derecha y siga adelante después de pasar las tres puertas a la izquierda. Doble luego la esquina hacia la izquierda y, tomando por la derecha, entre en la primera puerta. Siga después a lo largo de la pared hasta llegar a la escalera principal, a su derecha. Ya allí suba usted al tercer piso.

"Uno de nosotros seguía disimuladamente al recluta cuando abandonaba la sala de pruebas, y si lograba llegar a la escalera principal sin grandes vacilaciones, le echábamos la mano encima y lo llevábamos de vuelta a la sala... basándonos en la teoría, perfectamente justa, de que se trataba de un impostor, pues nadie capaz de seguir tales instrucciones podía ser tan imbécil como para fracasar, en las pruebas que le habíamos puesto".

—*The American Legion Weekly*

"Ese hombre tiene un no sé qué..."



POR QUE ATRAE EL HOMBRE QUE USA PRODUCTOS ICE BLUE?

Por su evidente magnetismo... porque tiene confianza en sí mismo... personalidad. Es el hombre de detalle, que conoce y exige la calidad. Y por supuesto, él prefiere Espuma Instantánea Ice Blue, la nueva crema de afeitar en Aerosol, y Ice Blue Aqua Velva, loción para después de afeitarse; son dos finos productos que se complementan para brindar al hombre de hoy, un rostro perfectamente afeitado y compuesto a la altura de la época.



prefiera usted también los productos

ICE BLUE de williams

SECCIÓN DE PRENSA

DEL "STAR" DE INDIANAPOLIS

Hay muchos modos de cascar nueces

El presidente de Guinea, Sékou Touré sabía perfectamente que su pequeño país podría constituir vital base estratégica en el continente africano. También lo sabían los Soviets, que enviaron allá técnicos y grupos de agentes secretos que, a poco, promovieron huelgas y motines. Todo ello estaba dirigido solapadamente por Danil Solod, embajador ruso en Guinea.

Hasta entonces, Touré, que es marxista, había cultivado cordiales relaciones con Solod y los Soviets; pero como marxista conocía bien sus mañas y pronto cayó en que le estaban engañando. No acudió a quejarse a las Naciones Unidas, ni pidió socorro ajeno. Según informes del periodista Victor Riesel, Touré simplemente instaló, a hurtadillas, una máquina grabadora en las oficinas del embajador Solod, a quien poco después invitó a comer.

Todo fue afablemente hasta que la música cesó de pronto y la cinta magnetofónica interrumpió la reunión. A través de los altavoces, quedaron al descubierto, en las propias narices de Solod, los pérfidos planes del embajador. Su anfitrión se puso de pie y le dijo que con ello estaba demostrado que Solod era un espía, un enemigo de Guinea y un hipócrita tal por cual. Sin pararse en fórmulas protocolarias hizo salir al enviado ruso no sólo de la casa sino del país.

Vivificante historia, ¿eh?

DEL "NEWS" DE DETROIT

La indignación es útil

Hace algunas semanas, un amigo me dio a leer un folleto que anunciaba la aparición de cierta revista pornográfica. Publicaciones así nos plantean el viejo problema de la libertad política y de sus limitaciones.

Si la pornografía empieza a corromper a un país, el sistema político basado en la libertad se verá puesto a prueba. ¿Libertad significa libertinaje? ¿Equivale a obscenidad?

¿Qué hacer, entonces? El periodista John Crosby comenta: "Debe reconocerse al artista el derecho de expresar sus propias ideas, pero también nosotros, el sufrido público, tenemos el derecho de expresarnos. ¡Protestemos, pues!"

Cuando vemos algo que nos parece podrido ¿por qué no decirlo? Si perdemos nuestra facultad de indignarnos acabaremos por perder no sólo la libertad sino el alma misma.

— R. P. Richard Emrich

DE "SATURDAY REVIEW"

La caperucita blanca

Hace poco compré unos discos fonográficos que reproducían algunos clásicos cuentos de hadas. Sin embar-

energía!

dinamismo!

alegría de vivir!

Las proteínas y vitaminas se transforman en energía, dinamismo, vida! Albóndigas en Salsa Swift, sanas, nutritivas, contienen las proteínas de la carne y vitaminas del grupo B.

ALBONDIGAS A LA ITALIANA

Calentar en Baño María, las Albóndigas en Salsa Swift con la lata abierta; servirlas con fideos hervidos, espolvoreados con queso rallado.

Solicite a su proveedor

ALBONDIGAS EN SALSA





RICAS EN PROTEINAS Y VITAMINAS DEL GRUPO B

go, cuando escuché el de *Los Tres Cochinitos* me molestó que el Lobo Feroz bajase por la chimenea para caer en un caldero donde hervía el chocolate y convertirse en bombón.

¿Quién tergiversó así el relato? Fueron un enmendador de cuentos y un sicólogo especialista en criaturas, empeñados en eliminar toda violencia de los más sanguinarios cuentos de hadas, para evitar traumas y pesadillas a los niños.

Los demás discos estaban igualmente "desinfectados": en *Hansel y Gretel* (o Pepito y Mariquita) los dos pequeños protagonistas no matan a la bruja encerrándola en el horno, sino que la cuecen durante un rato a una temperatura de 200°C. con objeto de convertirla en una bruja de pan de jengibre. Sin duda aparecerá en la mesa junto al Lobo Feroz de chocolate.

Es un error suavizar los cuentos de hadas. Aunque son pura fantasía, constituyen en realidad una manera eficaz de preparar a los niños a enfrentarse a los aspectos desagradables de la vida. Las criaturas deben aprender, desde temprana edad, que a los perversos no se les puede derrotar convirtiéndolos en galletas. — R. S.

DE "TIME"

Sueños de opio

CON LA circunstancia de que Moscú ha dejado de ser la capital del mundo comunista y la de que existe marcada división entre los rusos y los chinos, ha revivido la tentadora teoría de que algún día Rusia y el Occidente habrán de hacer causa común contra China.

Sería una torpeza por parte de Occidente no aprovechar hasta donde sea posible las diferencias sino-soviéticas; pero resultaría aún más torpe el permitir que la idea de ese conflicto lo indujera a un ilusorio relajamiento de su actitud hacia Rusia. Conviene considerar, por una parte, que a veces el peligro chino se exagera. Es cierto que los chinos son capaces de causar, y causan, graves problemas; pero siendo el suyo un país mal alimentado y escasamente industrializado, difícilmente podría alterar el equilibrio del poderío mundial en el futuro inmediato, aunque Peiping lograra fabricar su propia bomba atómica.

Además, como ya lo indica Roger Hilsman, director de la Sección de Inteligencia de la Secretaría de Estado, no debe uno fiarse del todo de las diferencias sino-soviéticas: "Hay que recordar que la ideología comunista, que tiene por meta la revolución mundial, continúa proporcionando una firme base a la unidad entre Peiping y Moscú. Mientras ambos socios sigan considerando a los Estados Unidos como el obstáculo máximo para el logro de esa meta, tratarán de eliminar sus diferencias y de unirse contra el enemigo común".

En suma, el enemigo de Occidente sigue siendo el comunismo, que con Lenin asumió el poder hace 45 años al grito de: "¡Abajo la democracia! ¡Todo el poder para los Soviets!"

POR QUÉ LAS EXCURSIONES MAS POPULARES A LOS EE. UU. COMIENZAN CON PANAGRA/PAN AM

¡He aquí 6 razones que le demuestran cómo con las Excursiones Fabulosas usted ahorra tiempo, dinero y se divierte más!



1. MÁS VUELOS: Los jets DC-8 de El InterAmericano de Panagra, ofrecen el servicio más rápido y frecuente a los EE.UU. Como los aviones llegan por la mañana, puede irse de paseo desde el primer día.



2. COMITÉ DE RECIBO: A su arribo, representantes especiales de Panagra—de habla española—lo esperan para ayudarlo con los trámites de aduana y demás detalles para que quede libre cuanto antes.



3. LAS MEJORES CONEXIONES: Vuele directamente a Miami o a Nueva York sin cambiar de avión por las rutas de Panagra, Pan Am y National. O si desea, puede hacer conexiones para otras 4 ciudades de los EE.UU.



4. MUCHAS EXCURSIONES: Hallará la que se adapta a su presupuesto. He aquí 2 de las preferidas: 7 días en Miami Beach US$49.40* . . . excursión de 10 días a Miami, Washington y Nueva York US$99.75*



5. SU PROPIO GUÍA: Una persona de la localidad que habla su propio idioma lo acompañará en muchas de las excursiones. Él también le recomendará los mejores lugares para comer y hacer sus compras.



6. SERVICIO TURÍSTICO: Dondequiera que usted vaya, en 64 ciudades de los EE.UU., su pasaje de Panagra/Pan Am pone a su disposición nuestro servicio turístico.

*Por persona, dos en una habitación. No incluye el pasaje aéreo.

SOLICITE GRATIS EL FOLLETO DE LAS EXCURSIONES

EXCURSIONES PANAGRA FABULOSAS

Gerente de Giras, Dept. R-3, Panagra-Pan American, Av. Roque Saenz Peña 788, Buenos Aires, Argentina

Sirvase enviarme gratis los siguientes folletos de las Excursiones Fabulosas:

☐ Miami Beach ☐ Miami-Wáshington-Nueva York ☐ California y Las Vegas ☐ A través de los EE.UU.

Nombre ____________________

Dirección ____________________

Ciudad ____________________ País ____________________

PANAGRA • PAN AM

Pan American-Grace Airways — Pan American Airways



únicos chocolates superfinos con 6 SABORES DISTINTOS

en una sola tableta

en su formato exclusivo de 50 grs.

LICORFLIP

(Seis licores deliciosos)
1. *Sambayón al coñac*
2. *Whisky* - 3. *Nuez al Rhum*
4. *Apricot* - 5. *Curacao*
6. *Cherry.*



6 GUSTOS

(Seis gustos exquisitos)
1. *Nougat* - 2. *Trufa*
3. *Praliné de Almendras*
4. *Maroc* - 5. *Fruta*
6. *Dulce de leche.*



chocolates superfinos NOEL



Con los mismos rellenos: Tabletas con sabores individuales y Bombones Superfinos NOEL. También tabletas de 100 grs.

Con "LICORFLIP" y "6 GUSTOS" usted paladea 6 exquisitos licores y 6 rellenos engarzados en el fino, suave y delicioso chocolate Superfino Noel, elaborado "al estilo europeo", mediante fórmulas y métodos especiales.

YUSTE 15-6

EN CHOCOLATES, AHORA MAS QUE NUNCA... GUIESE POR LA ESTRELLA **NOEL**

Selecciones

TOMO XLV
No. 271

del Reader's Digest

JUNIO
de 1963

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

El legado de Tomás Jefferson

Fue un genio polifacético: hombre de ciencia, agricultor, arquitecto, inventor, estadista y erudito. De ninguno de sus contemporáneos norteamericanos podríamos aprender tanto como de él.

POR BRUCE BLIVEN

AL DAR la bienvenida a los invitados a un banquete, personalidades de las artes y las ciencias, el presidente Kennedy les habló en esta forma:

"Creo que este es el conjunto más brillante de talentos y conocimientos que se haya reunido nunca en la Casa Blanca . . . con la posible excepción de los días en que Tomás Jefferson comía aquí solo".

Tomás Jefferson probablemente sabía más cosas que ningún otro individuo de su época. En cuanto a la amplitud de sus afanes, podría compararse con Leonardo de Vinci. Cuando tenía poco más de 30 años, un contemporáneo dijo de él que era capaz de "predecir un eclipse, hacer la medición de un terreno, trazar el plano de un edificio, domar un potro, tocar el violín y bailar el minué".

Su prodigiosa energía creadora se reveló en invenciones, libros, nuevas ideas e iniciativas en todos los órdenes del ingenio humano. Era

una autoridad en agricultura, arqueología, arquitectura y medicina. Practicó la rotación de los cultivos, la conservación del suelo y la arada de contorno un siglo antes de que se generalizaran estos procedimientos, e inventó un arado superior a todos los que se conocían entonces. Influyó profundamente en la arquitectura norteamericana, especialmente porque sustituyó la columna corintia por la jónica, más fácil de construir. Muchos de sus inventos se recuerdan todavía: una máquina para copiar documentos, una veleta que marcaba también dentro de la casa y un escritorio giratorio.

En el año 1796 Jefferson ocupó el cargo de presidente de la Sociedad Filosófica Norteamericana, que ayudó a crear una filosofía estadounidense ensalzadora de la libertad y del progreso. Entre sus miembros se contaban hombres tan ilustres como David Rittenhouse, que construyó el primer planetario del mundo; Tomás Paine, autor de *El sentido común*; el Dr. Benjamín Rush, precursor de la siquiatría, y José Priestley, descubridor del oxígeno. Todos ellos consideraban maestro a Jefferson por su conocimiento de esas materias.

El hombre cuya obra y pensamiento iban a configurar tan intensamente el modo de ser de su país, nació en 1743. Su padre, autodidacto y próspero, era agrimensor titulado y coronel del ejército. La madre de Tomás pertenecía a una antigua familia de Virginia llamada

En 1804 el pintor francés Charles Fevret de Saint-Memin hizo un retrato del presidente Jefferson, por ocho dólares. (Hoy forma parte de la colección del Museo de Arte de Worcester.)



Randolph. La muerte de su padre, ocurrida cuando él tenía 14 años, lo obligó a asumir tareas que en aquellos días sólo el hijo mayor podía cumplir. Después de graduarse en la Universidad de William and Mary de Williamsburgo (Virginia), ejerció durante algún tiempo la profesión de abogado.

A los diez años de vida matrimonial falleció su esposa, a quien él profesaba un gran cariño. Afligido por la pérdida, se encerró en su despacho durante tres semanas y se le oía andar de un extremo a otro noche y día. Retornó más tarde a la vida pública, y lo hizo con un celo y dedicación que contribuyeron a cerrar su herida. Fue sucesivamente gobernador de Virginia, ministro plenipotenciario en Francia, secretario de Estado, vicepresidente y presidente de los Estados Unidos.

Jefferson más parecía un filósofo que un presidente y, como filósofo, amaba la sencillez. Cuando fue a ocupar su elevado cargo, llegó solo a caballo, ató el animal a una cerca y entró a prestar juramento. Le desagradaba que le llamaran "Su Excelencia" e insistía en ser el "señor Jefferson". Una vez, un embajador extranjero lo visitó vestido de gala; él lo recibió en zapatillas.

De un metro noventa de estatura, era delgado y robusto. Tenía la tez rubicunda, facciones angulosas, cabello rubio, modales desgarbados y una falta absoluta de etiqueta que sus contemporáneos criticaban. Uno de ellos escribió: "El traje parece quedarle pequeño. Se repantiga en el sillón, por lo común, apoyándose en una cadera. Tiene el rostro alegre y su aspecto general es desmadejado y perezoso. Habla en forma incoherente y saltando de un tema a otro; sin embargo prodiga enseñanzas dondequiera que va".

Aquel filósofo desaliñado observaba en realidad una rígida disciplina. Se levantaba a la aurora y, después de leer y escribir hasta que le traían el desayuno, seguía leyendo durante otra hora. Concluida su jornada de trabajo, gastaba el aceite de su lámpara para volver a leer en latín, griego, francés, español, italiano e inglés antiguo, tomando al mismo tiempo notas de cuanto le interesaba.

Como presidente, su obra fue prodigiosa, tanto que se le puede comparar con Washington y Lincoln. Envió la expedición de Lewis y Clark a través del país hasta el Pacífico, para que los pobladores vieran cuántas riquezas guardaba el Continente. Al comprar la Luisiana a Francia duplicó la superficie de los Estados Unidos. Su gobierno era tan económico que el Tesoro tenía un gran superávit, y así pudo abolir todos los impuestos internos. En el discurso con que inauguró su segunda presidencia, se jactaba con razón de ello: "¿Qué labrador, qué mecánico, qué obrero ve alguna vez un recaudador de impuestos de los Estados Unidos?" Contribuyó a que se suprimieran, primero en Virginia y luego en todo el país, los gravámenes destinados a sostener determinadas iglesias, y de esta manera

hizo posible el advenimiento de la verdadera libertad de culto.

Entre las múltiples dotes de Jefferson, una se destaca por haber constituido la fuerza unificadora de toda su carrera. Era ante todo un infatigable y buen escritor. Sus obras completas, que ahora se van a publicar por primera vez, llenarán más de 50 volúmenes. ¡Y escribió por lo menos 50.000 cartas!

Sus colegas pronto se dieron cuenta de que podía redactar un documento mejor que cualquier otra persona, y cuando en 1776 llegó en Filadelfia el momento de escribir la Declaración de la Independencia, él fue quien hizo el borrador. Millones de ciudadanos se han emocionado con sus brillantes palabras: "Afirmamos ser verdad evidente que todos los hombres fueron creados iguales..."

Ese mismo año se le llamó de nuevo a Virginia. Su Estado iba a promulgar una constitución, y él se encargó de redactarla. Cuando se redactó la de los Estados Unidos, Jefferson se encontraba en Francia, pero fue él quien, después, insistió en que se agregara la Enmienda de la Declaración de Derechos, que garantizaba la libertad de culto, de prensa y de palabra, el derecho a ser juzgado por un tribunal, y otras salvaguardias de la democracia. No se limitó a escribir libros; se guió por ellos y les consagró su devoción. Cuando los ingleses quemaron en 1814 el Capitolio y la biblioteca del Congreso, que acababa de fundarse, Jefferson ofreció a la institución su magnífica biblioteca personal, al precio que el gobierno quisiera fijar, para remplazar la pérdida. Según el historiador Arthur Bestor, "La biblioteca del Congreso es el monumento vivo erigido a esa transacción y al ideal jeffersoniano de asentar la democracia en un esfuerzo intelectual vigoroso, audaz e ilustrado". Después que sus libros fueron al Congreso, Jefferson comenzó a reunir otra colección, que sumaba 1000 volúmenes en el momento de su muerte, ocurrida 11 años más tarde.

Durante mucho tiempo trabajó en su "cuaderno de apuntes literarios", copiando en él citas, y haciendo selecciones y resúmenes. Fue, en realidad, por medio del constante acto físico de escribir como forjó su pensamiento y desarrolló sus ideas, que a su vez se volcaban en la incesante corriente de su trabajo.

Dejó a sus compatriotas un rico legado de iniciativas y ejemplos, entre ellos el diligente hábito de escribir sus pensamientos para aclararlos y darles fuerza operante. Fundó bibliotecas y universidades, porque creía que sólo un pueblo instruido puede ser libre. Aplicaba la misma doctrina a los individuos: únicamente las personas cultas son capaces de actuar sobre los acontecimientos y de independizarse así de las circunstancias que las presionan. En esto consiste la verdadera dignidad humana.

Ve y observa. Jefferson creía que un hombre libre obtiene sus conocimientos de muchas fuentes, ade-

más de los libros, y que la mejor es la investigación personal. Cuando era todavía joven, lo nombraron miembro de una comisión que trataba de averiguar si el brazo sur del río James era navegable para embarcaciones de cierto calado. Mientras los otros miembros permanecían sentados en la oficina de gobierno estudiando los informes, Jefferson saltó a una canoa e hizo sus observaciones sobre el terreno.

En nuestros tiempos, en que confiamos cada vez más en la opinión de los peritos, la convicción de Tomás Jefferson de que es necesario ver las cosas con nuestros propios ojos es digna de recordarse. Los especialistas son indispensables para reunir los hechos, pero es principio fundamental de la democracia que el pueblo pueda decidir por sí mismo una vez que conozca esos hechos. Y, para ejercer esa función, es deber de cada hombre estar informado, y no entregarse a la opinión ajena. ¡Examinémoslo todo por nosotros mismos!

Se puede aprender de cualquiera. En una época en que la mayor parte de los aristócratas no se dignaban dirigir la palabra a las personas de origen humilde, si no era para darles órdenes, a Jefferson le gustaba hablar con jardineros, criadas y camareros. Hacerlos sentirse a sus anchas para que expresaran con libertad sus opiniones era un verdadero arte suyo. En una ocasión aconsejaba a Lafayette:

"Entre en las chozas del pueblo, como lo he hecho yo, mire sus ollas, coma su pan". Y agregó al marqués que, si lo hacía así, acaso descubriera los motivos de queja de los desheredados y pudiera comprender la revolución que se preparaba en Francia.

Estamos rodeados de personas que saben algo interesante y útil. La costumbre de Jefferson de tratar de aprender de cada una de ellas es cosa que merece cultivarse.

Juzguemos por nosotros mismos. Jefferson repudiaba la idea de aceptar ciegamente las opiniones ajenas. Decía a Peter Carr, su sobrino:

"No creas ni niegues algo sólo porque otras personas lo han creído o negado. Tu propia razón es el único oráculo que te ha dado el cielo".

Las declaraciones de Jefferson contra la censura han guiado desde hace mucho tiempo a los norteamericanos.

"Sólo el error", observaba, "necesita el apoyo del gobierno. La verdad puede cuidarse ella sola. No hay peligro en que el pueblo lo sepa todo, tanto lo verdadero como lo falso, pues es capaz de formarse un juicio correcto. Si se me dijera que es necesario elegir entre un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno, no vacilaría un instante en preferir lo último".

Obremos según nuestras convicciones. En un país libre siempre habrá lucha de ideas, y esto constituye una fuente de energía; el conflicto, y no la conformidad, mantiene viva la libertad. Aunque Jeffer-

son fue durante muchos años objeto de amargas críticas, siguió siempre el criterio de no contestarlas. En cartas dirigidas a su amigo el general George Rogers Clark, a quien también se censuraba mucho, resume su filosofía sobre ese punto: "Si lo que deseabas era escapar a la maledicencia, deberías haberte limitado a vivir dentro de los tediosos límites de las obligaciones corrientes... Toda cuestión tiene dos lados. Si abrazas uno con decisión y lo refuerzas con tus acciones, los que apoyan el contrario te demostrarán naturalmente una hostilidad que estará en relación con los efectos que sufran".

Tengamos fe en el futuro y en la juventud. Jefferson creía que no debe estorbarse nunca el presente con costumbres anticuadas. "Ninguna sociedad puede darse una constitución perpetua, ni dictar leyes eternas... El mundo pertenece a las generaciones vivientes". No temía las nuevas ideas ni el futuro. Decía: "¡Cuánto dolor han producido males que nunca ocurrieron! Mi temperamento es sanguíneo. Timoneo mi nave rumbo a la esperanza, dejando el temor atrás".

Jefferson murió el 4 de julio de 1826, en el quincuagésimo aniversario de la declaración de la independencia norteamericana. Él mismo escribió su epitafio:

"Aquí descansa Tomás Jefferson, autor de la Declaración de la Independencia Norteamericana y del decreto de Virginia, que asegura la libertad de cultos, y fundador de la Universidad de Virginia".

Ese epitafio no mencionaba que había sido también gobernador del Estado de Virginia, embajador ante Francia, secretario de Estado y presidente de la República. ¿Por qué? El motivo se lo explicaba así a su hija:

"En esa inscripción no consta lo que el pueblo me dio. Sólo recuerdo en ella las cosas que yo le di".

Pensamientos desaliñados

En el prólogo de una traducción inglesa de *Pensamientos desaliñados*, del escritor satírico polaco Estanislao Lec, Clifton Fadiman los llama "aforismos para una época de angustia". He aquí algunos ejemplos:

Para llegar al pensamiento profundo hay que remontarse.

Los pensamientos, como las pulgas, saltan de una persona a otra, pero no a todas pican.

Siempre encontraremos algún esquimal dispuesto a enseñarles a los congoleses cómo combatir una ola de calor.

Si el arte de la conversación alcanzara un nivel más alto, más bajo estaría el índice de natalidad.

Si el antropófago usa cubiertos, ¿constituye eso un progreso?

— Editores: St Martin's

No debemos esperar que el trabajo venga a nosotros, sino que somos nosotros quienes hemos de buscarlo. En este artículo encontrará el lector los valiosos consejos de un especialista en la materia.

Siete pasos para conseguir empleo

POR JAMES NATHAN MILLER

Condensado de "Future"

EN UN momento o en otro, las circunstancias nos obligan a buscar trabajo. Sobre todo en nuestra época, testigo de rápidas trasformaciones del comercio y las industrias, el cambio de ocupación es más frecuente y las oportunidades más abundantes. Pero el caso es que, por mucha capacidad que tengan, los que buscan empleo suelen entender poco del arte de ofrecer ventajosamente sus conocimientos en el mercado laboral.

Sin embargo, hay métodos que pueden aprovechar al que anda en busca de empleo, y son métodos fáciles de aprender. Los que llegan a dominarlos consiguen también las colocaciones. He aquí los principales consejos que da un especialista en la cuestión.

Ray Ziegler, director de la sección de trabajadores veteranos de la Oficina del Trabajo, de Oregón, da en el Colegio Community, de Portland, unos cursillos nocturnos titulados: "Métodos nuevos para conseguir empleo". De las 1500 personas que en total asistieron a las clases durante el primer año, 1200 han encontrado ya ocupación y el 90 por ciento de éstas afirma que debe su trabajo a lo aprendido en el curso.

Ziegler da sus clases en un local que estuvo anteriormente destinado a la segunda enseñanza. Ante los pupitres se suelen sentar cerca de 20 alumnos por cada uno de los dos cursillos que se dan en la noche. Sus edades van desde los 18 años que tiene el muchacho más joven hasta los 60 de una señora, ama de casa. Entre los alumnos figuran jóvenes que no han podido terminar sus estudios de segunda enseñanza y personas con títulos universitarios, además de obreros especializados y simples peones, en su gran mayoría parados.

Sin preámbulo alguno, Ziegler comienza así sus charlas:

"¿Cuántos de ustedes han presentado durante la última semana diez o más solicitudes de empleo?"

Una sola mano suele alzarse en respuesta afirmativa.

"Cuando acabe mi explicación", añade Ziegler, "comprenderán por qué no han tenido más fortuna y habrán aprendido a hacer las cosas como es debido".

A continuación se lanza a analizar el problema de la busca de empleo, y lo hace como si se tratara de desarrollar una fórmula matemática, cuyos factores principales, según Ziegler, son los siguientes:

Primero. Es preciso saber que siempre hay empleos vacantes con toda clase de sueldos, dado el continuo desplazamiento de personas. Por ejemplo: Las estadísticas de la Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos correspondientes al mes de agosto de 1962, indican que el cambio de personal afecta al 8,9 por ciento del total de la mano de obra. Aproximadamente la mitad de este porcentaje se debe a la aparición de nuevos puestos en el mercado del trabajo, una cuarta parte a renuncias voluntarias y la cuarta parte restante a paros forzosos, ceses, jubilaciones y fallecimientos. Ziegler explica en la pizarra el significado de tales cifras. "En este momento hay 350.000 empleos dentro de la zona municipal de Portland. Aun suponiendo que la proporción de desplazamiento de trabajadores sea la más baja, es decir, del cuatro por ciento, nos encontraremos con que, sólo en el curso del mes próximo, habrá 14.000 vacantes u oportunidades que se les ofrecen a ustedes igual que a cualquier otra persona".

Segundo. La tarea de localizar y conseguir uno de esos empleos debe constituir por sí misma un trabajo organizado, que nos ocupe totalmente. Eso de considerar la búsqueda de trabajo como una labor de vacaciones disfrutadas mal de nuestro grado no sólo desmoraliza, sino que reduce el valor de nuestros esfuerzos. Como dice Ziegler: "Cuando trabajamos en una empresa, le dedicamos a ésta 40 horas por semana; ¿por qué hemos de hacernos los remolones cuando estamos trabajando para nosotros mismos?"

Es preciso que nos fijemos un programa semanal de gestiones, haciendo siempre las solicitudes personalmente y no por correo o por teléfono. Para los trabajos corrientes podemos proponernos como objetivo realizar una visita por hora, lo que suma 40 visitas por semana. Si se trata de ocupar altos cargos, las entrevistas han de ser más largas y se tienen que realizar en momentos oportunos; por eso no pueden hacerse más de diez o doce solicitudes semanales. No hay que contentarse con efectuar una sola visita a una empresa dada, creyendo que con eso es bastante para que nos tengan en cuenta cuando se presente la ocasión; hay que insistir una y otra vez. Algunas compañías siguen la norma de no emplear a nadie hasta la segunda o tercera entrevista.

Tercero. Es preciso que analicemos sin tapujos y objetivamente

nuestra experiencia y nuestras facultades, y quizá esto sea lo más difícil de todo.

Al terminar la primera clase, Ziegler entrega seis preguntas impresas a sus alumnos, para que las estudien a fondo y las contesten en sus casas. En la segunda clase, siguiendo un procedimiento análogo al que se emplea en las sesiones de sicoterapia en grupo, se examinan delante de todos las respuestas de cada uno. Las preguntas son estas:

¿En qué ha logrado usted éxito, por pequeño que haya sido?

¿Qué cosas de las que usted ha hecho merecieron elogios de los demás por haberlas realizado de manera excepcional?

¿Qué empleos ha desempeñado usted? (Descríbalos en detalle.)

¿Qué equipos o máquinas sabe usted manejar?

¿Cuáles son las cosas que le gusta hacer y cuáles no?

"Es sorprendente la cantidad de conocimientos que obtenemos acerca de nuestras facultades para desempeñar algún cometido, cuando se contestan cuidadosamente estas preguntas, pensando bien las respuestas", dice Ziegler.

Resulta curioso comprobar que casi todos los interrogados descubren que han subestimado sus capacidades. Sobre todo las amas de casa y los que acaban de terminar sus estudios secundarios o universitarios creen generalmente que no tienen nada especial que ofrecer.

Una muchacha de 18 años, que había estado sin trabajo durante nueve meses, manifestó en su cuestionario que le gustaba diseñar y confeccionar sus vestidos, que con frecuencia le elogiaban su buen gusto y que había estudiado arte, dibujo, modas y arte publicitario en el instituto. Su impresión era que otras muchas jóvenes poseían iguales habilidades. Diez días después de terminar el cursillo consiguió trabajo como decoradora ayudante para arreglar los escaparates de una gran tienda de Portland.

Durante las clases, al analizar las respuestas, no se puede andar con delicadezas, pues de lo que se trata es de establecer el inventario objetivo de las cualidades buenas y malas de cada estudiante. Un ex-camarero, por ejemplo, cuando se le señala su punto flaco, se ve forzado a reconocer que no es posible que cuatro patronos seguidos hayan sido injustos con él al acusarlo de no atender debidamente a los clientes. En otro caso, un viajante de comercio que consigue pocos pedidos tiene que explicar por qué sigue viajando, si en la lista de las cosas que le disgustan puso en primer lugar: "Reunirme con personas desconocidas".

Cuarto. Una vez que conoce cada uno su capacidad real, es preciso determinar si se poseen o no los suficientes conocimientos para aprovecharla totalmente. Si la respuesta es negativa, tal vez sería conveniente tomar clases nocturnas o por correspondencia después de haber conseguido empleo, o quizá mejor asistir por tiempo completo a una escuela para prepararse más a fondo. Zieg-

ler explica así la situación: "Las personas de 25 años de edad disponen por término medio de 80.000 horas de trabajo en lo futuro; los que han llegado a los 45 años tienen por delante 40.000 horas. Si multiplicamos ese probable número de horas de trabajo por el sueldo que ganamos por hora y comparamos el resultado con lo que podríamos obtener si mejorásemos nuestra capacidad, comprenderíamos que, dedicando uno, dos o tres años a ampliar nuestros conocimientos (sobre todo cuando somos jóvenes) obtendremos enormes beneficios".

Tras de estudiar la cuestión desde este punto de vista, son muchas las personas que deciden perfeccionar su educación profesional. Un contador de cerca de 45 años, por ejemplo, ha empezado a estudiar sicología con el propósito de dedicarse a la enseñanza. Un empleado de almacén, de 20 años de edad, elevó casi en un 250 por ciento la suma de ingresos que puede obtener durante toda su vida, siguiendo tres años de estudios de electrónica.

Quinto. Es preciso redactar un historial de nuestras actividades y servicios, lo que constituye el medio más eficaz entre los que se pueden utilizar para conseguir empleo. (El 91 por ciento de las personas que consiguieron trabajo después de terminar el cursillo atribuyeron su éxito en primer lugar a este resumen.) El historial debe ocupar solamente una o dos páginas escritas a máquina, y es una reseña de nuestros conocimientos, de lo que sabemos hacer y de los empleos que hemos desempeñado anteriormente. En su exposición hay que destacar todo aquello que pueda interesar a los futuros patronos. Se suelen hacer invirtiendo el orden cronológico, esto es, empezando por lo más reciente. Ziegler y sus alumnos, reunidos en grupo, someten los resúmenes a severa crítica, con lo que se obtienen documentos bien redactados, claros, convincentes y concisos.

"El defecto más frecuente de los historiales es que son demasiado vagos", dice Ziegler. "Al patrono no le basta saber si el solicitante ha sido, pongamos por caso, vendedor, sino que le interesa conocer si se ha limitado a tomar pedidos de un artículo de mucha demanda o si ha salido a abrir con empeño mercado para un producto muy competido. Es preciso que expliquemos claramente todo lo que sabemos hacer bien".

El historial multiplica las posibilidades de la persona que busca empleo. En primer lugar, le permite presentar mucho mayor número de solicitudes, ya que se ahorra el tiempo que habría de invertir en llenar formularios. Y, lo que es aún más importante, permite al solicitante tomar la iniciativa y orientar la entrevista. Muchas personas se dan cuenta, al terminar de hablar con el posible patrono, de que no hicieron resaltar sus principales méritos. Esto no sucede jamás si se cuenta con un buen historial.

Sexto. Es preciso estudiar el mercado de la mano de obra y los factores económicos que lo rigen. Son

muchos los que creen que están "pidiendo empleo", cuando lo que hacen en realidad es vender unos servicios, esto es, una cantidad y una calidad determinadas de energía útil que el patrono adquiere con la intención de obtener un beneficio.

Sétimo. También hay que conocer los caminos a seguir para entrar en el mercado laboral. En el curso de una encuesta realizada hace poco se preguntó a 1000 parados qué fuentes de información utilizaban para buscar trabajo y, en su mayoría, señalaron únicamente una o dos entre los anuncios de los periódicos, el servicio oficial de colocaciones y las agencias privadas.

"Eso es quedarse en la superficie", explica Ziegler, "tanto más si se tiene en cuenta que esas tres fuentes de información no son necesariamente las mejores". Durante el cursillo se examinan estas otras:

• Averiguación directa en las fábricas. "Conviene hablar con los empleados a la hora de la salida. Nos dirán muchísimo acerca de las normas que sigue la compañía para contratar a su personal".

• Amigos y vecinos. "Las empresas conceden gran importancia a las recomendaciones de sus empleados".

• Edificios en construcción. "Toda construcción nueva que haya de dedicarse a oficinas o a fábrica, necesita personal de muy distintas categorías, desde los que van a encargarse del aire acondicionado hasta los administradores del edificio. Además, es muy posible que los inquilinos sean empresas nuevas o en proceso de ampliación, o que quieran acaso remplazar empleados que no deseen residir en el nuevo domicilio".

• Cargos públicos. "Los gobiernos suelen ser los mayores proveedores de empleos. En consecuencia, por simple cálculo de probabilidades hay que suponer que en cualquier época deben tener muchas plazas vacantes".

Conviene, además, hacer una lista de las fuentes de trabajo del ramo que nos interese. La guía telefónica, las revistas técnicas, los agentes de los sindicatos o las asociaciones comerciales pueden proporcionar valiosísimas informaciones, pero desde luego la persona que busca el empleo es la que verdaderamente tiene que ocuparse del asunto y ello es lo que cuenta en definitiva. "Yo puedo ofrecer únicamente la mitad de lo que se precisa", dice Ziegler, "esto es, los conocimientos adecuados. Pero el interesado ha de poner de su parte otro tanto: su decisión y su energía consagradas a lograr lo que desea".

Los buenos resultados de este notable cursillo (a juzgar por el número de personas que han encontrado empleo) son motivo de profunda satisfacción para su autor. "Cuando se le proporciona trabajo a alguien que lo necesita", afirma Ziegler, "se le resuelve un problema inmediato. Pero cuando se enseña a una persona a conseguir empleo, se le ayuda fundamentalmente, porque, al encontrarlo ella misma, se siente orgullosa y segura de sí".

¿Será la Guayana Británica otra Cuba?

La próxima independencia de esta colonia iberoamericana, que casi yace en el olvido, provoca alarma en todo el hemisferio

POR EUGENE LYONS



←*Primer ministro Cheddi Bharrat Jagan*

Foto: Wide World

AUNQUE todavía no se ha señalado la fecha para que ocurra el acontecimiento, la Guayana Britanica, situada en el saliente nordeste de la América del Sur, está destinada a convertirse, dentro de los próximos años, en una nación independiente. Tal perspectiva sólo despertaría un interés normal, si no fuera porque la rodea una circunstancia extraordinaria: el espectro del comunismo ronda por la colonia y podría tomar cuerpo cuando se retiren los ingleses.

Si bien son pocos los comunistas activos, tienen el dominio del partido al que pertenece el primer mi-

nistro Cheddi Bharrat Jagan, quien desde 1957 ha gobernado la Guayana Británica bajo la Corona inglesa. Como ya existe en la zona del Caribe un satélite rojo, causa alarma la posibilidad de que surja otro.

El comunismo, sin embargo, es sólo una de las muchas tribulaciones que acongojan a la Guayana Británica. Todas las calamidades del mundo actual (los prejuicios raciales, una economía estancada, el aumento vertiginoso de la población y otras muchas) hacen allí acto de presencia y ofrecen lo que llamaba el novelista inglés Evelyn Waugh cuando, hace poco, visitó la colonia, "un microcosmo de la intranquilidad universal".

Fuera de la coincidencia con este momento histórico, la Guayana Británica tiene pocas razones para emanciparse y convertirse en nación independiente. Aunque su tamaño equivale aproximadamente al de la Gran Bretaña, casi todos sus 575.000 habitantes se encuentran apretujados en una zona litoral de 439 kilómetros de extensión. El resto de su territorio lo integran marismas, selvas y praderas. Su población carece de la unidad racial, religiosa o cultural que normalmente caracteriza a una nación. Sus pobladores son, en una gran mayoría, descendientes de esclavos negros o de jornaleros contratados en la India después de abolida la esclavitud en el año de 1833. Cerca de un 50 por ciento de la población es hindú, y entre los demás componentes de ella hay un 38 por ciento de africanos y un cuatro por ciento de blancos, principalmente portugueses. Completan el resto indios aborígenes (a los que se llama amerindios) o mestizos. Los prejuicios y antagonismos raciales eclipsan todos los demás problemas.

En el mes de febrero de 1962 se registró una semana de huelgas y motines en Georgetown, capital del territorio, que presagian grandes quebraderos de cabeza cuando se declare la independencia de la Guayana. Los brotes de violencia fueron la respuesta al austero presupuesto del gobierno de Jagan y el efecto de resentimientos abrigados por los negros contra supuestos favoritismos oficiales en beneficio de los hindúes.

Los 150.000 habitantes de Georgetown son negros en su mayoría, y los comerciantes y profesionales titulados son hindúes casi todos. En los brotes de referencia cinco personas resultaron muertas y se prendió fuego a 56 establecimientos comerciales. La chusma de negros lapidó el automóvil del primer ministro Jagan al grito de "¡Renuncia! ¡Renuncia!" Cuando, a petición de Jagan, entraron en acción tropas británicas, los desórdenes terminaron rápidamente. Pero, después de que se marchen los "imperialistas", ¿quién impondrá la ley y el orden?

La Gran Bretaña no sólo se propone, sino que ansía cumplir la promesa que hizo al país de otorgarle total independencia. La colonia implica, a la vez, una carga política y económica. Cerca de una cuarta parte de la población carece de trabajo o trabaja sólo por temporadas.



Desde que se erradicó el paludismo durante la segunda guerra mundial, y después de ella, la población se ha duplicado con creces y ha puesto en más aprietos a la economía. La Gran Bretaña, sin embargo, vacila en desprenderse de su colonia mientras no mejoren las perspectivas de estabilidad. No desea que surja un segundo Congo, ni quisiera tampoco dejar otra Cuba en cierne en la zona del Caribe, ya plagada por una crisis tras otra.

Las conferencias que sobre la independencia de la Guayana Británica se celebraron en Londres durante el pasado otoño terminaron en un aplazamiento, porque las tres delegaciones guayanesas asistentes se encerraron a sí mismas en un callejón sin salida. El primer ministro Jagan, en nombre de su Partido Progresista del Pueblo (PPP), insistía en la proclamación inmediata de la independencia. Sus opositores —Forbes Burnham, el abogado que encabeza el Congreso Nacional del Pueblo (CNP), y Peter d'Aguiar, industrial que está al frente de la Fuerza Unida (FU)— no sólo exigían nuevas elecciones antes de que se proclamara la independencia, sino también una representación proporcional en lugar del sistema electoral a la usanza británica que rige actualmente.

Las diferencias de raza e ideología condujeron a los delegados al atolladero. El PPP es abrumadoramente hindú, el CNP abrumadoramente negro, y la FU está fuertemente dominada por los portugueses. Tanto el PPP como el CNP tienen filiación "socialista". El partido CNP de Burnham se aproxima en su estructura a un moderado laborismo británico, pero el PPP de Jagan (a pesar de las ambigüedades que se emplean para ocultar la realidad) está entregado al comunismo. La FU de d'Aguiar es conservadora, con cierto tinte de socialismo en boga en la actualidad.

En las últimas elecciones, celebradas en 1961, el PPP obtuvo un 42,7 por ciento de los votos y ganó 20 de los 35 escaños de la Asamblea. Pero el CNP, con un 41 por ciento, sólo pudo lograr 11 sillas curules. La FU se anotó un 16,3 por ciento y ganó cuatro. Jagan pudo así conquistar una fuerte mayoría parlamentaria. En el sistema de representación proporcional ninguno de los partidos habría logrado el dominio y hubiera sido necesario constituir un gobierno de coalición.

En las conferencias de Londres, Burnham y d'Aguiar unieron sus fuerzas en contra de Jagan para evitar que se otorgara la independencia en condiciones que lo habrían mantenido en el poder hasta 1965. Ello le hubiera dado tiempo suficiente, me explicaron Burnham y d'Aguiar, para convertir el país en una réplica de Cuba. Y le habría bastado también para perpetuar el dominio hindú, lo que hubiera sido peor aún desde el punto de vista de los africanos.

Públicamente, por supuesto, no hay un solo político que se atreva a dejar de manifestar entusiasmo por la "liberación" nacional. Pero en la intimidad sale a relucir cierta preocupación respecto al "libre" futuro. Cada uno de los grupos (mestizos, negros y blancos) se imputan unos a otros planes para ejercer acción violenta entre sí y amenazan, como lo hizo Jagan en una entrevista que otorgó en Londres, con "oponerse a la fuerza con la fuerza". Sydney King, vocero de los negros y ex-ministro de Educación, recientemente declaró en un artículo que "todos los días, minuto tras minuto, se desarrolla entre hindúes y africanos una lucha incesante por la conquista de empleos, de tierras y de poder". Me aseguró que jamás podrá haber paz entre las dos razas y que, por tanto, "no hay regocijo por el próximo advenimiento de la independencia". La sombra de la violencia se cierne densa sobre la Guayana Británica.

No HABÍA en la colonia una sola traza de comunismo antes de que los Jagan, Cheddi y su esposa, norteamericana por nacimiento, lo llevaran de los Estados Unidos hace dos décadas.

El Dr. Jagan, que cuenta 44 años de edad, nació en el seno de una familia hindú en una plantación azucarera de Port Morant. Como su padre tenía un puesto de ins-

pector, el muchacho creció dentro de un ambiente de comodidad relativa. Pero la miseria que lo rodeaba engendró en él, a temprana edad, un odio idealista contra los terratenientes que vivían en el extranjero y contra el colonialismo.

Después de adquirir una educación equivalente a la segunda enseñanza en Georgetown, Jagan sentó residencia en los Estados Unidos y estudió odontología en la Universidad Northwestern, en Evanston (Illinois). Allí conoció a Janet Rosenberg, muchacha de mente vivaracha, hija de un comerciante modesto de la localidad, y se casó con ella. Aunque ésta lo niega, se dice que ya pertenecía a la Liga Juvenil Comunista.

De regreso en la Guayana Británica, los Jagan se dedicaron a la política y en 1950 fundaron el PPP, que presentaron como partido marxista y al que dieron su apoyo Burnham y otros africanos militantes en la izquierda. Cuando, en 1953, se otorgó a la colonia autonomía básica, el partido triunfó fácilmente en las elecciones posteriores. El Dr. Jagan ocupó el cargo de Primer Ministro.

Su régimen, impaciente por introducir inmediatamente el bolcheviquismo, sólo duró unos cuantos meses. Los ingleses suspendieron la nueva y flamante constitución, declarando que "el gobierno de Su Majestad no estaba dispuesto a permitir que se organizara un Estado comunista dentro de la Mancomunidad Británica".

Los Jagan y algunos otros fueron encarcelados durante seis meses, lo cual les otorgó una aureola de mártires. La agitación alentada por Jagan (fuerza es reconocerlo) ayudó a mejorar las condiciones de vida de los jornaleros en los ingenios azucareros y en los arrozales. Hubo campesinos hindúes que lo aclamaron como "nuestro Ghandi". La muchacha de Chicago solía vestir un *sari* hindú en sus recorridos de propaganda y se la aclamaba como "*la Bhougi*" (cuñada) de ojos azules.

Hoy, en sus años de edad madura, el Dr. Jagan es un hombre de baja estatura, aspecto juvenil y piel caoba oscura, que gusta de vestir con elegancia. Le agrada la notoriedad que se ha ganado y, según ciertas personas que deben conocerlo muy a fondo, se ve a sí mismo como un nuevo Castro. Son pocos, aun entre sus mismos partidarios, los que le reconocen talento excepcional. Tom Stacey, del *Sunday Times* de Londres, lo calificó como "un soñador ,de escasa habilidad práctica y sin gran vigor mental", agregando que, entre quienes lo rodean, son pocos los que pueden suplir lo que a él le falta. Su gobierno se diría formado por aficionados.

El panorama político que la Guayana Británica presenta en la actualidad se configuró en 1955, cuando Burnham se retiró del PPP y creó su propio partido, ahora conocido como el CNP, llevándose consigo virtualmente a todos los africanos que militaban en el PPP. Si

decidió romper con éste porque él, según afirma, se opone al comunismo, o porque no aceptaba el dominio hindú en el partido, es cosa discutible todavía. En cualquier caso, en las elecciones que siguieron a la restauración del gobierno autónomo en 1957, las diferencias de color hicieron que se olvidaran las demás divergencias, inclusive el comunismo. El grito de "*Apan-Jhatt*" (los hindúes en "pro de un voto propio") del PPP lo siguieron ambas razas al pie de la letra. Jagan volvió a triunfar, no por su filiación comunista sino *a pesar* de ella.

Ésta, en verdad, es la gran paradoja de la política guayanesa. Los africanos, jornaleros urbanos pobres en su mayoría, pertenecen a la "clase proletaria" en cuyo nombre los comunistas aspiran al poder. Sin embargo, son los hindúes, gente con mentalidad propia de la clase media y dedicados a la agricultura y al comercio, quienes repetidamente han dado la victoria al PPP, dirigido por el comunismo. No votan a favor del comunismo, sino en contra de los negros.

En un discurso privado que pronunció en 1956 y que se hizo público más tarde, Jagan se quejó de una "desviación del ala izquierda" e instó a que se formaran frentes unidos, hasta con la clase media de ser ello necesario. Adornó sus razonamientos con citas de "las enseñanzas de los camaradas Stalin, Lenin, Marx y Mao Tse-tung". Al leer este discurso, redactado con la jerga ritual del credo del Kremlin, no hay quien pueda dudar de que hablaba un comunista que dirigía la palabra a comunistas.

Si sigue de amo después que se declare la independencia, lo probable es que Jagan proceda lentamente a convertir el país al comunismo. Los desastres económicos sufridos por Cuba se destacan como advertencia. Pero en el terreno de las relaciones exteriores la Guayana Británica se convertiría desde luego en un miembro fervoroso del bloque rojo. Aunque profesa una "actitud neutral", el PPP jamás ha condenado a los comunistas por su proceder en las disputas de la guerra fría. Se abstuvo, inclusive, de denunciar la agresión de los chinos rojos contra la India, a pesar de que sus partidarios están unidos a la India por lazos sentimentales. Los Jagan suelen hacer acto de presencia en conferencias rojas internacionales. Han enviado a docenas de jóvenes guayaneses a La Habana, Praga y Moscú, para que reciban adiestramiento. De pie en la zona de pesadilla del muro de Berlín, Janet Jagan elogió en agosto de 1962 "la muralla antifascista". Su esposo, después de una de sus visitas a Castro, exclamó jubiloso: "¡Tenemos amigos que poseen cohetes!"

Ya desde ahora el régimen de Jagan está forjando sólidos eslabones económicos con el bloque rojo. Se dice que ha entablado negociaciones comerciales con Checoslovaquia, la Alemania oriental, Polonia y Rusia, y que les ha pedido ayuda para realizar diversas construcciones. Jagan

espera lograr ayuda económica y técnica para crear industrias ligeras en su país una vez que se independice.

A pesar de ello, las versiones según las cuales ya existe "una cabeza de puente roja en Sudamérica", entrañan grandes exageraciones. Es cierto que la Guayana Británica está en Sudamérica, pero no forma parte integral de ella. En idioma, en cultura y en raza se parece poco al resto del continente. Y no tiene comunicaciones terrestres con las repúblicas vecinas de Venezuela y Brasil. Las afinidades naturales de la Guayana la enlazan con las Antillas, especialmente con las islas donde se habla inglés, como Jamaica y Trinidad. Y para el Kremlin, el cuartel general para la infiltración y subversión del continente continuará siendo Cuba.

Entre tanto, parece que ni Londres ni Washington quieren atar sus manos calificando a Jagan y a su partido de comunistas: la Gran Bretaña porque ansía librarse de una molestia colonial y los Estados Unidos porque esperan aún impedir que la Guayana Británica dependa totalmente del bloque rojo. En el mes de octubre de 1961 el presidente Kennedy recibió a Jagan en la Casa Blanca y por ese entonces circularon rumores respecto a posibles préstamos.

La magnitud de los problemas de la Guayana, unida a la notoria incompetencia de los jaganistas, ha ido empujando cada vez más al gobierno de Jagan hacia el borde d la bancarrota. La confianza en s régimen está en evidente declin ción. Asustados, el capital y la m no de obra técnica han ido aband nando el país. Un empréstito d Estado por 2.500.000 dólares (ant llanos) que se lanzó en 1961, só produjo 193.000 dólares, y los ba cos ya empiezan a rechazar los b nos del gobierno en garantía de s deuda.

Es difícil imaginar un país m nos indicado para las revolucion económica y social que proyecta los jaganistas. La Guayana Brit nica tiene necesidad urgente de nu vas carreteras, nuevas industrias, d la explotación de sus minas y yac mientos petrolíferos y de más ti rras cultivables. Necesita 10 añ de crecimiento constructivo ligad a incentivos privados, según la pa ta trazada por Puerto Rico. Nec sita capital apolítico del exterio que sólo la estabilidad interna p dría atraer.

Pero, desgraciadamente, el país h caído en manos de comunistas q ya han cometido graves errores que están destinados a cometerl mayores aún cuando desaparezca autoridad colonial. Además, los a surdos conflictos raciales amenaza inclusive con anular cualquier a ción constructiva.

Tal es la tragedia de esta coloni tal la situación calamitosa que suf su pueblo a medida que la Guaya Británica se acerca al día de su ind pendencia.

La heroica aventura de Alcock y Brown, los primeros que salvaron el Atlántico en un vuelo sin escalas.

Vuelo a lo desconocido

POR JAMES STEWART-GORDON


Cap. John Alcock


Arthur Whitten Brown

EL 21 de mayo de 1927, Charles Lindbergh aterrizó en el aeropuerto Le Bourget de París y se halló rodeado inmediatamente por una vociferante multitud. Aturdido por su vuelo de 33,5 horas dijo: "Me llamo Lindbergh y vengo de Norteamérica". En seguida agregó: "Alcock y Brown me enseñaron el camino".

En efecto, ellos se lo habían enseñado . . . ocho años antes.

En enero de 1919, Gran Bretaña estaba llena de soldados que, licenciados de la primera guerra mundial, andaban en busca de trabajo. Uno de éstos era Arthur Whitten Brown, de 33 años, nacido en Glasgow de padres norteamericanos. Ex-navegante del Real Cuerpo Aéreo, después Real Fuerza Aérea (RAF), había salido con una pierna destrozada al ser derribado su aparato por el enemigo. Apoyado en un bastón,



En medio del mar y de la noche, el Vimy hace frente a la tormenta

andaba renqueando de oficina en oficina, donde le escuchaban afablemente pero le rechazaban con expresiones de pesar.

Tenía el plan de contraer matrimonio en abril con Kathleen Kennedy, vivaracha y pelirroja hija de un comandante empleado en el Ministerio de Municiones. Pero, falto de trabajo, su proyecto parecía irrealizable. Finalmente, Brown fue a los talleres Vickers, en Weybridge, y expuso sus antecedentes a Maxwell Muller, el superintendente.

—Siendo navegante, señor Brown —le dijo Muller— ¿sería usted capaz de guiar un avión a través del Atlántico?

—Sí, señor —fue la contestación inmediata.

—Entonces, tengo empleo para usted. El periódico *Daily Mail* ofrece un premio de 10.000 libras esterlinas al primer avión que haga el

vuelo sin escalas entre Norteamérica y Europa. Hay otros 11 competidores, incluso uno de los Estados Unidos, pero nosotros queremos ser los primeros en efectuar el vuelo. Vickers no tiene interés en el dinero; con éste pueden quedarse los aviadores. El piloto ya lo tenemos. ¿Se atreve usted a ser el navegante?

—Sí —respondió Brown.

—Pues entonces venga a ver el aparato y conocer al piloto.

El "Vimy" (así nombrado en recuerdo de la colina de Vimy, en Francia, histórico campo de batalla de los canadienses en la primera guerra mundial) era un bombardero reformado, una armazón de madera y tubos de acero, cubierta de lona, de 13 metros de largo y envergadura de 20 metros. El aparato, equipado con tanques de gasolina adicionales, tenía un radio de vuelo calculado en cosa de 4000 kilómetros y una velocidad de crucero de 145 kilómetros por hora. El piloto era el capitán John Alcock, de la RAF, un as de 26 años de edad, que había abatido siete aviones enemigos y poseía la Cruz del Servicio Distinguido. Era un joven rubio de amplia sonrisa y la corpulencia de un buldog inglés.

Alcock y Brown se estrecharon las manos. El piloto explicó que el plan consistía en volar rumbo al este por la ruta más corta posible, de Terranova a Gran Bretaña. "Usted mantiene el curso", le dijo, "y yo me encargo de que lleguemos".

Eso fue todo. Ningún desplante heroico; una simple conversación, una mirada a un avión a medio preparar, un apretón de manos, y el propósito de conquistar la gloria con un vuelo a lo desconocido.

Desde enero hasta abril el diseñador de aviones Rex Pierson y un selecto equipo de mecánicos trabajaron día y noche en el Vimy. Alcock probó una y otra vez los dos motores Rolls-Royce de 360 caballos, mientras que Brown estudiaba mapas y las cartas meteorológicas de la superficie del mar disponibles. Nadie sabía las condiciones de turbulencia, niebla, borrasca y tormenta que podrían encontrar en la atmósfera al volar sobre el océano; ese libro todavía estaba por escribirse.

Trabajando juntos en sus planes, Alcock y Brown llegaron a conocerse y a respetar mutuamente sus respectivos méritos. Brown, llamado familiarmente Teddie, era delgado, moreno, de presencia agradable, y reservado hasta rayar en la timidez. Alcock, llamado Jack, era hombre desenvuelto, seguro de sí mismo, enamorado de la aviación, y animado por inagotable espíritu aventurero.

Hacia las postrimerías de febrero, Brown invitó a Alcock a ir a Londres para presentarlo a su prometida. Cenaron en casa de Kathleen, cuyo padre interrogó al piloto sobre el vuelo. "Es coser y cantar", le explicó Alcock. "Todo lo que tenemos que hacer es mantener los motores funcionando, y a la hora del té estaremos en casa".

Lo único que temía era que al-

guien se les adelantara antes de que el Vimy estuviera listo.

Cuando los aviadores se despidieron, Kathleen dijo: "Jack, tráigame a Teddie sano y salvo".

Después, entregando a Brown un paquetito, le dijo: "Te dará suerte".

Cuando su novio lo abrió más tarde, se encontró con un gato de trapo.

A fines de abril el Vimy fue desarmado, embalado y enviado a St. John, en Terranova, donde ya llevaban varias semanas, retrasados por la inseguridad del tiempo, el temerario australiano Harry Hawker y su navegante. Freddie Raynham, otro rival, que también esperaba allí, había apostado en Londres que derrotaría a Hawker.

Por fin Hawker emprendió el vuelo el 18 de mayo, seguido una hora más tarde por Raynham. Éste se estrelló al despegar. Hawker, obligado por el mal funcionamiento del aparato (al parecer, un temporal en el norte del Atlántico congeló los respiraderos del radiador, y el motor se le apagó) tuvo que descender en el mar, cuando llevaba recorridos 2250 kilómetros, y fue recogido por un barco carguero danés. En el ínterin, Raynham, caballerosamente, prestó al Vimy su hangar mientras él se dedicaba a reconstruir su propio aparato para hacer una nueva tentativa.

El 14 de junio, a mediodía, Alcock y Brown consideraron llegada su oportunidad. Brown se puso el viejo uniforme de la RAF, y Alcock un traje y una gorra de paño escocés. Subieron a la carlinga descubierta, se acomodaron en los asientos contiguos que habían de ocupar durante todo el vuelo, y dispusieron convenientemente sus escasas provisiones: emparedados, café y cerveza. Brown puso el gato de trapo en el asiento, a su lado. Los aviadores saludaron con la mano a los que habían acudido a despedirlos, y Alcock gritó: "¡Nos veremos en Londres!"

El Vimy, con los aceleradores completamente abiertos, empezó a rodar pesadamente por el campo. Cargado con 3300 litros de gasolina y 150 de aceite, el aparato se movía pesadamente. Alguien exclamó: "¡Va a estrellarse!" Pero, finalmente, el Vimy despegó y, casi rozando el bosque, partió a su gran aventura. Era la una y 25.

Poco a poco el pequeño avión fue ganando altura y enderezó el rumbo mar afuera. Unos 450 metros debajo, las majestuosas ondulaciones del Atlántico Norte despedían reflejos verdigrises y las olas escupían la espuma de sus crestas. La carlinga del Vimy había sido diseñada para un solo hombre, pero en ella iban apretujados Alcock y Brown con todos sus instrumentos de navegación. La pierna lastimada de Brown empezó pronto a dolerle por falta de circulación.

Brown había montado un aparato de radio de 400 kilómetros de alcance, del que habrían de depender para comprobar su posición y con el cual podrían trasmitir un SOS si tenían que descender en el

mar. Poco después de despegar envió el primer mensaje a la estación costanera de Mount Pearl en Terranova: "Partimos sin novedad".

El Vimy empezó pronto a dejar atrás las fuertes ráfagas de viento de la costa. Pero entonces la atmósfera se pobló de jirones de niebla, que de pronto envolvieron al aparato en un espeso manto que oscureció hasta el tablero de instrumentos, débilmente alumbrado. Alcock mantuvo resueltamente el curso del avión, inclinándose de vez en cuando hacia delante para echar un vistazo a la brújula a la luz de una linterna eléctrica. Brown, tirándole de la manga, consiguió hacerle comprender que, a fin de lograr una observación estelar para orientarse, tendrían que ascender. Con el Vimy todavía sobrecargado de aceite y gasolina, tuvieron que maniobrar con gran delicadeza para ganar altitud.

Cuando estaba trasmitiendo un tercer mensaje, más o menos a las 5:20 de la tarde, la azul chispa eléctrica del radiotrasmisor centelleó débilmente y se extinguió. Brown se dedicó febrilmente a buscar la causa de la avería. Cuando al fin miró sobre el borde de la carlinga, descubrió que el generador de hélice que iba montado en una de las alas se había desprendido.

Anonadado, Brown se echó atrás en el asiento. Como el ruido de los motores impedía toda conversación, garrapateó una nota que pasó a Alcock: "La radio se averió y no puedo repararla". Alcock leyó la nota, se encogió de hombros, sonriendo, y sujetando la palanca de mando con la mano izquierda, escribió: "¿Qué te parece si abrimos una botella de cerveza?"

A eso de las seis, la neblina se disipó lentamente, pero arriba había gruesas capas de nubes. De pronto el motor de estribor empezó a tabletear como una ametralladora. Los aviadores vieron con espanto que un tramo del tubo interior de escape, calentado al rojo blanco, se desprendía poco a poco. Las llamas despedidas por el motor de estribor se alargaban hacia atrás en la estela del avión. El ruido era ensordecedor, pero el motor seguía funcionando aún con todos los cilindros de su férreo corazón y, al parecer, las cintas de fuego no alcanzaban a la lona del fuselaje. El vuelo prosiguió.

Con la noche, la temperatura descendió. El frío les penetraba hasta los huesos. Alcock se aferraba, aterido, a los mandos, en tanto que Brown hallaba casi insoportable el dolor de su pierna. A las 12 y 25 de la madrugada, Brown aprovechó un hueco entre las nubes para hacer las observaciones estelares necesarias. Tomando el lápiz entre sus manos entumecidas, garrapateó su posición: se hallaban ya a la mitad de la distancia a Irlanda, es decir, el punto límite de retorno.

Siguieron volando en la noche tres horas más, y en esto el traicionero Atlántico Norte atacó de pronto. Los aviadores se encontraron inesperadamente en el centro de un temporal: una combinación de gra-

nizo, lluvia, relámpagos y vastos torbellinos. La tempestad descargó de costado sobre el aparato y lo sacudió como a una cometa de lona. Alcock intentó en vano recobrar el mando del Vimy, pero éste entró en un picado casi en barrena. De 1500 metros bajaron a 600 . . . a 300 . . . a 100 . . . a 30, y aún seguían cayendo. En ese instante, la tormenta desencadenó toda su furia, y los aviadores se vieron volando a unos 20 metros sobre el agua, con el avión enormemente escorado y la punta del ala de estribor casi rozando las cabrillas del océano. Alcock enderezó rápidamente el aparato, con pericia y seguridad. Brown le indicó la brújula, y Alcock soltó estrepitosa carcajada: la tempestad había invertido su dirección y volaban de vuelta hacia Terranova, con ambos aceleradores abiertos al máximo.

Alcock dio media vuelta al Vimy y ascendió. Pronto volvieron a topar con la tormenta, esta vez en un paraje lleno de densa nieve y lluvia helada. Los mandos se hacían más difíciles de manejar y el avión empezó a perder altitud una vez más. Tirando de la palanca con toda su fuerza, Alcock logró levantar la proa del Vimy. Pero entonces comenzó a oírse un nuevo ruido procedente de los motores: una especie de jadeo entrecortado. Las tomas de aire de los carburadores se estaban atascando con la nieve.

Brown sabía lo que debía hacer. Se desabrochó el cinturón de seguridad y, arrastrando su pierna enferma, se encaramó sobre el ala y se asió de los montantes de ésta para asegurarse contra el furor del viento y de la nieve. Alcock, a los mandos, se esforzaba por mantener el vuelo horizontal, pues un cabeceo o un bandazo lanzaría a Brown al Atlántico.

Con gran trabajo, Brown logró abrir con los dientes su navaja de bolsillo, y con ella picó la nieve ya congelada en la toma de aire. Una vez despejado el orificio, el motor de babor volvió a rugir lleno de vida. Arrastrándose de regreso al interior de la carlinga, Brown se detuvo a recobrar el aliento; después, pasando por encima de Alcock, consiguió llegar trabajosamente al motor de estribor para limpiarlo también de nieve. Brown efectuó seis veces esta operación de aventurarse sobre las alas y volver a la carlinga, hasta que por fin Alcock consiguió elevar el avión hasta su "techo" absoluto de 3350 metros, por encima de la ventisca.

Sin embargo, a aquella altura tuvieron que enfrentarse a otro mortífero enemigo: el hielo. El vapor iba condensándose en las alas y los alerones se congelaban. Se hallaban a 130 kilómetros de las costas de Irlanda. Era la etapa final del vuelo y necesitaban hacer un último esfuerzo para llegar a tierra. Alcock redujo la velocidad e inclinó la proa para ir descendiendo gradualmente: A los 1500 metros, el calor de las capas inferiores del aire desprendió el hielo de las alas, y a los 150 Alcock volvió a abrir los aceleradores.

Pocos minutos más tarde Brown avistó dos motitas sobre el océano. "¡Islas!" exclamó por encima del ruido de los motores. "¡Ya estamos allí!"

Luchando contra el viento que soplaba de frente, pronto se encontraron volando a poca altura sobre la costa irlandesa. Alcock, fatigado por las 16 horas de lucha con los elementos, le gritó a Brown a voz en cuello: "¡Allí hay un campo! ¡Voy a aterrizar!"

Pero cuando las ruedas del Vimy tocaron el terreno se hundieron hasta los cubos, el aparato dio una vuelta de campana y quedó descansando sobre la proa. Lo que Alcock había descubierto no era una pradera, sino un marjal.

Un chico que había visto el avión llegó corriendo cuando Jack y Teddie saltaban de la carlinga. Arrojándole una naranja, Jack le dijo: "¡Hola, muchacho! ¿Quieres una naranja de Terranova?"

TEDDIE BROWN y Jack Alcock fueron llevados prontamente a Inglaterra, donde el rey Jorge V les confirió, aquella misma semana, el título de *Sir*. Winston Churchill, a la sazón secretario de Guerra, les entregó el premio de 10.000 libras ofrecido por el *Daily Mail*, y el Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, les cablegrafió su felicitación. Poco después, en una iglesia de Ealing, Kathleen Kennedy contrajo matrimonio con Teddie Brown.

Seis meses más tarde Jack Alcock, volando en un avión nuevo que llevaba a una exposición en París, se estrelló y perdió la vida. Y Teddie Brown, anonadado por la tragedia, no volvió a volar.

El Vimy se halla todavía en exhibición en el Museo de Ciencias de Londres. Y los millares de viajeros que hoy cruzan el Atlántico en veloces aparatos de chorro pueden ver una estatua de Alcock y Brown en el aeropuerto de Londres. Este monumento, que se inauguró hace seis años, fue costeado por suscripción pública. El cheque del primer donativo recibido de los Estados Unidos llevaba la firma "Charles A. Lindbergh".

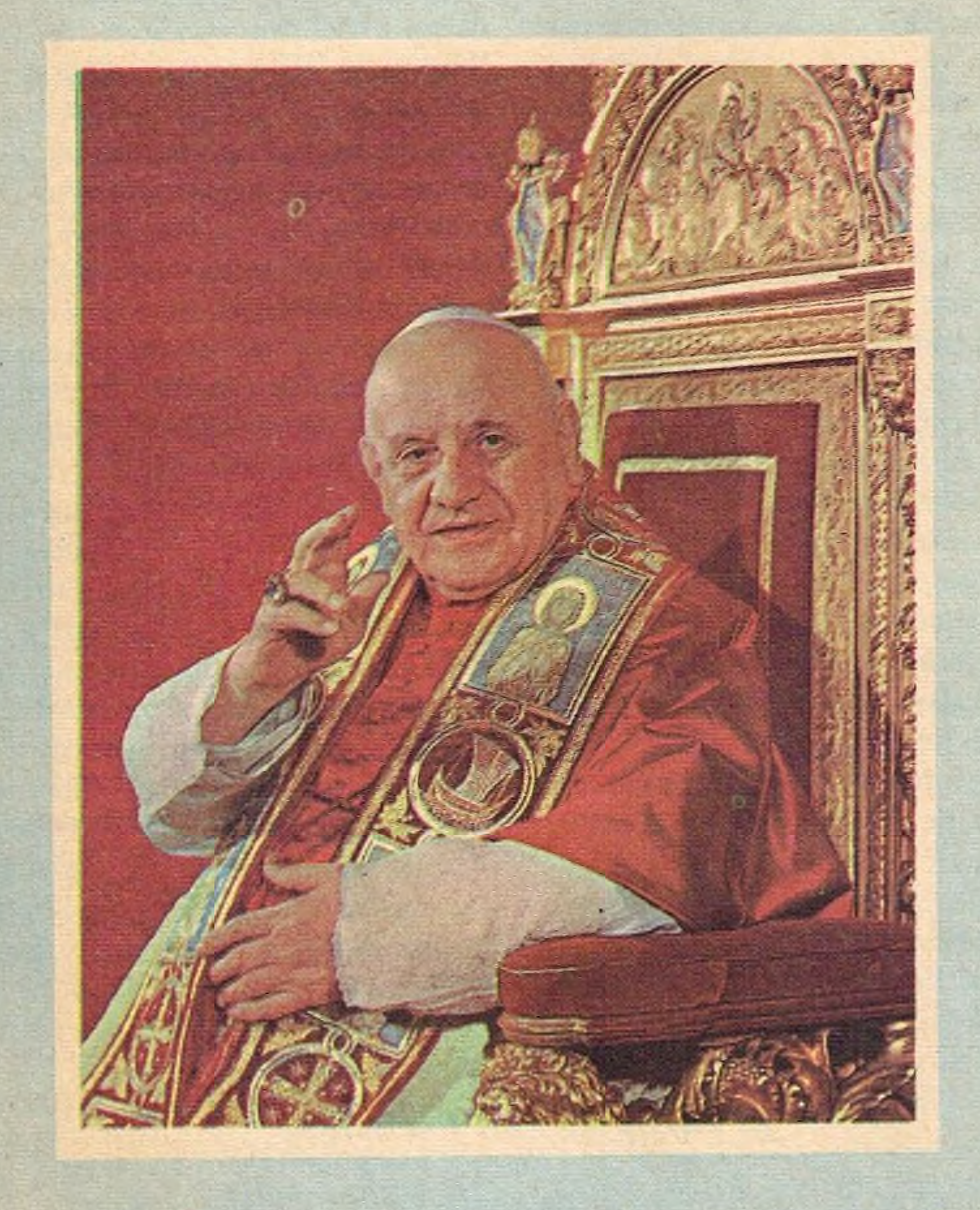
El coche de San Fernando

Aviso en el *Denville Citizen*, de Morris County (Nueva Jersey):

A TODOS MIS AMIGOS Y VECINOS

Ruego a todos de la manera más encarecida que, en lo sucesivo, se abstengan de ofrecer llevar en automóvil a mis hijos, llueva o truene, ni hasta la escuela ni a ninguna otra parte de la comarca de Mountain Lakes. Los jóvenes menores de 21 años que quieran venir a visitar a nuestros muchachos pueden hacerlo a pie. Sus coches no hallarán acogida favorable en nuestros predios. Gracias anticipadas. Otto Michels.

Juan XXIII,



el Papa de la unidad

El Sumo Pontífice, agraciado con el don de comprender por intuición las esperanzas y las necesidades humanas, puso en movimiento ideas y sentimientos capaces de infundir nueva vida a la cristiandad.

CONDENSADO DE "TIME"

AUN COMPARÁNDOLO con otros importantísimos acontecimientos ocurridos en 1962, el momento, trascendental para la cristiandad, en que se abrió la primera sesión del Concilio Ecuménico de Roma, tiene ya asegurado un lugar destacado en la historia. Al convocar ese concilio para "renovar" la Iglesia Católica, el Papa Juan XXIII puso en movimiento ideas y fuerzas que no sólo afectarán al conjunto de los cristianos, sino a toda la población del mundo, y cuyo efecto se advertirá hasta mucho tiempo después de que hayan disminuido las preocupaciones seculares de esta época, tensa y sin embargo llena de esperanza.

La misión histórica del Papa Juan está inflamada por el deseo de infundir nuevo espíritu a la fe cristiana. No sólo se propone acercar la Iglesia más al mundo moderno, sino también terminar con la escisión que ha debilitado al cristianismo por los cuatro siglos trascurridos desde la Reforma protestante. Al extender la mano de la amistad a los no católicos (a quienes llama "hermanos separados"), el Sumo Pontífice da un paso hacia ese objetivo huidizo y remoto que es la unidad cristiana.*

El Papa Juan XXIII, que tiene 81 años, es por ello el más querido de los pontífices modernos. Ha demostrado tanto calor humano, tanta sencillez y simpatía, que se ganó a un tiempo a católicos y protestantes, e incluso a los que no profesan el cristianismo. Su reciente enfermedad provocó una ola de inquietud en todo el mundo. El teólogo protestante Paul Tilich dijo:

"Si alguien merece hoy que se rece por él, es el Papa Juan. Es un hombre bueno".

Subversión en San Pedro. Ya se puede ver claramente la importancia de las fuerzas desatadas por el Papa Juan XXIII. Al revelar en el catolicismo la presencia de un nuevo espíritu rejuvenecedor que pide cambios, el Concilio del Vaticano destruyó el concepto protestante de

---

Véase *El Concilio Ecuménico y su significado para el mundo católico*, en SELECCIONES de febrero de 1963.

una Iglesia Católica cerrada y absolutista.

Cuando los obispos fueron a Roma a tomar parte en las deliberaciones, el Papa los animó a expresar con "santa libertad" sus puntos de vista. Los prelados, que durante mucho tiempo habían considerado a Roma como la única fuente del poder y la autoridad, se reunieron por primera vez en sus vidas para descubrir que en ellos también, y no en el Vaticano, residía la autoridad necesaria para dirigir la política de la Iglesia.

En su afán por defender las doctrinas atacadas hace cuatro siglos por la Reforma, la Iglesia Católica había exagerado a menudo sus diferencias con el protestantismo, y se había vuelto cada vez más dogmática en asuntos como el de la Virgen María, los sacramentos y la infalibilidad pontificia. Al llegar la era atómica, el catolicismo está acaso en la plenitud de su historia por el número de sus fieles, por su influencia y por el respeto que inspira; y no obstante continuaba librando las viejas batallas en contra del protestantismo y del "modernismo".

Los hombres en quienes recaía la mayor responsabilidad por esa actitud negativa eran los miembros de la Curia Romana o cuerpo administrativo central de la Iglesia. Compuesta en su mayor parte por italianos de edad avanzada, que viven completamente aislados del mundo moderno, la Curia obra de acuerdo con normas ultraconservadoras y de ella dependen todos los seminarios donde se forman los sacerdotes jóvenes, todas las actividades misioneras del catolicismo, el derecho canónico y la liturgia. El Santo Oficio, presidido por el cardenal Alfredo Ottaviani, a menudo ha hecho callar o amonestado a los intelectuales católicos, prohibiéndoles publicar sus obras, y luego prohibiéndoles decir que habían sido prohibidas. El lema al que se ha atenido tradicionalmente la Curia en sus decisiones, que afectan a todos los católicos del mundo, ha sido: "Roma ha hablado; la causa ha terminado".

Mas ahora es evidente que la causa no está terminada, ni mucho menos. Los teólogos católicos se han entregado a nuevos estudios bíblicos que les hacen ver de una manera nueva la naturaleza y la forma de la revelación, y que los impele a no desdeñar la cooperación de los teólogos protestantes. Especialmente en Europa, una nueva generación de pensadores católicos enfoca desde otros ángulos la teología, y algunos de ellos, como el paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin, hallan también un nuevo sentido en la ciencia. El genio de Juan XXIII comprendió que había llegado la hora de renovar por dentro la Iglesia, y preparó el camino para ello.

Contra ideas anticuadas. El mero hecho de haberse iniciado el Concilio representa un señalado triunfo. La Curia, evidentemente, no lo quería. Según se cuenta en el Vaticano, uno de los miembros dijo al Papa:

—Será imposible celebrar concilio en 1963.

—Muy bien, lo convocaremos en 1962 —repuso el Sumo Pontífice.

Cuando los cardenales de la Curia comprendieron que el Papa estaba decidido a convocar un concilio, se dedicaron a preparar los asuntos que debían tratarse en él, mas, siguiendo su tendencia conservadora, omitieron muchos de los temas que el Sumo Pontífice deseaba ver presentados por los obispos de todo el mundo. El Papa dejó que la Curia arreglara las cosas a su modo, pero cuando los prelados llegaron a Roma, comenzaron a recibir discretas llamadas telefónicas del secretario privado de Su Santidad, en las que les insinuaba sutilmente que la opinión curial no siempre debía coincidir con la de Juan XXIII.

Los obispos de ideas más progresistas se sintieron alentados. Uno de ellos, norteamericano, dijo: "Oímos ahora en público cosas que habíamos pensado durante mucho tiempo en nuestros adentros".

En la primera sesión del Concilio se riñeron decisivos debates en torno a tres puntos importantes:

• ***Reformas litúrgicas.*** Por 1922 votos contra 11, el Concilio aprobó reformas litúrgicas que, entre otras cosas, dejan a elección de los obispos de todo el mundo qué partes de la misa quieren que se recen en el idioma de sus respectivos países. Este voto tiene en realidad un significado que no se limita a modificar ceremonias del culto; es como si un Ministerio de Relaciones Exteriores permitiera a sus embajadas dirigir la política de su país. Un privilegio tradicional de la Curia, el derecho de cambiar la liturgia, será ejercido en adelante hasta cierto punto por conferencias de obispos de una nación, de un territorio lingüístico o de un continente. Por tanto, está franco el camino para un proceso de descentralización que acaso se extienda a las actividades misionales y a la dirección de los seminarios.

• ***Las fuentes de la Revelación.*** En este debate crucial, la propuesta preparada por el cardenal conservador Ottaviani y su comisión, afirmaba en forma intransigente la separación de las dos fuentes de la revelación reconocidas por la Iglesia: las Escrituras y la tradición. Pero los protestantes aceptan sólo una fuente: las Escrituras, y los elementos progresistas del Concilio, que no veían razón para ahondar las diferencias entre católicos y protestantes, deseaban presentar las Escrituras y la tradición como dos brazos de un mismo río.

El enconado debate prosiguió durante casi dos semanas. El Papa, que lo seguía desde sus apartamentos mediante una televisión de circuito cerrado, decidió que no había por qué seguir discutiendo un documento que despertaba objeciones en tantos obispos. Por tanto, suspendió el debate y ordenó que redactara otra vez la propuesta una nueva comisión en la que tomaban parte el cardenal Ottaviani y el cardenal Agustín Bea, jesuita que presidía la recién creada Secretaría para Promover la Unidad Cristiana y jefe de los miembros progresistas del Con-

cilio. El padre canadiense Gregory Baum, teólogo del congreso, dijo: "Este día señalará en la historia el fin de la contra-Reforma".

"Ahora comienza mi concilio", comentó el Papa.

• *La naturaleza de la Iglesia.* Cuando llegó el momento de discutir el proyecto del cardenal Ottaviani sobre la naturaleza de la iglesia moderna, que constituía una reafirmación inflexible de la organización eclesiástica, los elementos progresistas estaban listos para rebatirlo. El documento fue devuelto para que se redactara de nuevo, lo que dio por resultado una posición católica más tolerante en lo que se refiere a las relaciones de la Iglesia con el Estado y a la libertad de cultos.

Es evidente que el Papa quedó satisfecho con los resultados de la primera reunión del Concilio. Para asegurarse de que durante la segunda los asuntos se muevan más rápidamente, ha establecido una nueva secretaría dirigida por su Secretario de Estado a fin de que continúe las deliberaciones hasta que los miembros del Concilio vuelvan a reunirse el 8 de setiembre. En cuanto a las diferencias ocurridas en el congreso, les restó importancia diciendo: "No somos monjes cantando en el coro".

Un hombre intuitivo. Aunque el Papa Juan XXIII constituye una feliz sorpresa, tanto para la Iglesia Católica como para el mundo, su vida está llena de hitos que indican con claridad su desarrollo. Es un ser intuitivo que puede llegar al corazón de un asunto sin seguir el camino tortuoso de otros cerebros acaso más profundos y razonadores. Los años pasados en la granja familiar, situada en el norte de Italia, ejercieron perdurable influencia sobre él. Cuando algunos obispos le preguntaron qué se proponía hacer una vez que el Concilio terminase, repuso: "Pasar un día en el campo, arando la tierra con mis hermanos".

No es un intelectual ni un teólogo profundo, y no se guía por conceptos, sino por una fundamental experiencia humana. A través de los años ha absorbido y sintetizado esa experiencia en un grado extraordinario.

A diferencia de la mayoría de los papas, Angelo Giuseppe Roncalli ha pasado la mayor parte de su vida lejos de las influencias restrictivas de Roma. Aprendió a respetar a pueblos de muchas creencias, y fue respetado por ellos. Enseñó durante un año patrística (ciencia que estudia la vida de los Santos Padres) en el Seminario Pontificial de Letrán, en Roma, cuando era todavía un joven sacerdote, y después fue enviado como visitador apostólico a la remota Bulgaria (1925-1934). De ese país pasó a Grecia y a la Turquía mahometana, donde permaneció por diez años. Desde allí se le trasfirió a la agitada Francia de fines de la segunda guerra mundial. Los franceses quedaron cautivados por la humildad de Roncalli y sus dotes de *raconteur*, y en 1953 Pío XII le dio el capelo

cardenalicio y la sede metropolitana de Venecia.

Anfitrión de gobernantes. Al ascender al papado, Juan XXIII pidió que no se le considerara un Papa diplomático, político o intelectual, sino "un buen pastor dispuesto a defender la verdad y el bien". Ha salido del Vaticano 139 veces para visitar asilos de huérfanos, cárceles, escuelas e iglesias. Ha suprimido costumbres tales como la de impedir que los turistas subieran a la cúpula de San Pedro mientras el Papa se paseaba por los jardines que se extienden debajo: "¿Por qué no han de mirar? No estoy haciendo nada escandaloso".

Ha recibido a más gobernantes que ningún otro Papa (32), y algunas de esas visitas tienen importancia histórica, entre ellas la del primer soberano griego ortodoxo que haya aceptado la hospitalidad de un Sumo Pontífice desde los días del último emperador bizantino; la del primer arzobispo de Canterbury, desde el siglo XIV; la del primer prelado principal de la iglesia episcopal norteamericana y la del primer gran sacerdote sintoísta. Cuando Jacqueline Kennedy fue anunciada, el Papa preguntó a su secretario cómo debía dirigirse a ella. "Dígale Mrs. Kennedy, o Madame".

Mientras la aguardaba en su biblioteca privada, el Papa murmuraba: "Mrs. Kennedy, Madame; Madame, Mrs. Kennedy . . ."

En esto se abrieron las puertas y apareció la esposa del Presidente norteamericano. Juan XXIII se puso de pie, extendió los brazos y exclamó: "¡Jacqueline!"

Eterno optimista. El Papa Juan XXIII ha traído a una cristiandad profundamente perturbada por la condición del mundo algo más que un simple sentimiento de buena voluntad: ha puesto de relieve el renovado optimismo que está en el fondo del mensaje cristiano. Dice: "Yo siempre soy optimista, aun cuando advierto en torno de mí honda preocupación por el destino de la humanidad".

Al mundo en general, Juan XXIII ha dado algo que ni la ciencia ni la diplomacia pueden ofrecer: el sentido de unidad del linaje humano. Esta interpretación se encuentra en el núcleo de la tradición cristiana, cuyo Dios vive en la historia, e invita a la familia del hombre a colaborar con él para formarla. Si esa invitación es desoída por un mundo en tensión y deslumbrado por sus propias conquistas, la cristiandad debe asumir la culpa que le corresponde. El Papa cree que es necesario salvar al hombre donde está, no donde debiera estar. Al obligar a la cristiandad a reflexionar en su actitud ante el mundo y al curar las heridas que la han convulsionado durante siglos, ha ayudado mucho a recobrar el sentido cristiano de la familia.

La divisa del intelecto es un signo de interrogación. — A. H. G.

Los Estados Unidos abren las puertas al turismo

Gracias al programa norteamericano de fomento del turismo, viajeros de todas partes del globo han venido a descubrir el Nuevo Mundo.

POR ROBERT LITTELL

HACE DOS años, los norteamericanos, que se han distinguido durante varios decenios por su carácter de incansables trotamundos, se encontraron de pronto con que debían hacer a su nación tan agradable como fuera posible a ojos de los turistas de otros países. Los Estados Unidos se enfrentan actualmente a la necesidad de atraer visitantes extranjeros a fin de establecer un mayor equilibrio entre el torrente de dólares que sus turistas sacan del país y el riachuelo que entra en él. Se estableció una Dirección de Turismo del gobierno, con oficinas en nueve diferentes ciudades del extranjero (entre ellas la Ciudad de Méjico, Bogotá y São Paulo) y con 3.350.000 dólares que gastar en el fomento de viajes a los Estados Unidos.

Líneas aéreas, asociaciones de hoteles, bancos, cámaras de comercio, agencias de viajes y los particulares en todo el país, han unido fuerzas y recursos en un decidido afán por hacer más agradable y más barata la visita a los Estados Unidos. El año pasado 600.000 turistas (17 por ciento más que en 1961) procedentes de allende los mares, visitaron los Estados Unidos. Otros 211.500 llegaron de Méjico, cifra que representa un aumento de siete por ciento sobre el total de visitantes mejicanos registrado el año anterior. En todos los rincones del país se han establecido comisiones para organizar la cooperación y la hospitalidad que se debe ofrecer al turista.

Las propias organizaciones oficiales se muestran más cordiales en la actualidad y han suprimido muchos de los requisitos para extender visados, requisitos que no pocos visitantes juzgaban francamente ofensivos. Hoy esos visados pueden obtenerse en cinco o diez minutos siempre que el turista acuda personalmente a una embajada o consulado norteamericano.

Para la mayoría de los turistas extranjeros, el océano constituye el primero y más costoso de los obstáculos con que tropieza. Actualmente, sin embargo, un viaje a los Estados Unidos, por mar o por la vía aérea, es algo factible para cinco de cada seis viajeros, gracias a las marcadas reducciones en el precio del trasporte que se otorgan a grupos de 25 o más personas, o que se obtienen cuando se trata de giras previamente determinadas.

De los turistas que visitan los Estados Unidos, el 85 por ciento los recorre en grupos. La mayoría de ellos sólo disponen de tiempo para ver los sitios más renombrados: la ciudad de Nueva York, las cataratas del Niágara, las fábricas de Ford en River Rouge (Míchigan), la ciudad de Washington, Williamsburg (Virginia), el Gran Cañón, Las Vegas, Disneylandia, San Francisco. Algunos, más animosos, se lanzan por allí sin ayuda de guía alguno, deseosos de descubrir el país por sí mismos, y se les encuentra ya en el rodeo de Pendleton, en Oregón, ya en el Estado de Maryland paseando por el camino de sirga de un canal abandonado, ya en la Carolina del Norte, escuchando absortos la peculiar verborrea de los subastadores de tabaco.

Cada día es mayor el número de visitantes que llegan a enterarse de que el viajar de una parte a otra de la Unión Norteamericana puede resultar menos costoso de lo que temían. Los ferrocarriles del país brindan al extranjero un descuento de 15 por ciento en el billete de ida y vuelta, cualquiera que sea su puerto de entrada. Durante este verano, los pasajes de avión dentro del territorio de los Estados Unidos van a reducirse gracias a las "tarifas triangulares" recién creadas: por ejemplo, un vuelo de Nueva York a Los Ángeles vía Miami, o viceversa, costará solamente 25 dólares más que el directo. Dos líneas aéreas ofrecen conjuntamente 30 días de vuelo ilimitado entre 17 Estados de la región oriental, por 99 dólares.

Las incontables giras programadas que los mismos norteamericanos aprovechan para conocer su vasto país, resultan también de irresistible atractivo para los turistas foráneos. Por ejemplo, un recorrido de 10 días en autobús, entre Nueva York, las cataratas del Niágara, Detroit, Chicago, Washington y el regreso a Nueva York, cuesta unos 170 dólares, precio que incluye hoteles y paseos aunque no las comidas. Un crucero de siete días a bordo del *Delta Queen*, que atraviesa "el corazón de los Estados Unidos" por aguas de los ríos Ohío, Misisipí y Tenesí, cuesta 128 dólares; el precio

máximo es de 576 dólares por un crucero de 20 días. Un recorrido por ferrocarril desde Chicago al Gran Cañón o Las Vegas y siguiendo después a Los Ángeles, San Francisco, Seattle, Victoria y Vancouver, en la Columbia Británica, a los lagos Louise y Banff vía los montes Rocosos, en el Canadá, y el regreso a Chicago, cuesta de 462 a 646 dólares, incluidas las más de las comidas.

La mayoría de los forasteros recorren los Estados Unidos en autobús. Creciente número de ellos aprovechan la ganga que ofrecen las empresas Greyhound y Continental Trailways: 99 días de viaje, a bordo de autobuses provistos de asientos reclinables y retrete, entre cualesquiera puntos de esas líneas, por 99 dólares... a condición de que los billetes hayan sido adquiridos en el extranjero. Un turista recorrió la ruta "99 por 99" durante tres meses; cierto comandante del ejército inglés, ya retirado, viajó así cerca de 50.000 kilómetros.

Algunos visitantes, más osados, disfrutan de la comodidad y la conveniencia de los automóviles que se ofrecen en alquiler, por una suma moderada, para que los conduzca el propio viajero. En casi todos los Estados de la nación se aceptan las licencias para conducir otorgadas en otros países. Tres parejas que viajen juntas pueden alquilar, de alguna de las empresas que proporcionan este servicio en todo el país, un amplio automóvil con el que podrán recorrer 300 kilómetros al día por un promedio de 30 dólares a la semana por persona, suma que incluye el seguro, la gasolina y el aceite.

El costo de un viaje por los Estados Unidos depende, desde luego, de la entereza y la adaptabilidad del turista pero éste debe venir preparado a desembolsar más bien veinte que quince dólares diarios: siete por una cama en una habitación para dos personas, provista de ducha y baño, otros siete por las comidas del día, y los seis sobrantes para un bien planeado programa de paseos, propinas y compras menudas.

En muchas ciudades pequeñas estadounidenses habitan familias dispuestas a brindar hospedaje a los viajeros por tres o cuatro dólares por noche. Buen número de granjas en los Estados Unidos y el Canadá albergan turistas por 35 hasta 50 dólares a la semana, incluida la alimentación. Asimismo, muchos hoteles han reducido sus tarifas a favor de los turistas extranjeros. La empresa Sheraton, por ejemplo, ofrece actualmente una verdadera ganga: seis dólares por la habitación y seis dólares por las comidas en cualquiera de sus 34 establecimientos.

El comer bien en los Estados Unidos cuesta de ocho a diez dólares diarios, comprendidas las propinas, aunque no los vinos. Sin embargo, un matrimonio de Oslo, que se alimentaba con *hot-dogs* (especie de emparedados con salchicha) y "hamburguesas", no sólo por economizar sino también para "sentirse más en contacto con el pueblo nor-

teamericano", consiguieron reducir el costo de sus comidas a cinco dólares diarios.

La cocina estadounidense encuentra muy diversa acogida por parte de los turistas llegados de otras tierras. Algunos opinan que los ingredientes son magníficos, pero que "la manera de prepararlos los echa a perder". Al parecer, ingleses, australianos y alemanes gustan más de la cocina norteamericana que italianos y franceses. Los ingleses echan de menos su indispensable té, los franceses sus vinos y los italianos su café *espresso*, en tanto que los viajeros de Méjico lamentan la falta de sus picantes platillos. Y, "en cuanto a cerveza se refiere", comentaba un viajero procedente de Dinamarca, tierra de la Carlsberg y la Tuborg, "los norteamericanos ignoran lo que es cultura".

Empero, los peores chascos los provoca el idioma. Cierto visitante europeo que se hospedó en 20 diferentes hoteles de primera clase en los Estados Unidos, ha dicho que ni uno solo de los empleados encargados de recibir a los huéspedes pudo responder a preguntas hechas en francés, alemán o italiano.

Con todo, la campaña que se lleva a cabo en toda la nación para atraerse al turismo está operando cambios favorables. Las empresas hoteleras vienen buscando entre su personal aquellos empleados a quienes se pueda colocar una divisa que diga: "Ich spreche Deutsch", o bien: "On parle Français". El cuerpo de aduaneros de servicio en los aeropuertos cuenta ya con atractivas chicas uniformadas que saben hablar diversos idiomas. Macy's, la gran tienda neoyorquina, tiene más de 700 empleados que hablan uno o más idiomas extranjeros (42 lenguas en total).

La Gray Line, importante compañía de autobuses neoyorquina, proporciona a sus pasajeros unos audífonos con los que pueden escuchar, en cuatro diferentes idiomas, incluso español, la descripción, previamente grabada, de los sitios de interés que recorren. Los turistas que llegan a Asheville (Carolina del Norte), hallan un enorme cartel, escrito en varios idiomas, por el cual se les invita a llamar por teléfono al número 253-3351 si acaso necesitaran de un intérprete. Una asociación que ostenta el nombre de *Los Ángeles at Home* tiene una lista de 100 familias de esta ciudad versadas en el uso de varias lenguas extranjeras y con quienes puede contarse para servir de anfitriones a los viajeros de otros países. A los visitantes llegados a Filadelfia y que desean conocer la Campana de la Libertad, allí mismo se les informa acerca de ella en seis idiomas distintos, entre éstos el español, el alemán, el francés y el italiano.

Los viajeros de habla española se sienten particularmente privilegiados en ciudades como Nueva York (donde el español es casi un segundo idioma) o Estados como California, Tejas o Nuevo Méjico. A un turista venezolano que visitaba Nueva York, y que no hablaba pa-

labra de inglés, le preocupaba, naturalmente, la forma en que habría de ordenar sus comidas. El primer día entró en una cafetería, creyendo que las pasaría negras para hacerse entender, mas con sorpresa observó que los empleados hablaban en español entre ellos. Pidió en ese idioma lo que deseaba y descubrió que le servían con especial atención.

A varios centenares de turistas que se disponían a regresar a sus respectivos países, se les preguntó si les gustaría volver a los Estados Unidos, y las respuestas afirmativas superaron a las negativas en proporción de 20 a una. Sin embargo, los viajeros aprovecharon la ocasión para expresar algunas de sus quejas. No habían faltado incidentes y cosas que les disgustaran. Los gustos varían, claro está, y no es posible agradar a todo el mundo. Mientras que un visitante juzga que las danzas de los indios presentadas a los turistas a orillas del Gran Cañón resultan "deprimentemente artificiales", otro ansía presenciar más de esos bailes de los pieles rojas, así como conocer la artesanía y las ceremonias de éstos. Una turista dinamarquesa se sintió "instintivamente molesta" cuando una dependiente de una tienda de Nueva York la llamó "preciosa"; y cuando una camarera neoyorquina le dijo "encanto" a cierta señora de Suiza, a ésta le pareció "monísimo".

La ciudad de Nueva York ("la ciudad más horriblemente hermosa que he visto", comentó cierto visitante) provoca un torrente de epítetos encomiásticos y condenatorios: "Fabulosa, fantástica; nos entusiasmó", exclamó alguien. "Su grandeza abruma, pero su miseria desconcierta desagradablemente", al decir de otro viajero. "No es sino un panorama sensacional, carente de carácter; dos o tres días allí son suficientes". Un turista español decía: "Una ciudad enorme, donde uno se siente como una hormiguita". Si algunos vieron en el barrio miserable del Bowery "más borrachos que en Glasgow", en cambio, para quienes llegaron a Nueva York en avión, a la hora en que se iluminaban los millones de ventanas de sus edificios, la ciudad "era un país encantado en el acto de vestirse de gala".

Chicago, en especial, dejó asombrados a los turistas extranjeros que la visitaban por primera vez. "Nadie nos había dicho que fuese una ciudad tan hermosa", comentó una pareja. "Todo lo que de ella sabíamos lo aprendimos en las películas de pistoleros". Si bien Chicago se gana inesperados encomios, la ciudad norteamericana predilecta de los turistas es San Francisco. Con sus imponentes montañas, su puente sobre la bahía y su encantador sabor extranjero, esta ciudad parece "poseer cuanto se pueda imaginar".

Todos lo que contemplan por primera vez el paisaje estadounidense se sienten arrebatados por su grandeza y su infinita variedad, por lo ilimitado de sus horizontes, las gigantescas encinas de la región de los canalizos, dormidas bajo sus cabelleras de musgo, la lunar configu-

ración y la diáfana inmensidad del Sudoeste, las casas blancas y los rojos graneros, que semejan islotes en el mar de oro de los trigales.

La pintora libanesa Aida Marini, en su vuelo hacia el Oeste, creía ver "lagos de acero y sangre en un desierto de arena color de naranja". Philip Calow, turista australiano, volvió a su país llevando consigo la imagen indeleble de "autopistas que cruzan las ciudades sobre enormes zancas de hormigón".

Impresionados quedaron los viajeros que tuvieron ocasión de contemplar el Gran Cañón, el monumento a Lincoln en Washington, los bosques de sequoias de California, el parque Yellowstone. Otras vistas fascinaron a quienes se alejaron un tanto de las rutas ordinarias seguidas por los turistas: los abigarrados matices de Nueva Inglaterra en el otoño; el lago Crater en Oregón ("una de las vistas más bellas del mundo"); las viejas y nobles casonas de Natchez (Misisipí); el acuario de Miami; un desfile de los cadetes de la academia militar de West Point, con sus uniformes de gala y sus espléndidos cascos. Refiriéndose a los inmensos parques nacionales, cierto viajero observó: "Poco me habría importado no haber visto otra cosa"; y una señora escribió al Servicio Forestal: "Por primera vez caí en la cuenta de que ese país tiene corazón". El señor Waldo de Mier, periodista de 47 años de edad, a su vuelta de una gira de 25 días por los Estados Unidos en que participaron varios representantes de la prensa española, comentó que "le habían conmovido especialmente, al viajar por los Estados del Sudeste y Sudoeste, los incontables vestigios de cultura española que aún sobreviven allí".

Todos los turistas se mostraron poco menos que unánimes sobre este punto: la cordial hospitalidad, la cortesía y la bondad de la gente con quien tropezaron en los Estados Unidos, les habían causado imborrable impresión. Muchos visitantes esperaban hallar en el norteamericano un pueblo brusco y de prosaico sentido práctico, como tantos personajes de las películas que Hollywood envía al resto del mundo; su paseo por los Estados Unidos sirvió no sólo para reducir la diferencia entre las entradas y salidas de los dólares del turismo: también salvó un abismo en cuanto a la comprensión y la estima que deben existir entre los hombres.

"Cuando los norteamericanos le dicen a uno: *Está usted en su casa,* lo dicen de corazón y esperan que uno disponga de cuanto encuentre en la refrigeradora", comenta un joven inglés, estudiante de arquitectura. Cierto criador de ovejas procedente de Australia, que iba camino de Chicago, tomó asiento en el avión al lado de un agricultor de Iowa, que acabó llevándolo a casa para pasar allí el fin de semana.

A un grupo de 76 muchachos procedentes de la escuela de Forest Hill, de Londres, se les recibió con grandes honores dondequiera que fueron. Cierto club rotario cercano

a Nueva York les ofreció una comida campestre; en Buffalo (Nueva York) una empresa fundidora les obsequió con un almuerzo a base de pavo y pastel de calabaza. Cuando uno de los chicos quiso comprar un poco de chocolate en los montes Adirondacks, el tendero le dijo: "¡Ah! ¿Es usted uno de los estudiantes ingleses? ... ¡Tome! ¡Llévese la caja entera!" (que contenía 100 piezas). Y un señor desconocido, al enterarse de que se marchaban, se presentó en el aeropuerto de Idlewild con dos grandes cajas de melocotones que les llevaba de regalo.

Los turistas extranjeros descubren también el mejor de los tesoros que encierran los Estados Unidos: una hospitalidad propia de tierras nuevas, que acoge al forastero con los brazos abiertos y reconforta el corazón del visitante al punto de hacer exclamar a éste, como lo han hecho repetidas veces los turistas entrevistados: "De las muchas cosas que hemos visto en este país, la mejor ha sido el propio pueblo norteamericano".



MANDARON a un fotógrafo de prensa a hacer un reportaje gráfico sobre una reunión de los físicos nucleares que lograron la primera reacción en cadena sostenida.

—Señores —dijo el fotógrafo a los científicos Vannevar Bush, Enrico Fermi, Arthur Compton y Harold Urey— se me ha ocurrido una serie de tres fotos: en la primera estarán ustedes poniendo el átomo en la máquina, en la segunda se les verá en el acto de desintegrarlo, y en la tercera examinando todos juntos los pedacitos.

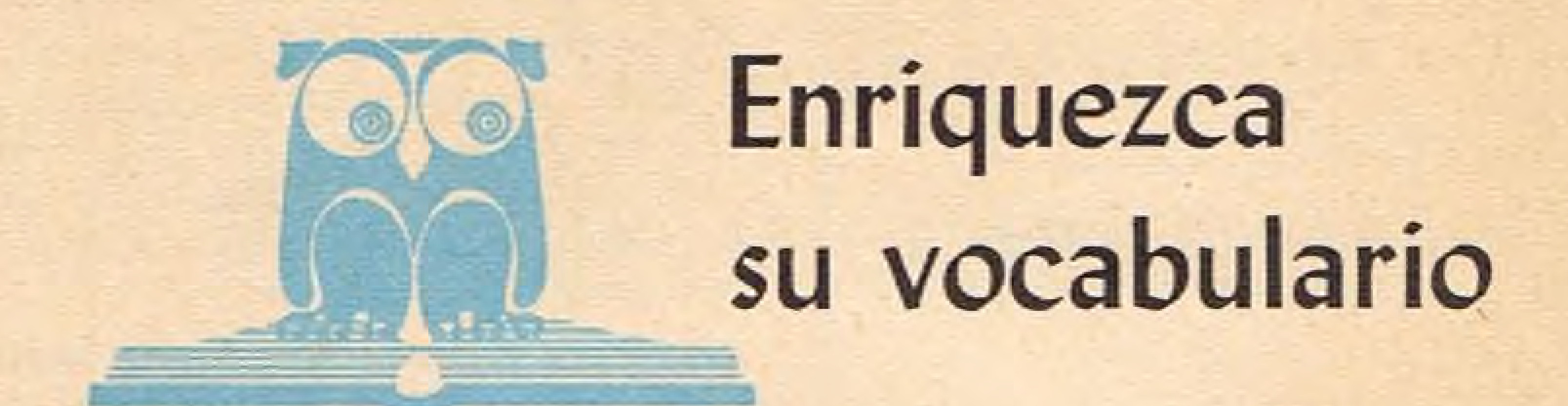
— John McPhaul, en *Deadlines & Monkeyshines* (Editores: Prentice-Hall)

Volviendo a Tierra

HACIENDO un vuelo desde Roma, un avión que llevaba, entre otros, al cómico del cine Red Skelton, sufrió graves averías en uno de los motores al pasar sobre los Alpes. Se arrojaron 12.000 litros de combustible para aminorar el peligro de explosión al aterrizar.

Red Skelton ocupaba un asiento delantero, al lado de un sacerdote, quien comenzó a decir sus más fervorosas oraciones. El actor se volvió hacia los demás pasajeros y con chistes y humoradas hizo cuanto pudo para distraer a sus compañeros de viaje. Por fin el aparato efectuó un aterrizaje de urgencia. Skelton les dijo entonces a los pasajeros, que aún no habían salido del susto: "Ahora, damas y caballeros, ya pueden ustedes volver a los vicios a que habían renunciado hace apenas veinte minutos".

— Will Fowler, en *The Young Man From Denver* (Editores: Doubleday)



Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE
Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

LA OBRA de todo artífice depende de la calidad de sus herramientas o instrumentos; y si las palabras son los instrumentos de la inteligencia, se deduce fácilmente que serán tanto mejores los resultados que produce su funcionamiento cuanto más numerosos sean los recursos con que cuenta. Sólo en el caso de obtener a la vuelta el lector la máxima calificación (cosa que es siempre rara) podrá decir que su vocabulario no ha aumentado.

• • • • •

1) **afasia** — A: pérdida de la razón. B: pérdida de la vista. C: pérdida de la memoria. D: pérdida del habla.

2) **burgués** — A: de Burgos. B: ciudadano de la clase media. C: de Burdeos. D: hombre rico.

3) **carmen** — A: casa solariega. B: alquería. C: quinta. D: choza.

4) **chivo** — A: cordero. B. carnero. C: chico. D: cabrito.

5) **ebúrneo** — A: de hueso. B: marfileño. C: aficionado a la buena comida. D: medio ebrio.

6) **fincar** — A: estribar. B: poseer. C: fijar. D: decidir.

7) **gala** — A: collar. B: vestido lucido. C: diamante. D: encaje o festón.

8) **hidra** — A: dragón. B: una diablesa. C: grifo. D: un monstruo.

9) **ismaelita** — A: hindú. B: sarraceno. C: islamista. D: hebreo.

10) **locución** — A: colocación. B: expresión. C: lucubración. D: publicación.

11) **maestro de atar escobas** — A: carpintero chambón. B: sastre chambón. C: maestro de cocina. D: maestro tontivano.

12) **nato** — A: negado. B: nacido. C: renegado. D: nonato.

13) **ominoso** — A: abominable. B: omnímodo. C: sumiso. D: poderoso.

14) **presea** — A: riqueza. B: precio. C: prenda. D: alhaja.

15) **simbolizar** — A: garantir. B: servir de emblema. C: sintetizar. D: servir de modelo.

16) **sobrepujar** — A: sobreponer. B: empujar. C: exceder. D: sobrevenir.

17) **taco** — A: taconeo. B: palabrota. C: borrachera. D: reto.

18) **tamiz** — A: chorizo crudo. B: almirez chico. C: tocino refrito. D: cedazo tupido.

19) **tropo** — A: perinola. B: trampa. C: figura retórica. D: figura de dicción.

20) **véneto** — A: de Vendome. B: venenoso. C: de Venecia. D: relativo a Venus.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **afasia** — D: pérdida del habla. "Es un caso de *afasia* o de sordera mental, añadió Andrés". (Pío Baroja)
2) **burgués** — B: ciudadano de la clase media. "¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido! / pero con modorras de viejo *burgués*". (Pezoa Velis)
3) **carmen** — C: quinta, principalmente en Granada. "Fértil región (Honduras) de insólita hermosura; / *carmen* de amor donde corrió mi infancia". (Froilán Turcios)
4) **chivo** — D: cría de la cabra. "El misterio de los bosques se encarnó en hombres de pies de *chivo* que tocaban la flauta". (Luis Franco)
5) **ebúrneo** — B: marfileño o de marfil. (Voz literaria) "... de hinojos ante un *ebúrneo* crucifijo". (Hartzenbusch)
6) **fincar** — A: estribar, consistir. Es americanismo. (En las acepciones de hincar es arcaísmo.) "La eficacia personal *finca* en la cultura".
7) **gala** — B: vestido rico y lucido. "Lucid al sol las juveniles *galas*". (Núñez de Arce)
8) **hidra** — D: en mitología, monstruo de siete cabezas. "... la injusticia, *hidra* generadora de la inmortalidad social". (José Ingenieros)
9) **ismaelita** — B: árabe; sarraceno. (Por ser descendiente de *Ismael*, hijo de Abrahán y Agar.)
10) **locución** — B: giro, expresión. "... dar a cada voz o *locución* su significación precisa ..." (R. J. Cuervo)
11) **maestro de atar escobas** — D: título burlesco que se da al que afecta magisterio en cosas ridículas o inútiles.
12) **nato** — B: participio irregular de nacer; dícese del cargo o título anexo a un empleo, y también de la calidad de un sujeto. "No basta saber llevar la levita para ser cómplice *nato* de los tiranos". (José Martí)
13) **ominoso** — A: abominable, vitando, de mal agüero. "... así terminó la *ominosa* dictadura .. de don Juan Manuel". (Roberto Payró)
14) **presea** — D: alhaja, cosa preciosa. "Muestre de mi tesoro bello y rico / las *preseas* y galas". (Rubén Darío)
15) **simbolizar** — B: servir una cosa como símbolo de otra. "... y el sueño de independencia / de este pueblo, todo eso / *simboliza* esta bandera". (Lloréns Torres)
16) **sobrepujar** — C: exceder. "... del trueno pavoroso la temerosa voz *sobrepujando* ..." (Espronceda)
17) **taco** — B: palabrota, grosería. "Soltó un *taco* viril y plebeyo". (Artemio de Valle-Arizpe)
18) **tamiz** — D: cedazo muy tupido. Fig. "... y (usaba) un manto, que de vejez, / no es manto sino *tamiz*". (Felipe Pardo)
19) **tropo** — C: figura retórica, empleo de palabra en sentido distinto del propio. "... hacer malabarismos de agudezas en el *tropo*". (Hugo Lindo)
20) **véneto** — C: veneciano. "... y allá en Italia un *véneto* afrancesado conserva la antigualla asonantada que Francia desechaba". (Ramón Menéndez Pidal)

Calificación

20 respuestas acertadas . . . . sobresaliente
15 a 19 acertadas . . . . notable
12 a 14 acertadas . . . . bueno
9 a 11 acertadas . . . . regular

¡Cuidado con las medicinas que toma!

POR EL DR. ROBERT GOSSELIN
Profesor de farmacología y toxicólogo clínico

Un autorizado médico habla aquí de las potencialidades y limitaciones de los medicamentos modernos, así como de la forma en que deben emplearse.

SIN DUDA los medicamentos que hace apenas una generación tomaban los mayores, o que éstos solían administrar a sus hijos, poco daño les hacían, pero lo cierto es que tampoco les eran de gran provecho. Con los medicamentos actuales, por otra parte, sucede que, si bien pueden ser muy beneficiosos, también son capaces de causar mucho daño. El medicamento de nuestros días con que se obtiene una cura "milagrosa" obra su efecto precisamente por alterar radicalmente el funcionamiento del organismo humano, hecho que buen número de personas no toma en cuenta.

Todo médico habrá tenido algún paciente empeñado en que le recetara cualquier medicamento de gran actividad contra una dolencia sin importancia. Cierto ingeniero, por ejemplo, persona razonable por lo demás, hace caso omiso de la advertencia de su médico en el sentido de que, al tratarse un simple catarro nasal con un antibiótico muy activo, se expone a una infección que resista la acción de todos los medicamentos conocidos en la actualidad. Sé también de cierta señora que, exageradamente preocupada, se busca una de las hormonas más potentes con el fin de acelerar la madurez sexual de su hijo de 14 años, a pesar de que los especialistas le han dicho que el chico es perfectamente normal. Asimismo, mencionaré al estudiante que, por tratarse el acné de que padecía, echaba mano de un poderoso antibiótico, el cloramfenicol, medicamento inapreciable contra ciertas

enfermedades graves pero cuyo empleo resulta peligroso. Posiblemente esta sustancia le fuera al muchacho de algún beneficio en cuanto al acné, pero es el caso que falleció de una anemia aplástica provocada por el tratamiento.

Ciertamente, los medicamentos modernos deben utilizarse con mucho cuidado. Personas hay que pueden ser o llegar a ser alérgicas a una u otra de las medicinas más usuales. La penicilina, por ejemplo, es un eficaz medicamento del que se consumen cientos de miles de kilogramos anualmente, pero ello sin discernimiento alguno. Para las personas que se han hecho hipersensibles al empleo de la penicilina, ésta presenta serios riesgos de choque así como de otros efectos concomitantes. Debe prescindirse de recurrir a los antibióticos para curarse un simple catarro, a fin de hacer posible que una adolescente asista a un baile o que una señora reciba en su casa a las amigas que vendrán a jugar a la canasta.

Una de las causas de esta situación radica en que el público no considera como medicamentos peligrosos aquellos que se pueden adquirir fácilmente sin prescripción médica. Muchas son las personas que no se dan cuenta de que el laxante que suelen tomar es una medicina muy activa, como lo es también la pastilla para dormir que se anuncia como inofensiva. No menos peligro encierr. el uso descuidado y por lo general impropio de medicamentos sobrantes de alguna enfermedad anterior, incluso, en ocasiones, los mismos que se emplearon para tratar el mal de otra persona.

Ahí está el caso de cierto muchacho de 17 años que, habiendo perdido el conocimiento, fue trasportado rápidamente a un hospital, donde se comprobó que el contenido de hemoglobina y de glóbulos rojos en su sangre era sólo del 15 por ciento de lo que es normal en un chico de su edad. El médico que lo atendió sospechó la existencia de una reacción medicamentosa, pero el muchacho negó haber tomado medicina alguna. Sin embargo, luego se supo que, contra los dolores de cabeza que padecía, había consumido enormes cantidades de aspirina, suficientes para provocarle una hemorragia interna poco menos que mortal.

Al médico se le debe mantener informado de *todas* las medicinas que el paciente esté tomando. Hace poco una ama de casa ingresó en nuestro hospital para que se le practicara una operación común y corriente. Al hacerle su historia clínica, la enferma ocultó el hecho de que había venido tomando diariamente grandes dosis de un medicamento tranquilizador: la cloropromazina, y que incluso había introducido clandestinamente en el hospital cierta provisión de esa sustancia. Su sigiloso proceder estuvo a punto de costarle la vida. En la sala de operaciones, al día siguiente, se le administró una pequeña dosis de tiopental sódico para inducir la anestesia, y bruscamente su

tensión arterial descendió a cero. Solamente por un esfuerzo heroico se consiguió salvarla.

Actualmente, a causa de nuestra tendencia a cambiar a menudo de domicilio y por el hecho de que hay diversas clases de especialistas a nuestra disposición, una persona da en consultar a varios médicos simultáneamente. En estas circunstancias, el paciente debe insistir en conocer los nombres de todas y cada una de las medicinas prescritas, a fin de mantener a sus diversos médicos al tanto de las sustancias medicamentosas que esté utilizando. El antecedente de que un enfermo haya recibido una serie de inyecciones de antibióticos, puede ser tan importante para su historia clínica actual como el hecho de que le hayan extirpado el apéndice.

Las medicinas mismas pueden crear síntomas o bien ocultarlos. Una cápsula contra la polenosis puede causar somnolencia y un comprimido para moderar el apetito puede ocasionar insomnio. Los medicamentos tranquilizadores cloropromazina y reserpina tienden a intensificar la acción de ciertas sustancias, o bien a contrarrestar la de otras. Los excitantes de la actividad síquica son capaces de dificultar radicalmente el metabolismo de algunos medicamentos: administrados antes o después de otro preparado pueden acrecentar los efectos de éste o bien volverlo inútil. El escolar que se desvela estudiando está expuesto a un trastorno verdaderamente serio si toma al mismo tiempo anfetamina y café o algún refresco a base de cola, estimulantes todos del sistema nervioso central. La intoxicación resultante puede provocarle zozobra, náusea, confusión, delirio y hasta una postración.

Siempre se debe preguntar al médico si se puede conducir con confianza cuando se está tomando algún medicamento. Un tranquilizante, un comprimido contra la alta tensión arterial o una cápsula destinada a despejar un seno paranasal congestionado, puede hacer de cualquier automovilista una amenaza pública. Es difícil obtener datos estadísticos fidedignos al respecto, ya que la policía rara vez piensa en los medicamentos ordinarios como motivo de accidentes. Sin embargo, los peritos en cuestiones de seguridad están convencidos de que muchos medicamentos "inofensivos", son causa de que muchos automovilistas no raciocinen bien o reaccionen demasiado lentamente yendo a gran velocidad.

También se ha comprobado que, en ciertas ocasiones en que algunas personas se han causado a sí mismas una muerte involuntaria, ésta se ha debido al uso de alguna combinación de medicamentos que, si bien empleados en la dosis recomendada son individualmente inofensivos, resultan peligrosos cuando se utilizan conjuntamente o se acompañan de alguna bebida alcohólica. Por ejemplo, el hidrato de cloral, somnífero conocido desde hace largo tiempo, ya se populariza de nuevo por afirmarse, con dudosa

justificación, que induce al hábito en menor medida que los barbitúricos. Ahora bien, de la mezcla del "inofensivo" hidrato de cloral con alcohol, resulta el brebaje conocido como "Mickey Finn", potencialmente mortífero.

Pero si bien es poco sensato tomar medicamentos activos a la ligera, es igualmente irrazonable el negarse a emplear una medicación bajo vigilancia médica, tal como lo hacen algunos pacientes, a veces por motivos inexplicables. Uno de mis colegas me relataba el caso de una paciente suya, joven ama de casa aparentemente inteligente, quien padecía de hipertensión maligna, trastorno que resultaba invariablemente fatal antes del advenimiento de ciertos medicamentos modernos. La presión sanguínea de la enferma alcanzó las cifras de 240/135 y su corazón se hallaba claramente dilatado.

Se le prescribió un tratamiento intenso a base de poderosos agentes anti-hipertensivos, solos o combinados: reserpina, clorotiazida, hidralazina y agentes para bloquear los ganglios. El tratamiento prescrito habría abatido su presión sanguínea y disminuido la sobrecarga de su corazón. Pero no fue así, y la paciente murió nueve meses después entre convulsiones. Terminadas las exequias, su esposo descubrió una colección de frascos de medicinas en la gaveta de la mesa de noche: se habían despachado todas las recetas, pero ninguno de los frascos había sido abierto.

Uno de los motivos principales de que algunos pacientes se nieguen a tomar los medicamentos que necesitan es el temor: el temor al envenenamiento, a tener que depender de ellos o a adquirir el hábito de usarlos. Otras personas consideran que tomarlos, especialmente si se trata de medicinas contra el dolor, es muestra de debilidad moral. Tales actitudes le hacen imposible al médico tratar a muchos pacientes cuyos padecimientos se podrían aliviar sin riesgo alguno con todo éxito.

Otra de las dificultades con que el médico tropieza de ordinario es la de persuadir a los pacientes a que continúen con el tratamiento medicamentoso mientras sea necesario. Muchas medicinas no curan la enfermedad, sino que sólo llegan a contenerla. Cuando un enfermo se ha tratado con digitalina después de un estado de insuficiencia cardiaca congestiva, con tabletas de extracto de tiroides para atacar un mixedema, con aspirina y hormonas corticoides contra la artritis crónica, con gotas para los ojos en caso de glaucoma, con insulina para la diabetes, o con otros agentes contra los padecimientos crónicos, resulta imprudente interrumpir la medicación sin órdenes precisas del médico.

Uno de mis colegas tiene bajo su cuidado a una enferma de 50 años, que sufre de artritis reumatoide. El mal respondió bien a la aspirina en altas dosis: cedió la inflamación de las rodillas y el dolor desapareció.

La paciente se sintió tan bien, que al cabo de dos años decidió interrumpir el tratamiento. En el término de una semana se hallaba tan baldada como antes, y si el tratamiento no se hubiese reanudado prontamente, la enferma habría sufrido una irreversible lesión de las articulaciones afectadas.

Debemos aceptar los nuevos medicamentos como hemos aceptado el automóvil. Empleados imprudentemente, aquéllos y éste pueden causar graves daños, pero también pueden prestar grandes servicios cuando se utilizan como es debido. No temamos a los medicamentos; antes bien aprendamos a medir claramente sus potencialidades y limitaciones.



Una plaza para un amigo

ENTRE 1850 y 1860 uno de los principales comerciantes de Hornby Flats (Nueva York) era Andrew Bray Dickenson, apodado cariñosamente el Viejo Bray. Su próspero negocio de ganadería le llevaba hasta Illinois, donde conoció a un abogado de la región llamado Abrahán Lincoln.

Varios años después, estando vacante el puesto de alguacil mayor de un distrito del Estado de Nueva York, se acordó Bray de su amigo de los días de Illinois, ahora Presidente de los Estados Unidos, y le escribió para pedirle que le ayudase a obtener el cargo. Lincoln recibió la carta en momentos en que acudía a una reunión del consejo de ministros. La letra del Viejo Bray se había convertido en una serie de garabatos ilegibles, así que el Presidente, después de echar un vistazo a la misiva, se la metió en el bolsillo, y se apresuró a llegar a la sala del Consejo.

Una vez tratados los asuntos más importantes, Lincoln hizo circular la carta entre sus ministros y les preguntó si había alguien que pudiera descifrarla. Stanton, el secretario de Guerra, hombre a quien nunca faltaba una salida, declaró solemnemente: "Señor Presidente: está claro que este señor desea ser ministro en Nicaragua". Y así Lincoln nombró al Viejo Bray para ese puesto.

Asombrado y agradecido, el comerciante neoyorquino resolvió ponerse a la altura de las circunstancias. Contrató los servicios de un instructor y en pocas semanas de intensos estudios aprendió a hablar español. Una vez en Nicaragua desempeñó el cargo en forma tan competente y se hizo tan popular entre los nicaragüenses que, cuando murió, éstos le erigieron un monumento.

— Arch Merrill, en *Southern Tier* (Editores: Seneca)

LA ORCA, terror de los mares

El animal de presa más temible que se conoce y, entre los acuáticos, el más veloz y fiero que existe.

POR WILLIAM CROMIE *Condensado de "Rod & Gun"*

A CORTA distancia de la orilla de una masa de hielo en el mar antártico, Herbert Ponting, fotógrafo de la Expedición Británica a Terranova, enfoca la cámara hacia el grupo de orcas que ha visto en la bahía. De súbito siente que el macizo de hielo de un metro de espesor, tiembla bajo sus pies y se agrieta. Sigue a esto un estallido, y Ponting se ve envuelto en un caliente chorro de aire con acre olor a pescado. Ocho orcas, al meterse debajo del macizo y empu-



jar hacia arriba con el lomo, han hecho que se desprenda el témpano, y Ponting queda aislado y flotando al garete. La masa de hielo empieza a sacudirse con violencia, y los cetáceos sacan la enorme cabeza blanquinegra fuera del agua. El horrible hocico de uno de ellos, profusamente armado de dientes, asoma a unos tres metros de allí.

Salta Ponting al témpano más cercano, de éste a otro, y a otro. Las orcas le siguen de cerca, cual manada de lobos hambrientos. Al ganar Ponting el último témpano, se halla éste a tal distancia del macizo, que al fotógrafo le es imposible intentar el salto. Mas cambia providencialmente el flujo de las aguas y acerca los témpanos a la gran masa de hielo.

Sujetando firmemente la cámara, arriesga Ponting el salto que será para él de vida o muerte. Tocan sus pies hielo firme y emprende veloz carrera. Sólo una vez se atreve a mirar hacia atrás, y ve entonces, según él mismo dirá más tarde, "una formidable cabeza parda que sobresaliendo del agua se apoya en el borde de un témpano mientras pasea en derredor los porcinos ojillos como si estuviese buscándome".

Por su inteligencia, rapidez, tamaño y fuerza es la *Orcinus orca* el más temible de los animales carniceros. Irrefrenable y jamás desafiada por criatura viviente, ni aun por el mismo hombre, recorre el océano devorando cuanto halla al paso: peces, focas, pingüinos, morsas, marsopas. Nadan estas últimas a 40 kilómetros por hora, pero hay orcas que lo hacen a 55, lo que las clasifica como los más veloces habitantes del mar. Aunque su alimento principal son los peces, que engullen por quintales a la vez, gustan también de ciertos animales de sangre caliente. En el estómago de una orca de seis metros y medio de largo se hallaron los restos de 13 marsopas y 14 focas.

En 1957 desembarqué en la Antártida. Formaba yo parte del grupo de científicos del Año Geofísico Internacional. En anterior viaje al Ártico ya había visto algunas orcas y pude observar la maña con que nadan bajo los témpanos en que están asoleándose las focas, los hacen bambolearse al empuje de sus potentes lomos y atrapan a las desprevenidas criaturas en sus voraces bocas de afilados dientes. Vi en aquella ocasión cómo los hijuelos de la morsa, al buscar amparo en el lomo de la madre, se veían arrancados de allí por los topetazos de las orcas y condenados a una muerte segura.

En esta ocasión, cierta mañana de enero, vi otro ejemplo de la voracidad de las orcas... y de su increíble agilidad. En compañía de un amigo estaba observando una manada de focas de Weddell echadas en el hielo. Una de ellas, muy corpulenta, de tres metros de largo y unos dos metros de grosor, dormitaba cerca de la orilla, apartada de las demás. Vimos en esto sobresalir de la tranquila superficie del

agua, a cosa de 750 metros de distancia, las curvadas aletas dorsales de una manada de orcas.

Me acerqué corriendo a la foca dormida y con todas mis fuerzas le propiné repetidos puntapiés. No se rebulló siquiera. Entre tanto unas seis o siete orcas emergieron y arrojaron al unísono un chorro de agua, bajo y apretado. Planté mi pesada bota de esquiar en la parte más sensible de la foca: el hocico. Despertó ella entonces y, asombrada, me miró parpadeando. Me esforcé en alertarla a gritos y señalando en dirección a las orcas, cada vez más cercanas. Acto seguido eché a correr.

Imaginaba que la foca habría hecho otro tanto, pero al volverme a mirar vi que seguía durmiendo donde la dejé, sin cuidarse de lo que se le venía encima. Instantes después surgió verticalmente del agua, a corta distancia de la orilla, la cabeza de la orca que, adelantando hasta un tercio del cuerpo banco adentro, hincó los dientes de ocho centímetros de largo en la piel del animal de 450 kilos de peso y lo arrastró al agua con la misma facilidad que si hubiera sido un juguete. Movimientos convulsivos del cuerpo, unidos a frenético batir de las extremidades, señalaron la breve agonía de la foca al desaparecer bajo la superficie. Hacia aquel punto convergían ya las aletas de las demás orcas.

De talla dos a seis veces mayor que la de los delfines y marsopas, la orca llega a medir hasta nueve metros de largo. Como las marsopas, tiene la piel desprovista de vello y un cuerpo ahusado, cosas que concurren a prestarle gran velocidad cuando nada. Su hocico redondeado está provisto de 10 a 14 pares de grandes dientes en cada una de las mandíbulas. El cuerpo de la orca se aguza hacia la cola, cuyas aletas anchas y horizontales, a más de las pectorales, así como lo coordinado de sus movimientos, le dotan de una silenciosa propulsión y una gran flexibilidad, incluso cuando nada a altas velocidades.

La *Orcinus orca* es fácilmente reconocible por los dos colores de su pelaje. En los individuos adultos, el vientre y la garganta, como la mancha que desde atrás del ojo corre por encima del mismo, son de un blanco pálido, color que, por lo general, se prolonga por los flancos en forma de silla de montar. El lomo, en cambio, es de un negro azabachado. Otra característica de esta orca es la encorvada aleta triangular que tiene en mitad del lomo, y que en los machos viejos mide cerca de dos metros de alto Más delicada que el macho desde todo punto de vista, la orca hembra alcanza apenas la mitad de la talla de aquél, o sea, unos cuatro metros y medio de largo.

¿Qué guía a las orcas para dar con las presas de que se alimentan?

El oceanógrafo William Cromie ha tomado parte en varias expediciones científicas a los mares ártico y antártico. En este último lleva su nombre una montaña de 3048 metros de altitud.

No alcanzan a ver a distancias mayores de 30 metros y carecen del fino olfato de los tiburones. Sin embargo, como todos los cetáceos de gran talla, las orcas tienen muy desarrollado el sentido del oído, y no sólo perciben sonidos inaudibles para el hombre, sino que son capaces de determinar con precisión el lugar de donde proceden.

Parece probable que las orcas descubren su presa por medio de la sonda acústica de que están dotadas, esto es, como lo hacen las marsopas. Emiten éstas penetrantes ruidos secos cuyas ondas, reflejadas por los objetos que hallan al paso, forman el eco por el cual se guía la marsopa hasta su presa. Grabaciones magnetofónicas hechas por la armada estadounidense demuestran que las orcas emiten también esos sonidos secos, así como que "hablan" unas con otras empleando ruidos que semejan silbos agudos y chirridos de puerta mal engrasada.

Andan las orcas en bancos de tres a 40 individuos. Cuando viajan o van de cacería, es lo corriente que las hembras y los hijuelos naden en apretada compañía, mientras que los machos, ya de uno en uno, ya en grupos pequeños, van a alguna distancia de aquéllos. Con frecuencia se les ve saltar por encima de la superficie del agua.

Muestra del ataque conjunto que practican estos delfínidos es lo que cuenta el ballenero Frank Bullen en el libro *The Cruise of the Cachalot*. Navegando en aguas del Pacífico Setentrional avistó una ballena de Groenlandia, tardo cetáceo de cabeza gigantesca. El animal distaba poco del barco y era evidente que se hallaba en aprietos. Al principio no supo Bullen a qué atribuirlo, pero luego se vio que una orca, elevándose de la superficie del agua, caía con todo su peso sobre el lomo de la ballena. Una y otra vez repitió el agresor esta misma operación, como si, a fuerza de golpes, tratase de someter a la ballena, de tamaño mucho mayor que el suyo.

La ballena parecía incapaz de rechazar el ataque, o de alejarse siquiera. En esto sacó la enorme cabeza por encima de las agitadas aguas, y Bullen pudo ver la causa de aquello: otras dos orcas habían hecho presa en los gruesos labios de la ballena y tiraban de ellos como si quisiesen obligarla a abrir la boca.

La más activa de las tres orcas seguía golpeando ferozmente a la ballena al caerle encima del lomo. En cuanto, agotadas las fuerzas, quedó el gigantesco cetáceo a flor de agua, cesó esta orca en sus saltos y fue a prenderse con las otras dos al labio de su víctima. Tras breve lucha final consiguieron abrirle la boca y le devoraron la lengua. "Éste había sido su único propósito", cuenta Bullen, "pues terminado su bárbaro festín, se alejaron de la mutilada ballena moribunda".

Las orcas hembras son, por lo general, uníparas. Su preñez dura alrededor de un año. Son mamíferos, y sus glándulas mamarias, en-

cerradas en una especie de bolsa, les permiten amamantar a la cría sin que ésta reciba, junto con la leche, agua salada. El hijuelo nace bien formado y de buen tamaño. Apenas lo da a luz, la madre lo saca a la superficie del mar para que respire por primera vez. De entonces en adelante ya puede valerse por sí mismo para nadar en compañía de la manada.

Las orcas son poco prolíficas y, como padres, ejemplares. Cuidan con extremada y cariñosa solicitud de sus pocos hijuelos. De igual modo que entre los lobos, hay entre estos delfínidos muy firmes vínculos de familia y de grupo. Al quedar lesionado un hijuelo o una madre, las demás hembras del banco acuden en su auxilio para llevarlo a la superficie o a lugar seguro.

Formidables carniceros, ocupan las orcas el vértice de la pirámide alimentaria. En la base de la misma se hallan incontables millones de plantas microscópicas que flotan en la superficie del mar o cerca de ella. Sirven éstas de alimento a diminutos animales, como camaroncillos y copépodos, a los que corresponde una angosta y más elevada zona en la pirámide. Cientos de kilogramos de tales animalillos hacen falta para mantener con vida a unos cuantos kilos de caballa, arenque y halibut. Cinco kilos de caballa por cada medio kilo de su propio peso necesitan consumir diariamente los peces de mayor tamaño, como el tiburón, o los mamíferos como la foca o la marsopa, que a su vez sirven de alimento a la orca. Dado que esta última carece de enemigos naturales, bien está que no sea animal muy fecundo, pues de lo contrario no bastarían a alimentarla todos los mares del globo.

Por fortuna, la orca prefiere las remotas aguas polares para sus cacerías. Frecuenta, sin embargo, las aguas del golfo de Alaska y las del litoral de la Colombia Británica. De cuando en cuando las orcas han sido avistadas por los viajeros que cruzan el océano Atlántico o el Pacífico.

Puesto que no hay en el mar un solo animal que no huya de estos abigarrados cetáceos, cabe preguntarnos para qué sirven. En realidad, contribuyen, y en grado importante, a mantener en la fauna marina el equilibrio de la Naturaleza. No puede considerárseles seres rapaces en el mismo sentido en que lo es el hombre. Porque, según lo expresa el Dr. Carleton Ray, conservador del acuario de Nueva York: "El animal de presa más rapaz de la tierra es un bípedo: el hombre. Rara vez obra éste de acuerdo con los designios de la Naturaleza. Cuando pesca, mata sin discernimiento. Cuando caza, acaba, por lo común, con la flor y nata, al matar los mejores animales. La bestia rapaz, por el contrario, destruye lo peor. El lobo hace presa en el animal enfermizo o errante. En el mar la orca procede de análogo modo y deja así que los seres más aptos y vigorosos sigan viviendo y se multipliquen".



¡Vaya con la lógica inglesa!

POR ROY PEARSON   *Condensado del "Herald Tribune", de Nueva York*

EN CUANTO desembarqué en Inglaterra, me sentí mareado. Rara vez obtenía respuesta a mis preguntas o, lo que era peor, las que me daban no las entendía yo.

Incomprensible para los más, es allá para todos irrefutable.

Veamos, por ejemplo, la cuestión del café. Todo el mundo sabe que en Inglaterra la gente civilizada toma té, pero a mí me gusta el café, de modo que cierta tarde el corazón empezó a latirme apresuradamente cuando en una fonda divisé un letrero que decía: "Té y café".

—Un café, por favor —le dije a la camarera.

—Lo lamento, señor —me contestó— pero sólo servimos té. El café se sirve a las once de la mañana.

Como tenía a la vista, sobre una

mesa contigua, un frasco de café "instantáneo", insistí:

—¿No es café lo que está allí? Y el frasco está abierto, ¿no? Y tendrán ustedes agua caliente para hacer el té, ¿verdad? ¿Por qué no puede poner una cucharadita de café en una taza de agua hirviendo y servírmelo?

—¡Ah, no, señor! El café es para las once de la mañana. ¡A las cuatro de la tarde se sirve té!

Durante varios días me consolé, confuso, con la idea de que se trataba sencillamente de una camarera algo rara. Mas una mañana leí en el periódico la carta siguiente:

> Almorzando en un restaurante de Glasgow, pedí que me sirvieran una compota de manzanas sin las natillas con que la anunciaba el menú, pero la camarera me respondió: "Perdón, señor, pero el plato consiste en compota de manzanas *con* natillas".
>
> Le indiqué que no debía ser muy complicado el dejar de agregar las natillas a la compota, y la camarera fue a la cocina a consultar. Cuando volvió, me dijo que lo que yo pedía era imposible, y a manera de explicación añadió: "El cocinero dice que si le vamos a servir a cada uno lo que se le antoje, *¿a dónde iríamos a parar?*"

Sin embargo, fue en un pueblecito de la región de los lagos donde encontré una muestra de lógica británica imposible de refutar. Poco antes de la una llegamos a un restaurante y encontramos la puerta cerrada con llave. Vi a un sujeto parado en la acera y le pregunté la razón de que el restaurante no estuviera abierto a esa hora.

—Es muy sencillo —repuso, con el tono del padre que contesta a la pregunta ingenua de su hijito—. Para que las camareras puedan ir a almorzar a su casa.

Uno de los problemas más enojosos en Inglaterra es el de saber a qué hora estará abierto un establecimiento público. Después de haber pasado tres veranos en Edimburgo, sólo tengo una noción muy vaga de las probabilidades con que contaré de hallar una tienda cuyo propietario esté dispuesto a atenderme. Los lunes por la tarde están cerradas las pescaderías y los martes las tiendas de paños. La mayoría de las casas de comercio de la calle George cierran los sábados por la tarde, en tanto que las de la calle Princes lo hacen los martes por la tarde, además de los sábados. El domingo están casi todas cerradas y el viernes casi todas abiertas, ¡pero el miércoles hay muchas tiendas de todos los ramos que están abiertas y muchas otras que están cerradas!

Tampoco me resulta fácil saber cuándo puedo visitar un edificio público. No es que falte información, ni tampoco que yo no sepa leer: por el contrario *es lo que leo*, precisamente. He aquí parte de la descripción del castillo de Edimburgo, según la guía oficial:

> Castillo de Edimburgo. Mapa 10, NT/27. Abierto: días ordina-

rios, 10 a 4 (dom. 11 a 4), nov. 1º a ene. 31: días ordinarios, 10 a 5 (dom. 11 a 5), feb. 1º a jun. 1º; días ordinarios, 9:30 a 6 (dom. 11 a 6), jun. 2 a set. 13. (A reserva de circunstancias imprevistas entre ago. 22 y set. 10.) Dom., sólo están abiertos los recintos y el monumento a los muertos en la guerra, excepto entre jun. y set.

Es extraño que yo me sienta tan confundido en Gran Bretaña, pues lo que allí sucede parece comprensible para todos los demás. En un hotel cuyos clientes en su mayoría eran montañistas que cada tarde regresaban de sus excursiones llenos de sudor y barro, encontraba yo el cuarto de baño cerrado con triple llave hasta después de terminada la cena. Ante mi asombro, el dueño me explicó pacientemente:

—Usted comprenderá, señor, que, después de todo, si el cuarto de baño estuviera abierto antes de la cena, todo el mundo querría bañarse, ¿no?

A quien se le ocurra pedir en un restaurante de categoría un poco de mantequilla para untarla en el pan se le dirá que es imposible, pues la mantequilla sólo se sirve con queso . . . y no para tomarla con el pan, sino con bollos. Y si no quiere uno tomar una taza de té en la cama antes del desayuno, será mejor que se prepare de una vez para una ruda lucha, pues en Inglaterra el no tomar té en la cama es peor que faltar el respeto a la madre. Cuando yo lo rechacé, el ama de llaves se irguió en toda su pequeña estatura y observó:

—Me temo que usted no se da cuenta, señor, de que en Inglaterra todos los *caballeros* (aquí una pausa significativa) toman el té antes de levantarse.

Recuerdo muy bien un barbero de Oxford que me explicó con toda solemnidad su método infalible para pronosticar el tiempo: si por la mañana temprano había niebla, haría día claro; si la mañana era despejada, el día sería lluvioso.

—Salvo —añadió muy tranquilo— que algunas mañanas de niebla se convierten en días lluviosos y algunas mañanas despejadas, en días *despejados.*



Pasatiempo provechoso. Después de examinar cuidadosamente a un amigo mío, un cirujano dentista le recomendó una sencilla operación quirúrgica para aliviar su dolencia. Al preguntarle si deseaba que le practicara la operación inmediatamente, mi amigo inquirió:

—¿Hasta qué punto afectaría mi pasatiempo favorito?

Sorprendido, el odontólogo preguntó:

—¿Y cuál es ese pasatiempo?

—Economizar dinero.

—D. F. B.

En apartadas aldeas de los Andes se alzan 138 escuelas edificadas por esta dinámica señora

Doña Eladia de Colombia, constructora y maestra

Por Scott y Kathleen Seegers

Condensado de "Latin American Report"



No hace mucho que los vecinos de cierta aldea de las montañas de Caldas, departamento de la República de Colombia, oyeron una mañana el melodioso tañido de un cuerno. Echando mano a palas, azadas y machetes acudieron presurosos al lugar de donde venía la llamada: un desmonte cercano a la aldea. Una semana antes, llevándolos en camiones y recuas de mulas, habían amontonado allí cemento, ladrillos, tejas y otros materiales de construcción. Ahora les aguardaba, cabalgando a mujeriegas en su mula, una señora de cabello canoso, rolliza y como de metro y medio de estatura. La resguardaba del sol blanco sombrero de ala ancha, calzaba zapatos de tenis y lanzaba espesas bocanadas del delgado cigarro de tabaco negro que estaba fumando. En cuanto vio en torno de ella bastantes aldeanos, rasgueó el tiple (guitarrillo colombiano más pequeño que la guitarra) y rompió a cantar, con voz un tanto cascada, animado bambuco, coreado al punto por los circunstantes. Apenas se apagaron los últimos acordes echó pie a tierra, y dijo: "He venido a que construyamos la escuela de la aldea. ¡A trabajar todos!"

Con prontitud increíble en una anciana de 82 años clavó las estacas que señalarían las cuatro esquinas de un edificio de dos habitaciones. Hecho esto, empuñó un azadón y comenzó a cavar la zanja para los cimientos, mientras soltaba entre azadonada y azadonada chistosas ocurrencias. "Ahora sigan ustedes", mandó al cabo de un rato dirigiéndose a los aldeanos.

La señora los agrupó en cuadrillas a las que asignó la ejecución de sendas tareas: cavar los cimientos, mezclar y echar el mortero, levantar las paredes, ir al monte a cortar la madera y acarrearla. La pronta ejecución que exigía a sus voluntarios obreros no era obstáculo para que cuidase de comprobar minuciosamente, con nivel y plomada, que el trabajo quedase bien hecho. "A esta escuela vendrán los biznietos de ustedes cuando todos nosotros estemos ya enterrados", decía riéndose a los aldeanos. "Constrúyanla a conciencia".

Doña Eladia Mejía —de quien se ha dicho a veces que tiene "algo de dinamo, algo de payaso y algo de reina"— lleva 66 años de ser maestra de primera enseñanza y de edificar con sus propias manos más de una escuela. Son nada menos que 138 las que, según la última cuenta, tiene en su haber; a ellas hay que añadir cuatro hospitales, no pocos centros de asistencia infantil, estaciones de bomberos y media docena de orfanatos. Tan sencillos son sus procedimientos de construcción y de organización del trabajo mancomunado, que el departamento de Caldas adoptó el "Plan Eladia" para el desarrollo del programa de educación rural.

La región en que trabaja figura entre las más montañosas de Colombia. Varios ramales de los Andes forman en el departamento de Caldas, donde se cosecha uno de los mejores cafés del mundo, gigantesco y escarpado conjunto de cerros, hondonadas, precipicios y angostos callejones sin salida. Las pocas carreteras que hay corren entre las montañas a lo largo de las paredes de estrechos pasajes. La mayor parte de la tierra se halla dividida en parcelas cultivadas por sus propietarios. El campesino caldense es amante de su independencia, laborioso, prolífico e inclinado a la violencia en política. Sólo el 50 por ciento de los niños van a la escuela. En los lugares más apartados hay hasta un 70 por ciento de analfabetos.

Es general, sin embargo, el afán de instruirse, y son constantes las solicitudes que recibe Doña Eladia de aldeas que necesitan escuela. Previa consulta con las autoridades, decide el lugar en que sea más urgente construirla, y el departamento de educación de Caldas se encarga de enviar allá los materiales para la obra, que dirige la misma Doña Eladia. Hasta hace poco lo llevaba a cabo permaneciendo en la aldea mientras duraban los trabajos, que era unos tres meses. En la actualidad cuenta con ocho obreros a los que ha adiestrado para que, sirviéndole de maestros de obras, vigilen la construcción durante su ausencia, con lo que puede ella adelantar simultáneamente la edificación de varias escuelas.

Cuando falta poco para que la obra de una escuela quede concluida, pide a la capital del departamento de Caldas que nombren la maestra que ha de enseñar allí. Al llegar la maestra, la presenta a los



Una de las escuelas de Doña Eladia en el departamento de Caldas

vecinos del lugar y organiza, antes de ausentarse, la inauguración de la escuela con una fiesta en que hay canciones, baile y barbacoa. Ya al terminarse el festejo, les asigna a los vecinos la parte que cada cual, según sus recursos, ha de aportar. "Usted, Tomás Gutiérrez", dice a uno de ellos, "tiene dos niños que vendrán a esta escuela: contribuirá diariamente con dos almuerzos". "Usted, Pablo Gómez", advierte a otro, que es hombre de más posibles, "tiene tres niños: a más de los almuerzos y los uniformes de ellos, contribuirá con los uniformes de otros tres niños y con los almuerzos para seis".

Como quiera que la partida asignada por el Ministerio de Educación Nacional es casi siempre inferior a lo que Doña Eladia tiene en proyecto, instala casetas en las ferias y fiestas públicas de la región a fin de allegar dinero para sus escuelas. En muchas de esas casetas venden artículos de fabricación casera donados por la gente del lugar. Otras veces organiza "Semanas Cívicas" en las que hay diversiones, juegos de azar, concursos y fuegos artificiales. No es raro que reúna de un solo golpe 6000 pesos.

Hallándonos en Manizales, la capital del departamento de Caldas, tuvimos la suerte de que Doña Ela-

dia acertase a estar en la ciudad. Fuimos a visitarla. Nos recibió en su reducido aposento de la Escuela de Santander, edificio que ocupa una manzana y a cuya construcción contribuyó ella hace 25 años. Una cama de hierro, una silla, la mesita en que reposa su querida máquina de escribir y unas cuantas cajas componen todo el menaje del aposento, austero como una celda monástica. De las paredes penden viejas fotografías de personas amigas, un crucifijo y el documento pontificio en que el Papa Pío X bendice la enseñanza cristiana de Doña Eladia.

Viste Doña Eladia traje de tela estampada de flores, chaqueta y pantuflas de fieltro. Se expresa con sencillez al hablarnos de su vida. Ella y 10 hermanos tuvieron una infancia dichosa en el hogar de su padre, dueño de haciendas de ganado y de minas en Antioquia. "Todos sabíamos tocar tiple y guitarra", nos dice. "Para acompañarnos cuando cantábamos o bailábamos, teníamos pulseras con sonajas hechas de colas de serpientes de cascabel". Al terminar los estudios de segunda enseñanza fue, por 12 años, maestra de escuela rural, hasta que, en el de 1909, a los 28 años de edad, hallándose en Manizales, ingresó en la congregación de San Vicente de Paúl, dedicada a la enseñanza y a la caridad. Más adelante, en 1914, viajó con otras 17 religiosas a fundar conventos y misiones en Guatemala, El Salvador y Costa Rica. De estas repúblicas centroamericanas pasó a Méjico para ayudar a la rehabilitación de aldeas devastadas en los días de la revolución. Por espacio de cinco años prestó su concurso en las obras que, bajo la dirección de ingenieros mejicanos y franceses, se adelantaban para abrir caminos en la selva, tender puentes y edificar hospitales y cuartelillos de la guardia rural. De esa época datan los conocimientos que posee en el arte de la construcción.

Al volver a Colombia la aguardaba lo que fue, para decirlo con sus mismas palabras, "la pena más grande de mi vida". En un altercado político su padre mató a un hombre en defensa propia. Conforme al Derecho Canónico, este desgraciado suceso hizo que la hermana Eladia tuviera que separarse de la congregación de San Vicente de Paúl. "Todo lo que era mi mundo había acabado para mí", dice ella al hablar de esto. "Fui a refugiarme en la hacienda de una de mis tías. Pero no me entregué a lamentar mi desdicha. Los hijos de los trabajadores de la hacienda carecían de escuela. Fundé una y me dediqué a enseñarles. Los vecinos de una aldea cercana en la que tampoco había escuela me pidieron que fundase allí otra, y así lo hice".

Al extenderse por la comarca su fama de maestra y constructora, recibió más y más peticiones para que fundase escuelas. Organizó a los vecinos para promover la construcción de las que se necesitaban en diferentes aldeas. Todos los hombres del lugar prestaron su concurso du-

rante los fines de semana, trabajando de carpinteros o de albañiles en la obra de la escuela, que Doña Eladia dirigía personalmente. Las mujeres, por su parte, se encargaban de guisar la comida y de servirla en rústicas mesas improvisadas. El tiempo que le quedaba libre lo empleaba Doña Eladia en ayudar a las hermanas de San Vicente de Paúl. Se las arreglaba para conseguir materiales de construcción, dirigir las obras de los nuevos orfanatos y escuelas de la congregación, y vigilar la ejecución de las mismas. "El trabajo de ellas es también mío, aun cuando yo no vista ya el hábito de hermana", aseguraba. "No he renunciado a los votos de pobreza, de castidad y de servicio al prójimo".

Así las cosas, llegó el día en que las autoridades de Educación de Caldas pidieron a Doña Eladia que dedicase todo su tiempo a la fundación de escuelas. Crearon para ella el título de "maestra-constructora" y le asignaron el sueldo mayor del escalafón: 500 pesos mensuales. Llamada a Bogotá, el Presidente de la República le impuso la condecoración más preciada de Colombia: la Cruz de Boyacá.

A fines del decenio de los 1940 era Colombia presa de gran agitación. Tuvo ésta su principio cuando, al dividirse el partido liberal, ganó el conservador las elecciones para presidente de la república. Alcaldes, gobernadores, jefes de policía, hombres de confianza del liberalismo perdieron sus empleos; y los conservadores nombrados para reemplazarlos empezaron a cobrarse antiguas deudas políticas, en algunos casos recurriendo a la violencia. Respondieron a ello los liberales en igual forma, y el tiroteo fue generalizándose. Temiendo por sus vidas, muchas familias campesinas huyeron al monte, para mantenerse de lo que encontraban; otras hicieron causa común con las partidas de merodeadores. Algunas de estas partidas pasaron del bandolerismo al asesinato por el solo gusto de asesinar. Se dio el caso de jefes de bandoleros que tenían bajo su dominio en regiones poco pobladas miles de kilómetros cuadrados.

En 15 años de locura colectiva han perecido más de 200.000 colombianos, entre ellos, Ana, hermana de Doña Eladia, su esposo y sus siete hijos. Cinco de las escuelas fundadas por la maestra-constructora fueron reducidas a escombros por los bandoleros, las más de las veces por haberse negado la maestra a que el jefe de los malhechores estableciese allí su centro de operaciones. A tales atropellos respondió Doña Eladia fundando con renovada actividad escuelas y más escuelas en las regiones azotadas por el terror, convencida como está de que "las escuelas son el único medio de evitar que esos niños sean el día de mañana como sus padres".

En el año de 1947 se vio expuesta a caer bajo las balas de la violencia. Estaba una mañana en las cercanías de la aldea de Barragán dirigiendo la obra de la escuela en que trabajaban cuatro hombres, cuando rom-

pió la paz campesina el fuego de los fusiles ametralladores, a la vez que siete facinerosos salían del monte y avanzaban disparando hacia el calvero en que se hallaban Doña Eladia y los cuatro trabajadores. Cayeron éstos muertos y quedó ella herida en un brazo. Pero así y todo se encaró a los asaltantes gritándoles "¡Cobardes!"

Rieron con risa de borrachos en tanto que uno de ellos la apartaba de un empellón. Relumbró el machete con que otro decapitaba uno de los cadáveres, cuya cabeza lanzó hacia Doña Eladia. Diéronse acto seguido todos siete a echar abajo la escuela. Mientras lo hacían, se escabulló Doña Eladia y fue corriendo a dar aviso a las autoridades de la población más cercana. Los siete asesinos cayeron en poder de la patrulla que el ejército mandó para perseguirlos.

Aunque todavía hay brotes aislados de violencia en los distritos rurales, a grandes pasos se logra imponer la ley y el orden; muchos de los sicopáticos "perros rabiosos" van quedando acorralados; algunos de los antiguos bandoleros se acogen a la amnistía para volver a la vida civilizada. En las recientes elecciones presidenciales votaron dos millones de colombianos sin que ocurriese una sola muerte.

Acompañar a Doña Eladia en una gira pone a prueba la resistencia de cualquiera. Alquilamos un automóvil y durante días enteros estuvimos viajando por las montañas de Caldas. "Esto es para mí un viaje de vacaciones", nos decía entusiasmada. "Rara vez dispongo de tiempo para visitar las escuelas, ocupada como vivo en fundar otras más. ¡Cantemos! ¡Seamos alegres!" La obedecimos a voz en cuello mientras nos llenaba los pulmones el aire puro de aquellas altitudes de más de 2000 metros.

A cada kilómetro o cosa así del recorrido, Doña Eladia echaba pie a tierra, señalaba hacia el punto en que allá a lo lejos alcanzábamos a divisar apenas en la serranía las rojas tejas y las encaladas paredes de una escuela, y nos decía: "Esa la construí en 1923", o en 1938, o en 1955. Fuimos a conocer algunas de las menos distantes guiados por Doña Eladia, que caminaba con ágil paso por los empinados senderos de la montaña. En muchas de las escuelas la maestra, que había sido discípula de Doña Eladia, la recibía con efusivas demostraciones de afecto. Mas no por esto era menos rigurosa la visita de inspección en que menudeaban las preguntas y ningún pormenor escapaba a la sagaz mirada de la maestra-constructora. "Esos escalones están en mal estado. Haré que traigan mañana mismo un saco de cemento". "Hace cinco semanas mandé suficiente pintura blanca para esta habitación. ¿Por qué están así las paredes?" Pero si no escatimaba las reconvenciones, tampoco se quedaba corta en los elogios, cuando venían al caso. "¡Muy bien! Así es como me gusta a mí que se coloquen las tejas de un tejado". En una escuela en construc-

ción tuvimos que aguardar 20 minutos mientras Doña Eladia ponía manos a la obra para enseñarle prácticamente a un sorprendido albañil la forma en que había de preparar la mezcla para que quedase como es debido.

Goza Doña Eladia de envidiable salud. Sólo en dos ocasiones ha estado enferma: hace años, cuando la fiebre tifoidea la tuvo alejada del trabajo ocho días; en 1960, cuando enfermó de neumonía y, según recuerda, "esos bobos de los médicos me obligaron a guardar cama".

Dándose cuenta de que esta anciana de 82 años no podrá continuar indefinidamente en sus viajes por las montañas caldenses, el Departamento de Educación de Caldas está capacitando a 20 jóvenes maestras de escuela en la técnica de la construcción. Falta harán las 20 para continuar la obra de la maestra-constructora. "Ella sola hace el trabajo de 20", dice el señor José Restrepo y Restrepo, en ese entonces gobernador de Caldas. "Si contásemos siquiera con 10 Eladias Mejías no habría problemas insolubles en el ramo de Educación del departamento de Caldas".



El encargado de un "motel" en la Florida se detuvo a la puerta de uno de sus inquilinos y lo llamó para que saliera a ver el hermoso arco iris. Prudentemente, su huésped preguntó primero: "¿Cuánto me costará?" —H. P.

El Reader's Digest llega a Nigeria

En Nigeria hoy el progreso es cosa que se da por descontada. Uno de los elementos de tal progreso vio la luz pública por vez primera el 26 de febrero pasado. Se trata de la edición nigeria del *Reader's Digest*: 34° miembro de esta familia internacional de publicaciones. Se llama *READ from Reader's Digest* y se edita en inglés, idioma oficial de aquella república africana. A los anunciantes se les ha garantizado una circulación inicial de 25.000 ejemplares.

READ ofrece una selección de artículos de las ediciones actuales y pasadas del *Reader's Digest*, que reflejen el esfuerzo del propio pueblo nigerio por superarse y progresar.

Al dar la bienvenida a la nueva edición, Sir Abubakar Tafawa Balewa, el primer ministro, dijo: "El conocimiento de los asuntos públicos, del progreso humano y de las aspiraciones del hombre, es indispensable. Al diseminar por el mundo tal conocimiento durante los últimos 40 años, el *Reader's Digest* ha incrementado el total de la sabiduría y entendimiento humanos".

RIQUISIMAS NOVEDADES en los famosos



chocolates superfinos NOEL

en su formato exclusivo de 50 grs.



RELLENOS CON JALEA
Ananá
Cereza
Frambuesa
Naranja

YUSTE 14-b



"COMPACTOS"
con Avellanas
con Almendras
con Nuez
con Pasas



Con los mismos rellenos: Bombones Superfinos NOEL

NOEL presenta ahora para su deleite las Tabletas con exquisitas Jaleas, primicia absoluta en rellenos; y sus "COMPACTOS", que permiten paladear el delicioso Chocolate "Superfino" NOEL magníficamente amalgamado con avellanas, almendras, nueces y pasas seleccionadas.

EN CHOCOLATES, AHORA MAS QUE NUNCA... GUIESE POR LA ESTRELLA **NOEL**

Citas citables

El hombre que halla de su gusto el trabajo que ejecuta, independientemente del éxito o de la fama, puede tenerse por elegido de los dioses.
— Robert Louis Stevenson

Hay un fondo de verdad en toda idea que sobrevive lo suficiente para que la califiquen de ingenua. — Irving Berlin

El francés es hombre capaz de jugárselo todo en un impulso; pero, si reflexiona, no arriesgará un ápice. — André Malraux

El único tirano que tolero en este mundo es la tenue voz que habla en lo íntimo de mi ser. — Mahatma Gandhi

La ciencia no es una vaca sagrada, sino un caballo. No requiere culto, sino alimento. — A. E.

Hay personas que, cuando oyen un eco, creen que es el de su propia voz.
— Ernest Hemingway, citado por Leicester Hemingway, en *My Brother, Ernest Hemingway* (World)

No andemos diciendo que el mundo tiene obligación de sustentarnos. El mundo nada nos debe, ya que llegó aquí primero. — Mark Twain

Si partimos de una certeza, acabaremos con dudas; pero si partimos de incertidumbres y procedemos entre ellas con paciencia, terminaremos por alcanzar la certeza. — Francis Bacon

Cuando una mujer dice que necesita buscar empleo para "expresarse y aprovechar la cultura que ha adquirido", por lo general sólo significa que no le alcanza el tiempo para planchar la ropa. — *Changing Times*

Leo, estudio, analizo, escucho, reflexiono ... y con todo ello trato de formarme una idea en la que pongo todo el sentido común de que soy capaz.
— Lafayette

Todavía hay quien muere con las botas puestas... sobre el acelerador del auto. — *Leader Post and Sentinel*, de Medina County (Ohio)



Dramas de la vida real

El hombre que no se dio por vencido

Por Alex Haley

En voz baja y pausada el decano explicó al futuro alumno de la Escuela de Derecho el comportamiento que de él se esperaba: "Hemos arreglado en el sótano una habitación en la que usted permanecerá en el tiempo que medie entre las clases. Deberá abstenerse de transitar por terrenos de la universidad. De la biblioteca de la Escuela de Derecho le enviarán los libros que necesite. Traerá usted diariamente emparedados para almorzar en su habitación. Tanto al entrar en la universidad como al salir de ella, deberá hacerlo por la parte de atrás del edificio, por el camino que he indicado en este croquis".

No sentía el decano animosidad alguna contra aquel joven; de igual modo que la mayoría de los miembros de la facultad y del consejo de administración estaba enteramente de acuerdo con que se admitiese a George Haley, de 24 años de edad, en la Escuela de Derecho de la Universidad de Arkansas. Pero corría el año de 1949, y el joven Haley, veterano de la aviación militar de los Estados Unidos, era negro. Atento a evitar en esa universidad sureña conflictos que ocasionasen actos de violencia, el decano hizo hincapié en que lo más indicado era extremar el aislamiento.

A George le pareció angustiosa la clase de vida que le tenían reservada. Pudo haber ingresado en la Escuela de Derecho de la Universidad de Harvard, donde no hubiera tenido que vivir como un paria. ¡Y sin embargo, había optado por la de Arkansas!

Lo que le decidió a hacerlo así fue una carta de su padre. La recibió cuando cursaba el último semestre en el Colegio de Morehouse, en Atlanta (Georgia). "El único modo de acabar con la segregación racial", decía la carta, "es establecer avanzadas dondequiera que existe. El gobernador de Arkansas y los funcionarios del ramo de instrucción pública han resuelto llevar a cabo discretamente un ensayo de integración racial. Por tu aprovechamiento en los estudios y por tu carácter reúnes las condiciones necesarias para ese ensayo. Entiendo que la Escuela de Derecho de la Universidad de Arkansas es una de las mejores del Sur, y puedo arreglar tu ingreso en ella, si consientes en acometer la empresa".

El amor y el respeto que profesaba a su padre, catedrático universitario y uno de los primeros en luchar por la educación de los negros de los Estados Unidos, decidieron a George a someterse a aquella dura prueba.

En su primer día en la universidad fue directamente a la habitación del sótano, dejó su almuerzo sobre la mesa, y echó escaleras arriba camino del aula. Hubo de atravesar por entre oleadas de rostros blancos que iban retratando sucesivamente sorpresa, incredulidad, y al fin una cólera sorda y avasalladora.

Apenas cruzó la puerta del aula, al murmullo de animadas conversaciones de los allí reunidos sucedió repentino silencio. Buscó George el asiento que le correspondía ocupar. Quedaba a un lado, entre los del resto de los alumnos y el estrado del profesor. Aunque durante la clase hizo desesperados esfuerzos por concentrar la atención en las explicaciones del profesor, el odio latente que le circuía se le entraba alma adentro y le nublaba el entendimiento.

En el segundo día de asistencia a la universidad le recibieron con francas provocaciones y amenazas. "Oye tú, negro: ¿qué vienes a buscar aquí?"; "¡Eh, tú, vuélvete al África!" Procuró hacer oídos sordos, caminar con paso firme y serena dignidad.

COMO LA MAYORIA DE LAS GRANDES MARCAS MUNDIALES

EL Rambler VIENE DE FABRICA CON FILTROS PUROLATOR

Industrias Kaiser Argentina luego de realizar pruebas exhaustivas con diversas marcas de filtros eligió a los Filtros Purolator para proteger los motores de su famosa línea de automóviles.

Purolator demostró ser el único sistema de filtración cuyo rendimiento no declina, utilizando como elemento principal a un especialísimo papel resinoso de porosidad calibrada importado de los EE. UU. Retiene impurezas tan minúsculas como 0,001 mm. de diámetro. Por normas SAE su eficiencia es de un increible 99,98% cifra jamás documentada por otro sistema.

El Rambler como la mayoría de los automóviles más importantes del mundo vienen de fábrica con Filtros Purolator. Ud. también, cualquiera sea la marca de su coche, evite riesgos innecesarios - Protéjalo como las grandes fábricas - con Filtros Purolator.

En las estaciones de servicio al efectuar las reposiciones (cada 6.000 kms. aproximadamente) exija únicamente FILTROS PUROLATOR.



PARA VISUALIZAR LO REDUCIDO QUE ES UN MICRON O SEA 0,001 mm. LO COMPARAMOS CON UN CABELLO HUMANO. UN MICRON ES 300 VECES MAS CHICO. LOS FILTROS PUROLATOR MICRONIC RETIENEN IMPUREZAS TAN INFIMAS COMO DE UN MICRON DE DIAMETRO.



LOS FILTROS PUROLATOR AVENTAJAN A LOS FILTROS COMUNES "A ACEITE". MANTIENEN SU INCREIBLE EFICIENCIA DEL 99,98 % AUN A VELOCIDADES REDUCIDAS, FACTOR QUE HACE DECLINAR MARCADAMENTE LA EFICIENCIA DE LOS FILTROS "A ACEITE"

NO ARRIESGUE SU MOTOR - EXIJA FILTROS PUROLATOR EN LAS REPOSICIONES

LOS LEGITIMOS FILTROS PUROLATOR PARA AIRE, ACEITE O COMBUSTIBLE SON FABRICADOS EN LA ARGENTINA POR PUROLATOR ARGENTINA S.A.I.C.

Idearon los estudiantes nuevos ultrajes. Por las mañanas, cuando llegaba George a su habitación en el sótano, hallaba escritos groseros o amenazadores que le habían deslizado por debajo de la puerta. El trayecto de la universidad al cuarto de alquiler en que vivía ponía a prueba su entereza de carácter. Cierta tarde, al disponerse a cruzar una calle, varios estudiantes que iban en coche acortaron la marcha y le hicieron señas de que pasara. Mas en cuanto quiso cruzar, aceleraron de súbito, con lo que él, al tratar de ponerse a salvo, cayó de bruces en el arroyo, y tuvo que atravesar la calle a gatas. En tanto que los del coche se alejaban, prorrumpieron en carcajadas y le gritaban: "¡Vamos, eslabón perdido! ¡Procura andar como un ser humano!"

La habitación del sótano quedaba cerca de las destinadas a la *Revista de Derecho*, de cuya dirección y redacción estaban encargados los 12 alumnos más sobresalientes de los que cursaban el último año de la carrera. A oídos de George había llegado que a estos alumnos les enfurecía que él tuviese acceso al mismo retrete que ellos usaban. Una tarde se abrió de golpe la puerta de la habitación de George, y al volverse éste a mirar le arrojaron a la cara una bolsa de papel llena de orines. A raíz de este incidente el decano ordenó que diesen a George una llave del retrete de la Facultad, pero él prefirió abstenerse de tomar líquidos durante el día para no tener que usar retrete alguno.

Empezó a preguntarse George si la pasividad con que soportaba tantas humillaciones no acabaría por menoscabar en él algo de su hombría. ¿No sería mejor, decíase a veces, responder al odio con el odio, rebelarse y pelear? Comunicó estos pensamientos a su padre y a su hermano en largas y acongojadas cartas.

"Ten siempre presente que ellos proceden de esa manera por temor", le escribió su padre. "Temen que tu presencia en la universidad vaya en detrimento de ésta, y en consecuencia, en detrimento de sus propios estudios y sus oportunidades en la vida. Sé, pues, paciente. Dales tú ocasión de que te conozcan mejor y entiendan que no eres amenaza para nadie".

Al día siguiente de recibir la carta en que su padre le daba este consejo, vio, al entrar en la habitación del sótano, una soga pendiente del techo.

Su hermano le había escrito: "Comprendo lo duro de tu prueba, pero trata de recordar que todos los nuestros están contigo en espíritu y ruegan por ti".

George sonrió amargamente al leer esto. ¿Qué diría su hermano al enterarse de que la gente de color de la población esquivaba medrosamente su trato? No ignoraban esos negros que la animosidad racial podía estallar en cualquier momento, y no deseaban que la explosión les alcanzase a ellos. Solamente unos pocos se atrevían a alentar a George. Así lo hizo cierto diácono que,

al deslizarle en la mano un arrugado billete de un dólar para contribuir a sus gastos, le dijo: "Trabajo de noche, y al volver a casa he notado que te quemas las pestañas estudiando".

Con todo y haberse "quemado las pestañas", a duras penas salió aprobado en los exámenes del primer semestre. Su mal era que en el aula, crispados los nervios por el odio de que se veía rodeado, apenas podía concentrar su atención en las explicaciones del catedrático. Así pues, en el segundo semestre discurrió valerse de una especie de taquigrafía adquirida en la aviación militar. Tomaba apuntes de todo lo que explicaba el maestro, y de noche, desechando el recuerdo de las mortificaciones del día, estudiaba esos apuntes hasta aprendérselos casi al pie de la letra.

Al final del curso había perdido 13 kilos y se sentía agotado física y emocionalmente. En esas condiciones lo hallaron los exámenes. Aunque salió del paso lo mejor que pudo, temía mucho haber fracasado. Había puesto cuanto estuvo de su parte y ya podría retirarse de la universidad sin desdoro. A otro negro, más inteligente y de mayor fortaleza que él, le correspondería alcanzar lo que él no logró llevar a buen término.

La tarde en que darían a conocer las calificaciones, llegó a su habitación del sótano agobiado por la seguridad de su fracaso, se desplomó en una silla y apoyó la frente en la mesa. Así estaba cuando llamaron a la puerta. "¡Adelante!" dijo. Escasamente pudo dar crédito a sus ojos. Cuatro de sus condiscípulos le sonreían. "Acabamos de ver las calificiones", dijo uno de ellos. "Las de usted son las más altas. Pensamos que le agradaría saberlo". En seguida, un tanto corridos, se marcharon los cuatro.

Por un instante quedó George como aturdido, pero sintió luego que un torrente de emociones le henchía el pecho. Más que nada le tranquilizaba saber que no tendría que decir a sus padres y amigos que salió derrotado.

En su segundo año en la Universidad de Arkansas disminuyó considerablemente el número de escritos insultantes que le echaban por debajo de la puerta; además, aunque manifestado con renuencia, su adelanto en los estudios inspiraba respeto. Mas así y todo, dondequiera que iba, tropezaba su mirada con las de quienes parecían ver en él un animal escapado del zoológico.

Un día recibió la carta firmada por el secretario de la Fundación de Estudiantes Presbiterianos de Westminster, en la cual le decían: "Nos complacerá mucho que tome usted parte en el cambio de opiniones que habrá el próximo domingo sobre el tema de las Relaciones Raciales".

Lo primero que sintió al leer esto fue ira. ¿Conque cambio de opiniones? ¿Y dónde andaban escondidos esos generosos opinantes mientras que él, George Haley, pasaba por un infierno? Hizo pedazos la invitación y la tiró al cesto. Pasó la no-

che dando vueltas y más vueltas en la cama. Al fin saltó del lecho y escribió la carta en que aceptaba la invitación.

Ese domingo, al llegar a la reunión, le recibió un grupo de jóvenes. Todos cambiaron con él premiosos apretones de mano y sonrisas de exagerada cordialidad. Por fin, el que presidía la asamblea, después de presentar a George Haley, agregó: "Confiamos que el señor Haley nos manifestará lo que, como cristianos, nos corresponde hacer . . ."

George se puso en pie y avanzó con tardo paso hacia la tribuna. Aquellas palabras habían despertado en él tempestuoso hervor de sentimientos. Olvidándose del discurso que había preparado tan cuidadosamente, exclamó: "¿Qué os corresponde hacer? ¡Al menos podéis dirigirme la palabra!"

De súbito, todos sus sentimientos se le desbordaron del alma. Habló de lo que era verse tratado como enemigo en la propia patria; del daño que se causa al espíritu de quien se ve perseguido como criminal sin haber cometido más crimen que el de tener oscura la piel; de lo que pasa en el alma de un hombre cuando empieza a creer que las enseñanzas de Jesucristo carecen de validez en el mundo. "He empezado a odiar", confesó George. "He apelado a todos los recursos de mi espíritu para desterrar de mí este odio, pero no lo consigo".

De pronto, sus ojos se arrasaron en lágrimas de indignación, que se tornaron en lágrimas de vergüenza, y volviose casi a tientas a su asiento.

Al silencio que siguió sucedieron tumultuosas manifestaciones de aprobación y aplauso. Cuando el presidente logró restablecer el orden, George Haley quedó elegido miembro del grupo por unanimidad de votos. Desde entonces no hubo fin de semana en que dejase de ir a la Casa de Westminster a disfrutar del sencillo placer de la humana compañía.

En la misma universidad comenzaba a romperse el hielo. Los condiscípulos de George dieron en cambiar con él cautelosos comentarios acerca de los estudios. Cierto día oyó decir a un grupo que discutía una cuestión de procedimiento legal: "Vamos al cuarto de la Soga del Ahorcado, a ver qué opina Haley". De momento sintió indignación, pero en seguida sonrió complacido. No era poco el cambio que aquello denotaba.

Hacia fines del curso un alumno de último año le preguntó, con calculada naturalidad, por qué no escribía algo para la *Revista de Derecho*. Como era cosa sabida que en esa revista colaboraban únicamente los estudiantes más aventajados, esta invitación dejó a George Haley rebosando de orgullo.

No obstante, sólo al año siguiente, cuando cursaba el tercero y último de la carrera, se aventuró a presentarse en el restaurante de los alumnos. En realidad, habría preferido no hacerlo. Quería disfrutar de algún sosiego, no estar de continuo a la defensiva, en ese último año de

Tenemos UN EJEMPLAR de HISTORIAS SECRETAS DE LA ÚLTIMA GUERRA

reservado para usted



Esta oferta única de Selecciones, llevará a los amantes de la buena lectura esta obra vigorosa donde cada capítulo es una dramática huella, viva y sangrante, de la segunda guerra mundial.

Cada capítulo ha sido escrito, sobre hechos reales, por sus propios protagonistas... o por aquellos que vivieron de cerca la angustia y la muerte.



Dos semanas antes de la Navidad de 1941, el capitán de corbeta de la marina italiana, Luigi Durand de la Penne, partía hacia la rada de Alejandría al encuentro de la muerte...



Ante la trágica palabra: "lepra", los soldados japoneses retrocedieron espantados y la valerosa filipina continuó su marcha llevando pegado a las espaldas un mapa militar...



2.727 barcos de todo tipo avanzaban hacia las cinco playas de invasión, formados en hileras de 30 kilómetros de frente... ¡era el amanecer del Día D!



...y cuando la luz hería oblicuamente la superficie de aquel sobre, algo brillaba... una motita que ampliada 200 veces resultó ser algo sorprendente...

HISTORIAS SECRETAS DE LA ÚLTIMA GUERRA es una obra para ser leída y meditada.

¡ENVÍENOS HOY MISMO SU CERTIFICADO PERSONAL!

y será de los primeros en recibir el ejemplar que le tenemos reservado.

su asistencia a la universidad. Pero había ingresado en la Escuela de Derecho para hacer algo más que instruirse.

Apenas entró en el restaurante, tomó una bandeja y ocupó su puesto en la cola. Todos los que le precedían o le seguían se apartaron de él un buen trecho. Tenía ya atestada su bandeja cuando tres corpulentos estudiantes que iban delante de él le gritaron: "¿Conque quieres almorzar con nosotros, negrito?"

Acto seguido le propinaron un empellón e hicieron caer al suelo la bandeja que llevaba, con prolongado estrépito de platos rotos. Agachose George a recogerla, lanzando coléricas miradas a sus perseguidores, y por vez primera respondió a las constantes provocaciones de que era objeto: "¡No son ustedes unos niños! ¡Pórtense como hombres!" Los otros retrocedieron, haciendo cómicas demostraciones de fingido terror.

Temblando de ira concluyó él de recoger lo que había rodado por el suelo y fue a sentarse a una mesa desocupada. Allí quedó, inclinado sobre la bandeja. De pronto, un estudiante de incipiente calva y rostro anguloso se detuvo frente a la mesa con su bandeja y dijo a George: "Me llamo Miller Williams. ¿Permite usted que me siente aquí?" George asintió. Todas las miradas estaban fijas en los dos hombres. Y los insultos se enderezaron entonces al estudiante blanco, "ese simpatizante de la negrería".

Difícilmente cuadraba tal calificativo a Miller Williams. "Nací en Hoxie, Arkansas", le dijo a George Haley, "y he vivido siempre en el Sur. Pero no es justo lo que aquí sucede, y estoy de parte de usted".

Esa misma tarde fue Williams a la habitación del sótano en compañía de otros estudiantes. El propósito era celebrar una conferencia, y en ella se habló con claridad.

—¿No es cierto que todos los negros son gente de navaja en el bolsillo? —preguntaron a George.

Volvió él del revés sus bolsillos: no llevaba tal navaja.

—¿Se baña usted con frecuencia?

—Diariamente —repuso George.

—¿No codician los negros a las mujeres blancas?

George les mostró varios retratos de la agraciada joven negra con la que tenía amores en su pueblo natal.

En la carta que George escribió a su hermano después de este episodio le decía: "En no menos del 50 por ciento de los casos, mejorar las relaciones raciales es asunto de trato y comunicación. Desde que he podido hablar con algunos blancos me he dado cuenta de que la prevención con que nos miran se debe a la espantosa idea que tienen de nosotros. Noto muy bien la lucha emocional por que han de pasar antes de convenir en que soy un ser humano como ellos".

Durante aquel último año de estudios hízose cada vez más patente que era éste un año de triunfo, no sólo para George sino igualmente para los alumnos de raza blanca que fueron capaces de desechar sus pro-

¡ACTÚE HOY MISMO! No envíe dinero.

Mande esta tarjeta que no necesita estampillas.

¡No se pierda esta oferta sensacional!

Permiso No. 25
RESPUESTAS POSTALES
PAGADAS

El franqueo será pagado
por el destinatario

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST

Apartado Especial No. 51

Buenos Aires

Permiso No. 25
RESPUESTAS POSTALES
PAGADAS

El franqueo sera pagado
por el destinatario

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST

Apartado Especial No. 51

Buenos Aires

pios prejuicios. Cuando uno de estos alumnos se acercó a él para decirle: "Escribí a usted una carta de la cual me arrepiento", George le tendió la mano que el otro estrechó amistosamente. Cuando un alumno le ofreció en silencio un cigarrillo, George apreció en lo que significaba esa demostración, y aunque no era fumador, fingió saborear el cigarrillo.

Invitaron a George a formar parte del cuerpo de redacción de la *Revista de Derecho*. Uno de los escritos que publicó fue premiado por la Corporación de Revistas de Derecho de Arkansas, y escogido para que representara a la universidad en un concurso nacional. George Haley, por designación de la Facultad, actuó de abogado defensor ante el tribunal de prácticas de la Escuela de Derecho. Sus colegas de la redacción de la *Revista de Derecho* le encomendaron la selección de las colaboraciones que debían publicarse.

Cercano ya el final del curso alentaba en George la íntima satisfacción de haber alcanzado la mayor parte de sus propósitos. Empero, reapareció en esto el espectro de antiguos temores. Era costumbre que al concluir el año la Facultad obsequiase a los redactores de la *Revista de Derecho* con un banquete al cual asistían distinguidos ex-alumnos de aquélla. No sin angustia se preguntaba George qué ocurriría en esta ocasión. Y la noche del banquete, al entrar en el comedor del hotel en que se efectuaba, vio confirmados sus temores. Apenas le vieron los antiguos alumnos, se hizo hostil, opresivo silencio.

A George se le heló el corazón. Se pasaba la comida sin tomarle gusto. Llegó en esto la hora de los discursos. Robert Leflar, el decano de la Escuela de Derecho, dio la bienvenida a los ex-alumnos y procedió luego a presentar a cada uno de los estudiantes redactores de la *Revista de Derecho*. Aquella lista de nombres pareciole interminable a George Haley, que sentía que la sonrisa se le había helado en el rostro.

"El joven que ahora os presento", dijo en esto el decano Leflar, "es persona que merece, y a la cual profesamos, igual, si no mayor estimación que a cualquiera de nuestra Escuela de Derecho".

A estas palabras se echaron atrás 11 asientos y sus ocupantes se pusieron de pie. Eran los 11 redactores de la *Revista de Derecho*. Vueltos hacia George Haley aplaudían vigorosamente. Todos los miembros de la Facultad les secundaron. Y a éstos siguieron, puestos también de pie, los antiguos alumnos. Y con ellos, jueces, abogados, políticos en los cuales estaba representado el Sur de los Estados Unidos. La ovación se hizo atronadora. Insistentes voces pedían que hablase.

Intentó él hacerlo, pero, incapaz de contener las lágrimas, dio rienda suelta al llanto. Lo cual tuvo, en cierto modo, el valor de un discurso.

Hoy, a los 10 años de aquel día, George Haley ejerce la profesión de

abogado en Kansas City, rodeado de universal aprecio. Desempeña desde 1955 el cargo de segundo fiscal de la ciudad. Pertenece al consejo de administración de su parroquia, ha contribuido a la fundación de gran número de empresas de hombres de color y es vicepresidente de la Juventud Republicana del estado de Kansas.

Muchos de sus condiscípulos de la Escuela de Derecho son hoy íntimos amigos suyos. Hace pocos años recibió de uno de ellos, aquel Miller Williams que fue a sentarse a su mesa en el restaurante de los alumnos, la prueba más conmovedora de la igualdad de trato a que le consideran acreedor. Williams, en la actualidad catedrático de literatura en la Universidad de Luisiana, telefoneó a George para participarle el nacimiento de una hija. "A Lucy y a mí", le manifestó Williams, "nos gustaría que tú fueses el padrino de la niña".

Esta sencilla invitación de parte de Williams afirmó para siempre los vínculos del afecto y la estimación entre dos hombres. Se dijo George Haley que valió la pena la larga y dolorosa lucha que él había sostenido. Entendió cuán en lo cierto estuvo su padre al aconsejarle: "Sé, pues, paciente. Dales tú ocasión de que te conozcan mejor".

Entiendo yo la sabiduría de este consejo tan bien como la entiende George. Y es natural que así sea . . . pues George es mi hermano.



Curiosidades globales

En una barbería de Tahití les dan guitarras a los clientes en lugar de revistas, para que toquen mientras esperan.

— Citado en el *Journal* de Milwaukee

El párroco de un pueblo francés ha logrado un aumento en las colectas de los domingos usando como cepillo una red para coger mariposas. Como las monedas se caen por entre la malla, sólo los billetes resultan aceptables.

— F. H.

En Francfort, Otto Kramer, un obrero que trabaja por la noche, les regaló a cada una de las 32 amas de casa de la manzana en que vive, sendos recipientes de caucho para la basura, los que ya no hacen ruido mientras él duerme.

— Women's News Service

En Teherán los pasajeros de los taxis "prefieren el asiento delantero para poder observar los accidentes", dice un iranio. "Se obtienen tres accidentes por cada dos litros de gasolina".

— E. W.

Lo que se sabe acerca del cáncer del seno

Poco es lo que se sabe acerca de esta enfermedad; pero, en tanto los investigadores sostienen una lucha incesante contra ella, he aquí lo que la mujer puede hacer para defenderse de sus estragos.

POR J. D. RATCLIFF



EL CÁNCER no es un padecimiento selectivo. Puede atacar cualquier órgano o tejido del cuerpo humano. Sin embargo, entre las mujeres su localización predominante suele ser la mama. Aparece en ese órgano con cuatro veces más frecuencia que el cáncer pulmonar y es tres veces y media más frecuente que el carcinoma de estómago. Ha dicho cierto cirujano: "El padecimiento flagela a la mujer moderna bárbara e innecesariamente".

¿*Innecesariamente*? De cada cinco mujeres que padecen de cáncer de mama, fallecen dos a resultas del mal. Si se aplicasen los conocimientos de que en la actualidad se dispone, podría salvarse el 80 por ciento de esas vidas, de mediar circunstancias favorables.

Veamos lo que es este verdugo desconcertante y astuto. Parece ser mal de familia. Si entre hermanas, una de ellas sufre cáncer de mama, la probabilidad de que otra lo padezca es el triple de lo normal. El mal tiene predilección especial por las mujeres de la clase acomodada y ataca con particular crueldad a las solteras, a las casadas sin prole y a aquellas que no amamantan a sus hijos. ¿Por qué? Nadie lo sabe.

Si es poco lo que en la actualidad se conoce acerca de las causas del cáncer de mama, mucho se ha aprendido, sin embargo, respecto a su tratamiento. Con alentadora fre-

cuencia se sabe de curaciones quirúrgicas. En efecto, las cifras proporcionadas recientemente por un destacado cancerólogo del Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia demuestran que cuando los carcinomas de mama se operan al comienzo de su desarrollo, se consigue un 90 por ciento de curaciones. Si el mal se ha extendido hasta los cercanos ganglios linfáticos, el porcentaje de curaciones desciende a 65 por ciento. En los casos avanzados, la esperanza de curación se reduce a cero.

Por fortuna, el cáncer de mama suele anunciarse anticipadamente; en realidad, en el 95 por ciento de los casos, son las propias mujeres, y no los médicos, quienes descubren la protuberancia que pudiera ser síntoma de carcinoma. Algunas mujeres, al bañarse, notan la aparición de un pequeño nódulo en uno de sus pechos. O pudiera ocurrir un ligero derrame del pezón, o que éste se halle desviado de su posición natural, o bien que exista un hoyuelo en la piel de la mama, como consecuencia de la subyacente retracción de un posible tejido canceroso. Es conveniente que las mujeres efectúen con regularidad una cuidadosa inspección en busca de esos signos. Después de haber cumplido los 30 años de edad, deberán practicar un autoexamen mensual, entre sus períodos menstruales.

La manera de efectuar esa autoinspección es sencilla. Puesta la interesada de pie, frente a un espejo, con las manos a los costados, indagará si existe alguna modificación en el tamaño o forma de sus pechos; después, elevando los brazos sobre la cabeza, repetirá la investigación. A continuación, acostada sobre la cama, con una almohada bajo el hombro izquierdo y la mano izquierda bajo la cabeza, explorará la mama de ese mismo lado, mediante movimientos circulares hechos con los dedos unidos de la mano derecha, en busca de algún nódulo o de un engrosamiento de los tejidos. Primero examinará la parte superior de la mama, después la inferior y luego los lados de la misma, incluyendo en su exploración el hueco axilar. Repetirá la observación sobre la mama del lado derecho.

En caso de encontrar algún signo sospechoso, deberá consultar al médico *inmediatamente*. Sólo hay una posibilidad entre tres de que un nódulo descubierto casualmente resulte canceroso; es mucho más probable que se trate de algún inofensivo quiste, pero únicamente el médico es capaz de conocer la diferencia. El reconocimiento que éste haga no variará mucho del que una mujer pueda hacerse por sí misma. El médico investigará además el estado en que se hallen los ganglios linfáticos que arrancan de la mama, los cuales brindan una de las vías más propicias a la difusión del cáncer. Es muy probable que el médico recurra también al auxilio de los rayos X.

La mayor parte de las veces, esas

exploraciones previas ofrecen a lo sumo algún indicio. El veredicto final sólo se puede emitir después de extraer un fragmento del tejido del nódulo mismo para someterlo a análisis. Esa intervención de cirugía menor se reduce de ordinario a practicar una fina incisión. Sin embargo, las medidas preoperatorias son las mismas que para la cirugía mayor. Se somete a la paciente a anestesia general y se extrae una diminuta porción del tejido propio del nódulo sospechoso. Dicha muestra se envía al instante al laboratorio de anatomía patológica donde se la congela con bióxido de carbono líquido. Luego se toma de ella un trocito, fino como papel de seda, se le colorea y se examina al microscopio.

En cinco a diez minutos recibe el cirujano el informe definitivo que está esperando. Si se trata de un carcinoma, se pone en marcha una de las intervenciones más extraordinarias y meticulosas de la cirugía moderna: la mastectomía radical, o sea la extirpación de la mama, ganglios linfáticos adyacentes, e incluso de porciones del tejido muscular de brazo y tórax. La operación tardará cinco o más horas.

Con infinita paciencia y suavidad se comienza la disección; el cirujano procura permanecer lo más alejado del enemigo (el cáncer) como le es posible. Se disecan y extirpan los ganglios del hueco axilar. Cada uno de los minúsculos vasos sanguíneos se liga con seda muy delgada; el número de tales ligaduras puede exceder de mil. El campo operatorio que necesita el cirujano debe estar libre de sangre, para que éste pueda ver con claridad y que no escape a su escrutadora mirada porción alguna de tejido canceroso, letal en potencia.

La meta de la operación consiste en extirpar la mama y tejidos circundantes *en bloque*. Tal procedimiento reduce las probabilidades de poner en libertad células cancerosas diseminadas, que pudieran ser recogidas por la corriente sanguínea o el sistema linfático y llevadas a otra parte del organismo, donde más tarde darían origen a un nuevo brote maligno.

Es inevitable que la operación sea deformante, si bien el cirujano trata de reducir la desfiguración al mínimo posible. Para ello, un injerto de piel, piel casi siempre obtenida de la cadera, se sutura sobre la herida operatoria con la máxima habilidad posible.

Después de una operación, muchos cirujanos someten la región torácica a la acción de los rayos X, para destruir de ese modo las células cancerosas que hubieran podido quedar libres a resultas de su intervención, o bien recurren al empleo de los nuevos medicamentos anticancerosos.

Aunque estos últimos no deben considerarse como "curativos", sí poseen atributos verdaderamente prometedores. Uno de los que resultan de particular utilidad es la Tio-TEPA, creada hace unos diez años. A pesar de haberse compro-

bado sus virtudes anticancerosas en experimentos llevados a cabo con animales, resultó ser menos eficaz en el caso de seres humanos, pues no alcanza a destruir *todas* las células de un tumor voluminoso. Sin embargo, ¿no podría ser útil para destruir las células que quedan diseminadas después de una intervención quirúrgica anticancerosa?

El grupo de investigadores encabezado por el Dr. Warren Cole, del Colegio de Medicina de la Universidad de Illinois, en Chicago, fue uno de los primeros que pusieron a prueba esas ideas. Administraron una dosis del medicamento inmediatamente después de haber practicado una extirpación de mama; otra dosis al día siguiente y una tercera a los dos días.

Los resultados obtenidos los ha comunicado el Dr. Cole en fecha reciente. Al final de un período de observación de seis años, de 80 mujeres a quienes sólo se sometió a la mastectomía radical, murieron 20. De otro grupo de 80 mujeres en las cuales se empleó la cirugía más los medicamentos anticancerosos, fallecieron 14. Es preciso reconocer que los resultados no revelan un triunfo terapéutico indiscutible, pero está abierta la puerta para otros medicamentos mucho mejores que se encuentran ya en fase de experimentación.

También existe en la actualidad otra alentadora promesa para aquellas mujeres cuyo carcinoma de mama ha progresado hasta hacerse inoperable. Hace ya tiempo que los

investigadores habían observado cierta extraña relación entre el carcinoma de mama y las hormonas sexuales femeninas. Los médicos decidieron extirpar los ovarios (y más tarde las glándulas suprarrenales) como órganos productores de tales hormonas. También extrajeron la hipófisis, por ser esta glándula la que pone en actividad tanto ovarios como suprarrenales. A la postre con ninguna de esas intervenciones quirúrgicas se logró salvar la vida de las pacientes, pero sí prolongar significativamente la duración de la misma, así como disminuir el dolor.

Otra idea surgió, además, en la mente de los médicos: ¿Por qué no neutralizar las hormonas femeninas administrando otras *masculinas*? También entonces los resultados fueron prometedores.

En algunos casos ¡incluso las hormonas femeninas atenuaban al parecer el crecimiento del cáncer! La Asociación Médica Norteamericana acometió un estudio en gran escala: por regla general se administraron hormonas masculinas a las mujeres premenopáusicas y hormonas femeninas a las de edades más avanzadas. Los carcinomas mostraron cierta regresión (reducción de tamaño) en 21 por ciento del grupo de las de menor edad y en 36 por ciento del grupo de las de edad más avanzada. En todas ellas observose un notable aumento en el tiempo de supervivencia.

Otros trabajos, orientados en diferente sentido, encierran el máxi-

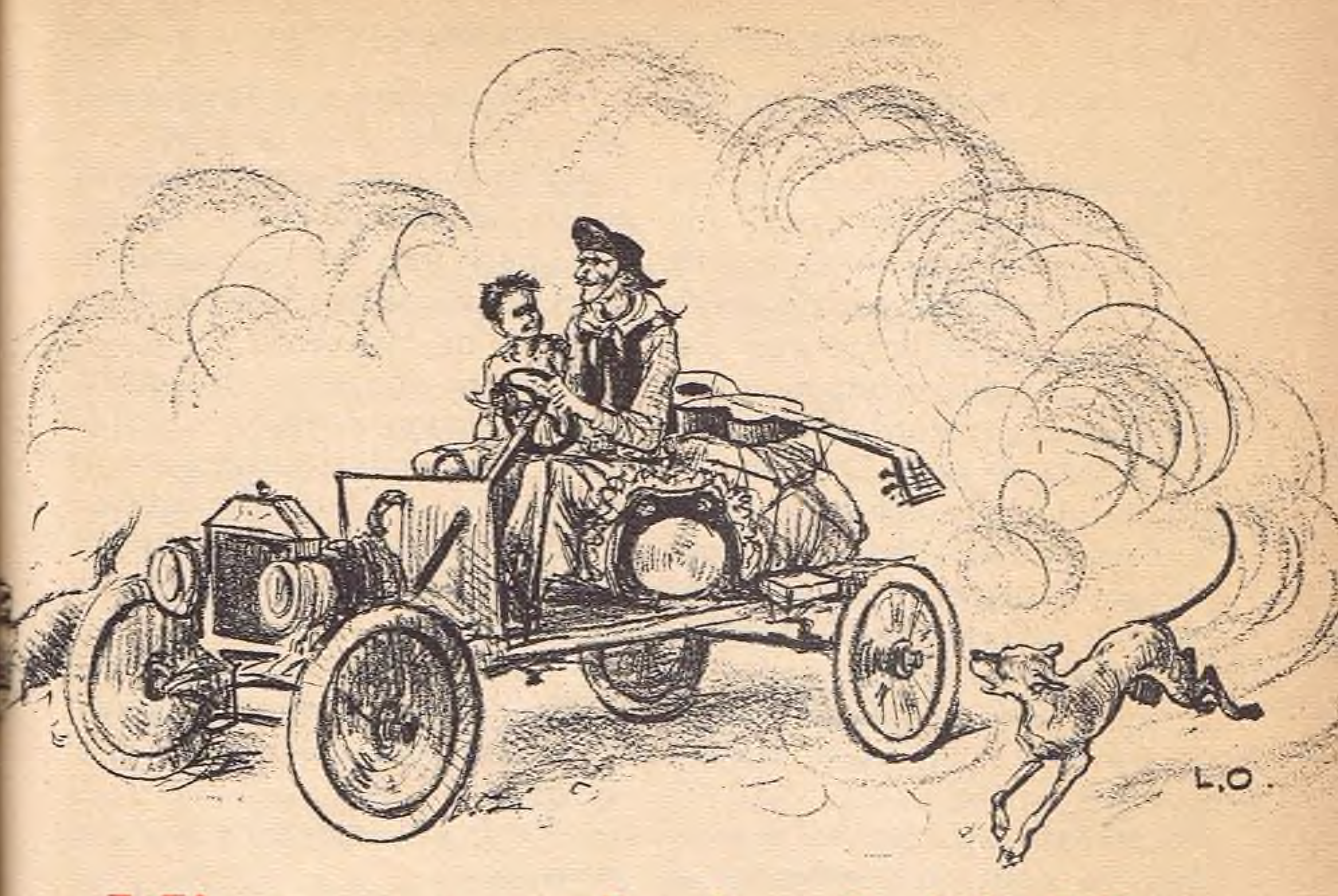
mo interés. El objetivo que éstos persiguen es hallar el medio de prevenir el cáncer de mama.

En 1939 el Dr. John Bittner, trabajando en el Laboratorio Jackson Memorial de Bar Harbor (Maine), hizo un descubrimiento sorprendente. Existía en el laboratorio una raza de ratones en cuyas hembras el cáncer de mama se desarrollaba con letal regularidad: más del 90 por ciento de las veces. Bittner advirtió que, si a los ratones recién nacidos se les apartaba de aquellas madres en el momento del parto para hacerlos amamantar por otras no cancerosas, la mortalidad prevista ¡se reducía en un 50 por ciento! Por el contrario, si los ratoncillos normalmente no cancerosos eran amamantados por las hembras de alguna de las razas con elevada propensión al cáncer, tres de cada cuatro crías adquirían la enfermedad y morían a causa de ella. Al parecer, pues, era algún elemento existente en la leche de la ratona lo que trasmitía el mal.

Siguiendo esta pista, el grupo de investigadores en cancerología de la Universidad de Columbia trató de aislar de la leche de ratona el agente causal del cáncer. Como la producción de leche de esos animalitos no es mayor que un mililitro, y para obtener incluso tan reducida cantidad se requería una disección extremadamente dificultosa de los conductillos lácteos, era evidente que había que buscar un medio mejor de atacar el problema: ¡una máquina para ordeñar ratonas! Siguieron meses de trabajo para idear una versión liliputiense de las máquinas ordeñadoras empleadas en las vaquerías. Para esta fecha se han usado los diminutos artefactos en más de 20.000 animalitos. Se han obtenido de esa manera unos 30 litros de leche de ratona ... sin duda alguna, la leche más cara que se haya visto en el mundo, pues alcanza un costo de ¡10.000 dólares el litro!

Estos investigadores han aislado de esa leche lo que parece ser un virus, posible causa del cáncer de mama tanto en la ratona como en la mujer. En la actualidad se está tratando de cultivar ese virus en el laboratorio. Si tal cosa se lograse, se dispondría de una cantidad suficiente de virus para obtener vacunas de ensayo que pudieran aguijonear al cuerpo humano para crearse defensas contra el cáncer de mama. El resultado podría ser un triunfo de investigación de enorme importancia.

Así pues, por diversos caminos los investigadores van estrechando el cerco en torno de uno de los azotes más terribles de la mujer. La victoria final es casi segura, pero hasta tanto se logre, toda mujer debiera hacer uso del mejor medio con que cuenta en la actualidad para asegurar su propia protección. Dicho medio es la autoobservación.



Mi personaje inolvidable

POR JORGE OBLIGADO

JUGABA yo a la pelota contra la pared del granero cuando oí el ruido de un motor. Los automóviles no eran comunes hace medio siglo en la zona de la Argentina donde estaba nuestra estancia, situada a unos 160 kilómetros al norte de Buenos Aires, de modo que corrí hacia el camino, a tiempo que un extraño vehículo cruzaba el portón. Era un Ford modelo T, pero no tenía carrocería ni asientos. El gaucho que lo conducía iba cómodamente sentado en su silla de montar, o recado, sujeta al depósito de la gasolina. De su muñeca derecha pendía el corto y pesado rebenque, como si acostumbrara a usarlo para azuzar al Ford. Detrás de él se veía un fardo con sus efectos personales, amarrado con cuerdas a una tabla atornillada al chasis, y coronado por su guitarra.

Al verme se detuvo, y me preguntó:

—¿Está su padre en casa?

—En el jardín, probablemente.

Ilustraciones de Lilian Obligado

—Haga el favor de llevarme hasta él.

Yo tenía entonces diez años, y me jactaba de no obedecer jamás una orden sin discutirla antes, pero de aquel hombre emanaba una serena autoridad que me impresionó. Lo conduje al jardín, donde mi padre enseñaba a un peón cómo armar una tubería de agua. El recién llegado se quitó el sombrero y dijo:

—Buenos días, señor. Me llamo Patricio O'Connell; nací en la estancia de al lado donde mi padre era mayordomo. Ahora vengo de la región andina y busco trabajo. ¿Tendría usted algo para mí? Sé hacer muchas cosas bien.

El apellido extranjero no sorprendió a mi padre, pues había varias familias irlandesas en la zona. Consideró un momento la faz aguileña, cuyas varoniles facciones estaban suavizadas por un cutis sonrosado que el sol, la lluvia y el viento no habían conseguido oscurecer, y por unos ojos verdes y soñadores. Tendría ese hombre unos cincuenta años, y vestía la indumentaria típica de los gauchos contemporáneos: blusa negra y corta, amplias bombachas que desaparecían en unas botas de media caña, y ancho cinturón de cuero ornado con monedas de plata.

—No, Patricio —repuso—. No puedo ofrecerle nada por el momento.

El forastero no se inmutó. Se puso el sombrero de fieltro blando y lo echó desdeñosamente sobre la nuca; luego miró en torno y dijo:

—¿Me permite que le pregunte para qué instala esa cañería?

—Pienso construir una pequeña fuente —explicó mi padre—. La tubería no se verá y el agua, al surgir de entre unas piedras, parecerá provenir de un manantial.

—No me gustan las cosas artificiales —afirmó Patricio.

—¡Pero hombre, estamos en la pampa! No encontrará usted una fuente natural en cien kilómetros a la redonda —repuso mi padre, algo impaciente.

—Pues yo creo que hallaré una —dijo Patricio. Y tomando la pala de manos del asombrado peón, agregó:

—Venga conmigo señor, si no le es molesto.

Seguimos a Patricio hasta el fin del jardín, y descendimos tras él por la barranca boscosa hasta que llegamos a un claro sombreado por un gran ceibo. El gaucho inspeccionó cuidadosamente el talud de tosca detrás del árbol, luego cavó en cierto lugar con la pala, y al punto surgió un hilo de agua que serpenteó a nuestros pies.

—Descubrí este manantial cuando jugaba aquí de muchacho —explicó—. En unos pocos días yo podría construir una linda fuente... y sería natural.

—No tengo alojamiento para usted —protestó mi padre, vacilando.

—Eso no importa; me haré un rancho, y un cobertizo para el automóvil.

—Pero yo creía que usted había venido a caballo —observó mi pa-

dre, indicando el rebenque.

—¿Lo dice por el talero? Ah, no viene mal cuando hay una pelea. No me gustan los cuchillos.

—Muy bien, puede usted quedarse, pero sólo hasta que termine la fuente.

—Pierda cuidado, no me quedaré ni un día más —contestó el gaucho orgullosamente—. Me gusta cambiar de querencia.

Y volviéndose hacia mí, agregó:

—Voy a necesitar un rollo de alambre para mi casa. ¿Quiere usted venir conmigo al almacén?

Cuando volvimos al lugar donde esperaba el Ford, me tomó en brazos y me puso sobre el depósito de gasolina, y partimos en lo que a mí me pareció el más apasionante de los automóviles.

—¿Qué le ocurrió a la carrocería? ¿Tuvo usted un accidente?

—Yo no, pero un amigo volcó su coche en una cuneta, y la carrocería quedó inservible. Entonces le ofrecí la mía, porque él tiene familia.

Varios caballos esperaban entre el polvo frente a un almacén campestre, una tienda donde los clientes podían comprar de todo, desde una trilladora hasta un sombrero de señora, y luego emborracharse para olvidar cuánto habían gastado. Mi padre solía hacerme esperar fuera, pero esta vez entré allí orgullosamente con Patricio. Una vez elegido el alambre, me hizo acercar al mostrador de las bebidas y pidió dos naranjadas.

Un peón gordo y pendenciero que ya había tomado unas cuantas copas, se echó a reír con sorna.

—¿Naranjada, un hombre grande? Beba una ginebra conmigo.

—No, gracias, amigo. Otro día.

—¡Nadie se ha atrevido nunca a despreciar una invitación mía! —repuso el peón, provocativo.

—Bueno, ahora alguien se atreve... Hace calor aquí, ¿verdad?

Y Patricio se arremangó la manga izquierda de la chaqueta, mostrando el robusto antebrazo surcado de cicatrices, recuerdo de sendas luchas. El gordo profirió un juramento, arrojó una moneda sobre el mostrador y se marchó.

Más tarde supe que Patricio había sido famoso en su juventud por su carácter belicoso y por la destreza con que manejaba el cuchillo. Pero en una ocasión hirió de gravedad a un hombre, y aunque el juez falló que había obrado en defensa propia, desde aquel día abandonó el alcohol y las pendencias. Si lo provocaban y la situación se ponía peligrosa, tomaba el rebenque por la lonja y con él desarmaba a su adversario.

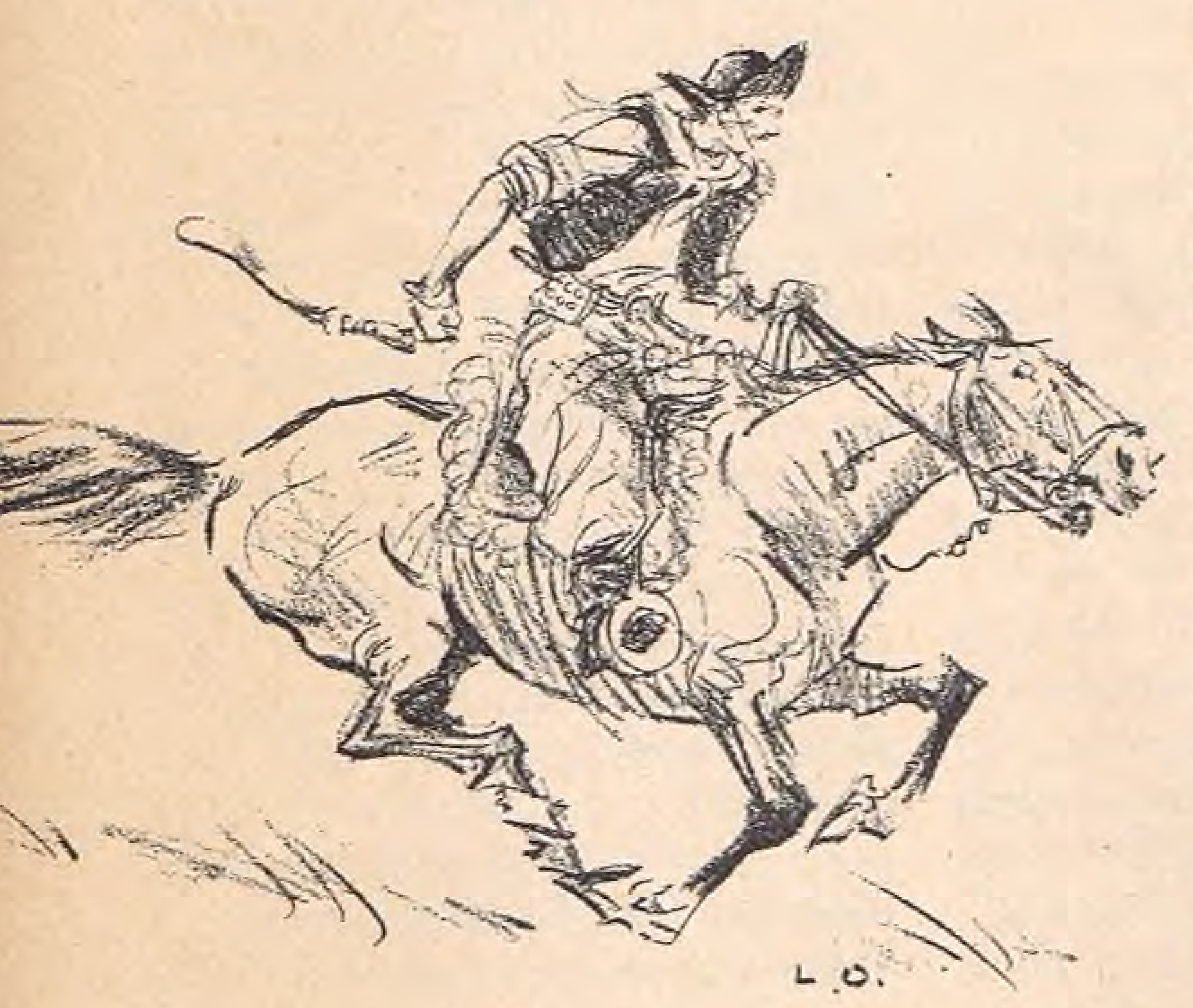
Cuando regresamos a la estancia, Patricio eligió para levantar su choza un sitio desde el cual se dominaba el río. Cortó seis troncos de álamos y los clavó en el suelo formando un rectángulo; luego los unió con diez filas de alambre e intercaló entre ellos numerosas varas.

A la mañana siguiente tragué mi desayuno casi entero, tan ansioso estaba de reunirme con mi nuevo amigo. Ensillé a Coco, mi petizo, y galopé a su encuentro. Lo hallé ca-

vando el piso de un pequeño corral que había hecho cerca del esqueleto de su choza.

—Vino a caballo; bien, entonces podría traerme agua del pozo.

Uncí a Coco a un barril montado sobre dos ruedas, y comencé a hacer viaje tras viaje para llevar agua a Patricio. Éste había echado mientras tanto paja sobre la tierra removida, y después de vaciar allí varios toneles, comenzó a hacerse barro. Entonces Patricio desensilló a Coco y lo obligó a entrar en el recinto cerrado.



—Al petizo no le gusta el barro —dije.

—Si usted no tiene inconveniente en ensuciarse las manos, él bien puede ensuciarse los cascos. Hágalo pisar continuamente —dijo, dándome un látigo—. Yo iré mientras al río a buscar totora para el techo.

Coco ofrecía un aspecto lamentable; fango y sudor chorreaban de sus flancos. Cada vez que alzaba una pata hacía un ruido como si descorchara botellas de vino. Dos horas más tarde regresó Patricio y anunció que la mezcla tenía ya la consistencia debida y que podía comenzar a rellenar las paredes. Tomando manojos de paja impregnada de barro, los retorcía hasta convertirlos en lo que él llamaba *chorizos* y los colgaba en los hilos de alambre que unían los postes. Pronto la armazón quedó completamente recubierta. A la mañana siguiente comenzamos a revocar las superficies exteriores e interiores con barro fresco, y dos días después la casa estaba lista.

Patricio se hizo pronto indispensable en la estancia. Podía reparar la locomóvil, arreglar la máquina de coser de mi madre, cambiar las válvulas de cuero de la bomba o ayudar a la vaca que tenía una parición difícil. Observando la luna predecía si el mes iba a ser lluvioso o seco, y discutía gravemente con mi padre la elección de las diversas semillas para la siembra. Cuando elogiábamos sus muchas habilidades, respondía con genuina modestia:

—No es que me guste trabajar, pero algo crece en mí continuamente como el diente en la boca de la rata, y tengo que gastarlo.

El capataz se puso celoso, pero Patricio no aspiraba a ocupar su empleo. La idea de arraigar en cualquier parte le disgustaba.

A la puesta del sol, una vez terminado su trabajo, se sentaba frente a su rancho a tocar la guitarra y a cantar. Los otros gauchos y peones se reunían en torno para escucharle. Algunas veces otro gaucho lo desafiaba a una payada, especie de certamen en verso en el cual un trovador de la pampa, o payador, hace a otro preguntas rimadas, y su adversario debe darle respuesta cabal en la misma forma. Patricio generalmente salía triunfante de la prueba.

Era excelente jinete, y en una ocasión pidió a mi padre que le reservase el potro más arisco para domarlo. Un domingo por la mañana los peones enlazaron uno de fiero aspecto y lo amarraron a un poste dentro del corral. Cuando el caballo sintió que le ponían la silla, se echó hacia atrás resoplando, y por poco se estrangula. Pero entonces Patricio se acercó a él y, poniéndole la mano en la cabeza, comenzó a palmearle suavemente el cuello, hablándole al mismo tiempo con una voz grave y sedante que pareció atravesar la muralla del miedo y calmar a la bestia.

—Abran la puerta —ordenó entonces Patricio—. El potro está asustado y quiere huir. Lo dejaré, pero tendrá que llevarme consigo.

Desató el cabestro y saltó en la silla. El animal se abalanzó hacia adelante e inició un furioso galope por la llanura. Caballo y hombre se alejaron tanto que se convirtieron en un mero punto próximo a desaparecer en el horizonte, mas de pronto los vimos describir un amplio semicírculo y volver hacia nosotros. Cuando llegaron al corral el caballo estaba tan exhausto que ni los gritos de bienvenida lograron conmoverlo.

—Patricio, ¡yo quería verlo corcovear pero usted no lo dejó! —me quejé, indignado.

—Hay dos maneras de domar un potro —respondió con calma mi amigo—. Una es demostrarle que uno es más animal que él, y la otra es convencerlo de que uno es un ser racional y su lógico dueño.

—Usted condujo muy bien a ese caballo —elogió mi padre.

—La pampa es la verdadera domadora —contestó Patricio—. Es demasiado grande para que alguien pueda rebelarse contra ella:

Llegó el otoño antes de que la fuente estuviese terminada, pero la demora no fue culpa de Patricio. Siempre había alguna otra cosa que requería sus servicios: La tormenta había destrozado la rueda del molino o hecho volar las tejas del techo del granero; un toro había roto la alambrada; el bote hacía agua o la chimenea de la cocina estaba obstruida, y Patricio era la persona indicada para reparar esos desperfectos. Mas por fin concluyó la fuente.

Un hilo de agua corría a lo largo de un acueducto de cemento y se vertía en un pequeño lago en cuyo centro se alzaba una isla en forma de volcán. De su cráter saltaba otro chorro hasta unos 15 centímetros de altura. Las paredes estaban adornadas con conchas marinas, y los caracoles que allí vivían habían contribuido a la decoración con sus hileras de huevos rojos.

Para celebrar el acontecimiento mi padre invitó a unos 30 vecinos, e hizo colocar mesas y bancos bajo el ceibo. Patricio se hizo cargo del asador donde se cocinaban al aire libre dos corderos. Una vez terminada la comida, y cuando ya el vino tinto de la región había circulado libremente, le pedimos que cantara algo. Sin hacerse rogar afinó su guitarra y entonó algunas estrofas de "Martín Fierro", el clásico poema argentino que cuenta la triste suerte de los primeros gauchos, enviados a la frontera a luchar contra los indios mientras extranjeros y habitantes de las ciudades prosperaban en sus tierras. Terminó con una endecha que me llenó de tristes presentimientos porque parecía un adiós.

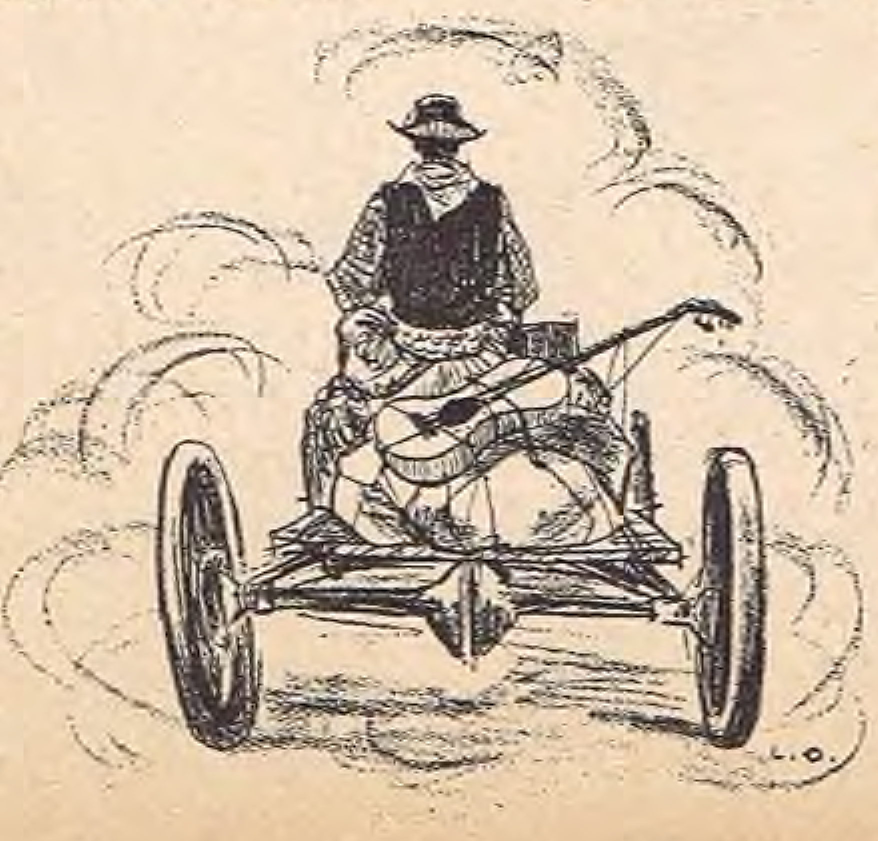
Se puso de pie bruscamente y desapareció. Traté de ir con él, pero dos señoras de edad me detuvieron, esforzándose por descubrir de qué abuelo o abuela había heredado yo mis ojos y mi nariz. Cuando por fin me desembaracé de ellas y corrí hacia la choza de mi amigo, oí el ruido del motor del Ford. Patricio había amarrado ya el fardo sobre el chasis y había puesto la guitarra encima de él. En el momento en que llegué aseguraba la cincha del recado en torno al depósito de gasolina.

—Patricio, no se vaya, ¡por favor! —imploré, aferrándome a su breve chaqueta negra.

—Debo irme —contestó, y agregó con voz solemne:

—He oído que a 400 kilómetros de aquí, en un lugar llamado Tandil, hay una gran piedra que pesa muchas toneladas y se mueve continuamente de un lado a otro, pero tan despacio que para notarlo hay que poner una botella junto a ella. Uno espera, y al poco tiempo la botella se rompe, lo que prueba que la piedra se mueve de verdad. Es difícil creerlo; tengo que verlo con mis propios ojos.

—¡Lléveme con usted!



—Usted sabe que eso es imposible —respondió él, sonriéndome afectuosamente—. Espere, le daré un recuerdo.

Buscó entre sus cosas y me ofreció un cuaderno escrito con su torpe letra.



Mencione mi nombre . . . y tendrá la garantía de que, dondequiera que esté, le servirán el Scotch más excelente que existe. Cuanto más conoce uno el whisky escocés, tanto más le gusta el **Ballantine.**

GEORGE BALLANTINE & SON LTD., DUMBARTON, SCOTLAND. EST. 1827. DISTILLERS AT FORRES, ELGIN, BRECHIN, DUMBARTON

—Aquí están mis canciones, esas que a usted tanto le gustaban.

No pude agradecerle porque las lágrimas me lo impedían. Me alzó en sus brazos poderosos y me besó en la frente; luego se encaramó al depósito de gasolina y partió. Yo permanecí largo rato viendo cómo la nube de polvo se posaba sobre la pampa.

Hace unos días encontré ese cuaderno medio deshecho, y al volver a leer los versos reconocí en ellos las tentativas ingenuas de un hombre inculto, pero capaz de interesarse en todo. Filósofo nato, maestro inconsciente, poeta, músico, mecánico y domador, Patricio estaba siempre dispuesto a seguir todos los caminos que se abrían ante él, y gozaba al participar en la infinita variedad del mundo. Para él la existencia tenía amplitud de pampa, y supo grabar esa lección en el alma de un niño que hoy, ya hombre, lo recuerda con agradecimiento, porque su ejemplo le ayudó a adaptarse a otro género de vida y a otro país.



Régimen estricto. Una pasajera telefoneaba muy airada a una agencia de viajes para reclamar un equipaje que se había extraviado: "No me importa lo demás", bufaba, "lo que me interesa es el libro dietético que iba en una de las valijas. Si pierdo la línea, voy a demandarlos".
—J. R.

Sin ton ni son

Un entrenador de baloncesto, en el distrito de Harrison (Kentucky), llamado Charlie Sutherland, goza fama de tener la mente muy despierta. Una vez en que irrumpió intempestivamente en la cancha para protestar contra un fallo del árbitro, éste le increpó: "Ahora, por cada paso que dé usted para salir de aquí, contaré una falta técnica para su equipo".

En el acto Sutherland lanzó un silbido. Acudieron dos de sus jugadores sustitutos, y a una orden suya lo sacaron en vilo. —AP

Lacónico informe sobre un juego de baloncesto entre dos escuelas secundarias, aparecido en *Quill*, periódico estudiantil de La Harpe (Illinois):

Los Pesos Pulgas de Terre Haute derrotaron a los jugadores de Colusa por 13 contra 2. Ted Kern fue el jugador que obtuvo mayor puntuación en ambos equipos: 12 para Terre Haute y 2 a favor de los Colusa, equivocadamente, por haber metido el balón por dos veces en su propia canasta".
— *Sports Illustrated*

La democracia triunfa en Filipinas

Un hombre "demasiado pobre y demasiado honesto para poder triunfar", alcanzó la presidencia de Filipinas y ahora está ganando su batalla en contra de la corrupción y el nepotismo.

Por William Lederer



Presidente Diosdado Macapagal

Para la mayoría de los filipinos, la elección de Diosdado Macapagal como Presidente, el 14 de noviembre de 1961, simbolizó el "triunfo del hombre del pueblo". Fue, sin lugar a dudas, una demostración de la democracia en acción, porque Macapagal, nacido en una humilde choza y habiendo tenido que luchar desesperadamente para lograr una educación, había llegado al poder después de superar grandes obstáculos, intereses creados y corrupción gubernamental, en una elección libre y honrada. Y esto ocurrió en una parte del mundo donde las elecciones de esta clase son sumamente raras.

Los comentaristas políticos filipinos, incluyendo algunos que habían luchado por derrotarlo, aplaudieron el resultado de las elecciones como una prueba de la "madurez política" de su país. Para millones de asiáticos, africanos y otros habitantes de naciones nuevas, la toma de posesión de Macapagal sirvió para demostrar que la democracia, aunque a veces marcha con torpeza, subsistirá en tanto que los hombres libres tengan el valor y la energía para luchar por ella.

Foto: Asian Media Service/ Pix

La victoria llegó después de una dura contienda. En los últimos días de la campaña electoral, las apuestas favorecían al presidente en el poder, Carlos García, en proporción de siete a cinco. Y no era de sorprender. El régimen tenía el control de la maquinaria electoral y de la policía, así como muy pocos escrúpulos para la explotación de su monopolio y la dispensa de favores políticos. Más aún, voluntariamente o a la fuerza, las grandes empresas estaban contribuyendo fuertemente para la causa de García.

El presidente García contaba también con el apoyo de la mayoría de los intelectuales de izquierda. A ellos no les agradaba la importancia que daba Macapagal a la restauración de una economía libre ni sus advertencias acerca del peligro comunista, tanto interno como en el exterior. Los elementos partidarios del aislamiento, al igual que los neutrales, estaban también de parte del Presidente. Y, en el caso de una votación reñida, todos estaban convencidos de que la decisión real podía lograrse recurriendo a los viejos ardides de la violencia y el fraude.

Esto no obstante, las elecciones resultaron unas de las más ordenadas y menos sangrientas en la historia de Filipinas. Gran parte del mérito por lo anterior debe atribuírsele al presidente García. Él había declarado que no ambicionaba una "victoria deshonesta", y lo demostró de hecho con un alarde de fuerza policiaca para impedir toda posibilidad de fraude en los comicios.

Tan positivo era el convencimiento de que Macapagal (vicepresidente desde 1957 y jefe del partido liberal) no podría llegar a la presidencia, que un tahur profesional me aseguró: "D. M. (las iniciales usadas generalmente para referirse a Macapagal) no tiene la menor probabilidad de ganar. Es demasiado honrado".

No obstante haber ocupado puestos públicos desde que las Filipinas se convirtieron en república independiente el 4 de julio de 1946, Macapagal es todavía un hombre pobre, situación casi increíble entre los políticos filipinos triunfantes. Su insistencia, a través de toda su campaña, de que los funcionarios públicos deberían vivir dentro de sus posibilidades y rendir un informe al pueblo de todo ingreso adicional a su sueldo, constituía novedosa idea, pero muy pocos dudaron de su sinceridad.

Poco después de haberse hecho cargo de la primera magistratura, la nación entera estaba convencida de que D. M. haría esfuerzos heroicos para cumplir sus promesas y acabar con el peculado, el soborno y la corrupción. Hoy, poco más de un año después, esa convicción ha quedado justificada y existe el convencimiento general de que sus esfuerzos están teniendo éxito.

Sus depuradoras purgas de funcionarios públicos y las vigorosas restricciones impuestas a algunos importantes hombres de negocios, tanto nacionales como extranjeros,

han provocado acusaciones de conducta "dictatorial". Pero, como informó recientemente desde Manila Robert Trumbull, del *Times* de Nueva York, "la corrupción oficial ha sido contenida, por lo menos en los niveles superiores del gobierno", y "un saludable resurgimiento de patriotismo y orgullo se nota en el pueblo".

Yo visité a Macapagal en Manila durante su campaña presidencial. Lo había conocido 10 años antes cuando era un joven diputado por la Provincia de Pampanga. Aunque ya era vicepresidente, su forma de vida no había cambiado. Su hogar era una casa de madera, propia de la clase media, situada en una calle modesta y su automóvil un modelo bastante anticuado. Era obvio que estaba viviendo de acuerdo con sus medios y que se sentía orgulloso de ello.

"Los intereses corrompidos han olvidado que las Filipinas, a pesar de sus numerosas fallas, es todavía una democracia viviente", me dijo. "Millones de filipinos se encuentran en la mayor pobreza, carecen de educación, están enfermos y sufren incontables abusos. Pero el sentido de la libertad, gracias a Dios, corre por nuestra sangre".

Durante los tres años anteriores al día de las elecciones, Macapagal estuvo dedicado a la más intensa campaña de "sudor, caminatas y oratoria" en la historia de cualquier nación. Mes tras mes, este ex-profesor de leyes y de economía, de hablar pausado, llevó adelante su campaña a través de selvas espesas, cadenas de montañas, pantanos, aldeas y ciudades. Compartió los alimentos sencillos de los pobres y durmió en sus chozas techadas de palma. "La libertad está a su alcance", les dijo, "y sin embargo viven ustedes como esclavos". Les demostró que los millones de pesos que deberían haberse invertido en el mejoramiento de sus vidas estaban yendo a parar a los bolsillos de funcionarios deshonestos.

¿Cómo era que el vicepresidente de un país tenía que operar con recursos tan reducidos y por qué disponía de tanto tiempo libre? Una plantilla presidencial combinada había llegado al poder en 1957 y Macapagal, el candidato del partido liberal para la vicepresidencia, había triunfado por una votación mayor aún que la de García, el candidato presidencial victorioso del partido nacional. Por tanto, desde el principio García vio en Macapagal al hombre que tendría que derrotar en las elecciones de 1961 y, por consiguiente, no señaló ningunas funciones ni responsabilidades al vicepresidente. El día anterior a su elección como presidente, D. M. sonrió y dijo: "García debe estar arrepentido de no haberme dado ningún trabajo que desempeñar. Eso me hizo disponer de mucho tiempo libre para dirigirme al pueblo".

Diosdado Macapagal nació en 1910 en Lubao, Pampanga, sobre la ruta que 31 años más tarde sería conocida como parte de la "Mar-

cha de la muerte de Bataán". La partera fue su propia abuela materna, Escolástica Romero. "De acuerdo con el calendario", le dijo a su hija, "el nombre de tu hijo es Wenceslao. Pero yo presiento grandes destinos para él por algún designio de Dios. Vamos a llamarlo Diosdado (dado por Dios)".

Los Macapagal figuraban entre los campesinos más miserables en su pobre aldea de agricultores. Pero el padre del niño era una especie de intelectual de provincia, y su abuelo había compuesto música sacra.

La niñez del futuro presidente fue amarga. Durante el día llevaba a pastar carabaos; por la noche salía a pescar ranas para utilizarlas como alimento. Su madre criaba cerdos para pagar su educación.

Decidido a asistir a la universidad y estudiar leyes, acostumbraba recorrer a pie, aun en mal tiempo, la distancia entre su habitación en el barrio Tondo de Manila, hasta su escuela en la parte baja de la ciudad. Los 30 pesos mensuales que ganaba como dependiente durante sus horas libres, no le alcanzaban para pagar el autobús. Terminó su curso de leyes y se graduó en la Universidad de Santo Tomás. Después obtuvo el primer lugar en los exámenes nacionales para ingresar en el colegio de abogados. Durante cuatro años trabajó en un bufete de abogados y después abrió su propio despacho.

Durante todo ese tiempo sólo tenía una idea fija: dedicarse a la po-

lítica para consagrar todos sus esfuerzos al servicio de su patria. "Cuando yo crezca", le había dicho a su madre, "me dedicaré a la política, pero permaneceré tan pobre, que los pobres tendrán en mí a un amigo verdadero y a un protector".

Durante la segunda guerra mundial, Macapagal reunió dinero en Luzón central para sostener a las guerrillas. Tuvo que solicitarlo abiertamente en poblaciones ocupadas por el enemigo. Miles de guerrilleros fueron mantenidos en pie de lucha por sus actividades, y aunque no se llevaron libros de las operaciones, cada peso que logró reunir fue dedicado a los combatientes. En esos días fue cuando comenzó a ser conocido como "el incorruptible" y "el hombre más honrado elegido por el pueblo".

La primera esposa de Macapagal era la bella hermana de un popular actor cinematográfico filipino llamado Rogelio de la Rosa, que más tarde fue senador. Tuvieron dos hijos, una niña y un niño. El niño nació en 1942, durante la tiranía de la ocupación japonesa. D. M. lo bautizó con el nombre de Arturo en honor del general Douglas MacArthur; un gesto de rebeldía muy aplaudido en lo privado. Su primera esposa falleció en 1943. En 1946 contrajo matrimonio con la doctora Evangelina Macaraeg. Con ella tuvo una hija en 1947 y un hijo dos años más tarde.

Poco después de que los filipinos obtuvieron su independencia, D. M. ingresó al servicio de la Secreta-

ría de Relaciones Exteriores y viajó por numerosos países. En 1949 vivió en Washington durante una breve temporada como segundo secretario de la embajada filipina. Al regresar a su patria, fue elegido dos veces por pluralidad de votos, como miembro del Congreso.

En 1950 fue enviado como delegado a una sesión de la Asamblea de las Naciones Unidas. Causó furor en el Banco Central y en círculos gubernamentales al devolver 1600 dólares que le habían sido asignados por la Cámara de Representantes para sus gastos de viaje. Ese gesto constituyó un acto sin precedente. Al ser interrogado acerca de este incidente por un reportero, Macapagal dijo: "No existen matices en la honradez. Se es honesto o deshonesto".

Durante su campaña de 1961, la gente que lo escuchaba sentada en pisos de tierra, cerraba los puños llena de ira cuando oía de labios de Macapagal cómo se estaba deteriorando el libre sistema político y económico que obtuvieron con la independencia. Les dijo que sus condiciones de vida no tenían por qué ser tan lamentables; que el 10 por ciento de la población padecía tuberculosis y, sin embargo, la ayuda médica era muy deficiente, especialmente en las zonas rurales. Un puñado de terratenientes vivía en la opulencia mientras los campesinos, integrantes del 70 por ciento de la población, permanecían en una esclavitud medieval. Mientras tanto, dos terceras partes de los impuestos de los derechos aduaneros jamás llegaban al erario. Declaró que la corrupción era la causa básica de muchos males. Y citó nombres, fechas y lugares.

La doctrina económica que predicaba era la de la iniciativa privada. Explicó que el gobierno —a través de controles onerosos, licencias, asignación de divisas extranjeras y un complicado sistema aduanero— había hecho de la corrupción y del peculado una forma de supervivencia económica. "El gobierno debe retirarse de los negocios", dijo Macapagal repetidamente. "La iniciativa privada lo puede hacer mejor y con mayores beneficios para la nación".

Muchos oyentes preguntaron qué podían hacer ellos para remediar la situación. Su respuesta constituyó el corazón mismo de su mensaje: que una ciudadanía informada y dispuesta a actuar debía elegir hombres honrados, dispuestos a efectuar una depuración. En tanto que fueran apáticos y toleraran o participaran en la compra de votos o en elecciones fraudulentas, la corrupción sería cada vez peor. Apeló a su patriotismo y a su dignidad, recordándoles el tradicional individualismo de las Filipinas. La preciosa chispa de la libertad había perdurado en los corazones filipinos durante los largos siglos de colonialismo español y durante casi tres años de ocupación japonesa. ¿Acaso Filipinas, aunque pequeña y débil, no se había opuesto vigorosamente al comunismo en asuntos



¡UNICA OPORTUNIDAD EN 1963 PARA UN RELOJ UNICO EN EL PAIS!

Adquiera en Junio el fantástico reloj "Cincuentenario" cuyo precio es de

$ 4.950

POR SOLO

$ 3.950

A PAGAR EN 8 CUOTAS DE

$ 493.75

¡AHORRE HOY MISMO $ 1.000!

y reciba un super-reloj

- **AUTOMATICO** • **21 RUBIES**
- **CALENDARIO** • **ANTIMAGNETICO**
- **SEGUNDERO CENTRAL** • **SUMERGIBLE**
- **CUADRANTE Y CAJA DORADA**
- **CAJA FONDO ACERO INOXIDABLE**

Presente o envíe el cupón adjunto y obtendrá automáticamente $ 1.000 de descuento, y la entrega del reloj o su envío correspondiente.

OFERTA VALIDA SOLAMENTE DURANTE JUNIO

EL TRUST

J O Y E R O R E L O J E R O

CORRIENTES Y CARLOS PELLEGRINI Y SUCURSALES

EL TRUST JOYERO RELOJERO T. 1- S
Corrientes 1000
Buenos Aires "RELOJ CINCUENTENARIO"

NOMBRE ....

DOMICILIO ....

LOCALIDAD .... PROV. ....

TELEFONO .... PROFESION ....

EMPLEADO EN: ....

ANDE

HAROLD LAMB

Y MISTERIOSAS DE LA HISTORIA

Admirable documento para er fácilmente leído y asinilado, logrado a base le minuciosas investigaciones, excavaciones arqueológicas y exhaustivos studios, en las bibliotecas de Bagdad y Teherán.



Este es un intento de retroceder veinticinco siglos, al mundo de Ciro l Grande, rey de Persia. Es la historia de un rey - rudo hijo de un udo padre -que logró extender sus dominios desde la India al mar Egeo, n una época en que no había Oriente ni Occidente, y las palabras Europa" y "Asia", no habían sido ideadas... Un magnífico cuadro istórico, a través del cual podrá apreciarse todo el esplendor, bararie y espantosa crueldad de aquellos tiempos, de guerras, saqueos violaciones, de legiones en marcha destruyendo y sembrando el error... Harold Lamb, evoca con asombrosa clarividencia hechos y ersonajes, sacando a luz valiosos antecedentes del imperio Aqueménida, que permiten interpretar nquietudes, mitos y supersticioes de sus hombres, y desarrollo e una civilización, de la cual se oseen escasos testimonios de su aso por la tierra.

ENVIE ESTE CUPON
AHORA MISMO

CIRCULO LITERARIO - Lavalle 1454 - 40-3618

Sírvanse anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "CIRO EL GRANDE" por Harold Lamb *por el cual abonaré $ 218.-*

Nombre.......................................

Calle y No.......................................

Localidad....................... F.C.........

Firma........................... T.E.........

S 6

SOLO HECHA POR USTED... ES

VERDADERA REPOSTERIA CASERA

Polvo para Hornear Royal se usa en la medida justa que necesita cada mezcla. Sólo con Polvo Royal usted puede confiar en la calidad de su verdadera repostería casera!

ARROLLADO DE DULCE - Batir 4 huevos con 5 cucharadas de azúcar hasta obtener una preparación espumosa y espesa. Agregar ¼ de cucharadita de esencia de vainilla. Tamizar juntos ⅔ de taza de harina (80 grs.) con 1 cucharadita de Polvo Royal y añadir, revolviendo lentamente. Mezclar bien y verter en una asadera forrada con papel enmantecado. Cocinar en horno caliente durante 8 minutos. Desmoldar sobre un repasador espolvoreado con azúcar molida; quitar rápidamente el papel y arrollarlo, dejándolo flojo. Una vez frío retirar el repasador y rellenar con dulce. Arrollar nuevamente y espolvorear con azúcar impalpable.



Polvo para Hornear

Royal

nunca falla!

en los que habían titubeado muchas naciones poderosas?

Juan de la Cruz (así se denomina en Filipinas al hombre del pueblo) escuchó atentamente y, cuando llegó el día de las elecciones, sorprendió a la mayoría de los profetas políticos.

Aunque el partido liberal ganó seis de los ocho escaños en el Senado que figuraban en las elecciones de 1961, los nacionalistas obtuvieron una mayoría de dos. En el Congreso, el partido de la oposición conservó una mayoría considerable. Macapagal, por tanto, estaba muy lejos de tener un control efectivo de la maquinaria gubernamental. Sin embargo, la fidelidad en los partidos políticos no está muy arraigada. Habiendo persuadido a suficientes nacionalistas para que cambiaran de bando, Macapagal tiene actualmente a su favor la mayoría en la cámara baja y la mitad exactamente en el Senado.

La influencia de D. M. se está haciendo sentir. Una nueva austeridad ha llegado a la vida oficial en Manila. No hubo baile de inauguración; no habrá más bailes de gala a expensas de los contribuyentes. "Nuestros actos no solamente deben ser legales, sino también morales", declaró Macapagal en su discurso de toma de posesión.

"La función primaria del gobierno no es distribuir favores, sino administrar justicia. Yo trataré de dar el ejemplo, no sólo en lo tocante a integridad, sino también por lo que se refiere a una vida sencilla, trabajo intenso y dedicación al bienestar nacional".

Su primer acto oficial consistió en prohibir las transacciones comerciales entre los funcionarios y sus parientes inmediatos. Fue un golpe al nepotismo, tan común en aquellos tiempos. El día en que la familia Macapagal se mudó a la Casa Blanca filipina, D. M. ordenó la venta en subasta de un yate de lujo, valorado en 2.500.000 dólares, que ostensiblemente era el buque insignia de la Marina, pero que en realidad estaba a disposición del presidente anterior y sus amigos.

Tres semanas después de asumir el poder, Macapagal adoptó enérgicas medidas para restaurar una economía libre. Canceló las restricciones sobre el cambio extranjero y liberó el peso de controles artificiales. El peso, cotizado anteriormente a dos por un dólar, está ahora a más o menos cuatro por dólar. Las empresas privadas ya no se ven obligadas a sobornar a los funcionarios para obtener licencias de cambio o permisos de importación.

D. M. ha actuado para trasferir muchos poderes y facultades del gobierno central a las provincias y municipios. Entre los enjuiciados, acusados de corrupción, figuran por lo menos uno de sus antiguos amigos así como muchos personajes importantes de su propio partido. La "regeneración moral" a la que se ha dedicado se encuentra, naturalmente, en sus capítulos iniciales; pero la complacencia pública que había hecho de la corrupción casi

una forma de vida, ha sido ya sacudida profundamente.

En el aspecto económico, se han logrado hasta ahora progresos de escaso significado. El desempleo y un anticuado sistema agrario permanecen como problemas claves. Sin embargo, el programa de cinco años de D. M. para el desarrollo social y económico ofrece esperanzas en ambos aspectos.

En cuanto a la política exterior se han efectuado pocos cambios de importancia. Continúa basándose en mantener estrechas relaciones con los Estados Unidos y en prestar apoyo a las alianzas anticomunistas y a las Naciones Unidas.

Las naciones jóvenes están justificadas al fincar sus esperanzas en la democracia filipina, en marcha ya hacia su completa madurez. Observan que los cambios que se efectúan actualmente en la República Filipina, que ya ha cumplido los 16 años, están realizándose de acuerdo con métodos pacíficos y democráticos. No ha habido derrocamientos de gobiernos por camarillas descontentas, no importa cuán justificada sea su ira. El pueblo ha elegido a un presidente que les había señalado sus intenciones a través de una campaña personal completamente diferente. En el triunfo del hombre "demasiado pobre y demasiado honesto para poder triunfar", la democracia ha dado un paso hacia adelante y ha obtenido una victoria plena de significado.



A buen recaudo

LUTHER HODGES, secretario de Comercio de los Estados Unidos, reveló que muchos y valiosos secretos comerciales están guardados en las cajas fuertes de esa dependencia oficial, y que cada vez que ocurren cambios entre el personal de confianza, es preciso alterar las combinaciones.

Al preguntársele al funcionario encargado de las cajas de caudales cómo hacía para recordar esas combinaciones, repuso: "No es tan difícil como parece. Me fijo en la mecanógrafa más cercana y formo una combinación que se aproxime a las medidas de su busto, cintura y caderas: 90-60-95, por ejemplo". — *United Mine Workers Journal*

EN LA biblioteca del monasterio franciscano vecino hay una gran caja de caudales. Para conveniencia de los frailes que no tengan a mano la combinación, en la puerta del arca se ha fijado una hoja de instrucciones para abrirla. Mas la cuestión no es tan ilógica como a primera vista parece: las explicaciones están escritas íntegramente en latín. — R. M. L.



La fabulosa ave del abanico

POR JACK DENTON SCOTT

Condensado de "The Macdonald Farm Journal", de Quebec, Canadá

Listo, arisco, vanidoso y magnífico, el exótico pavo real es una de las joyas más deslumbrantes que la Naturaleza guarda en su estuche.

FILTRÁNDOSE a través de la densa selva de la India central, el sol del trópico trasformó el pecho del ave en un foco de luz azul. Se hallaba a una distancia de 300 metros, era tan grande como un águila y

Foto: J. D. Barnell

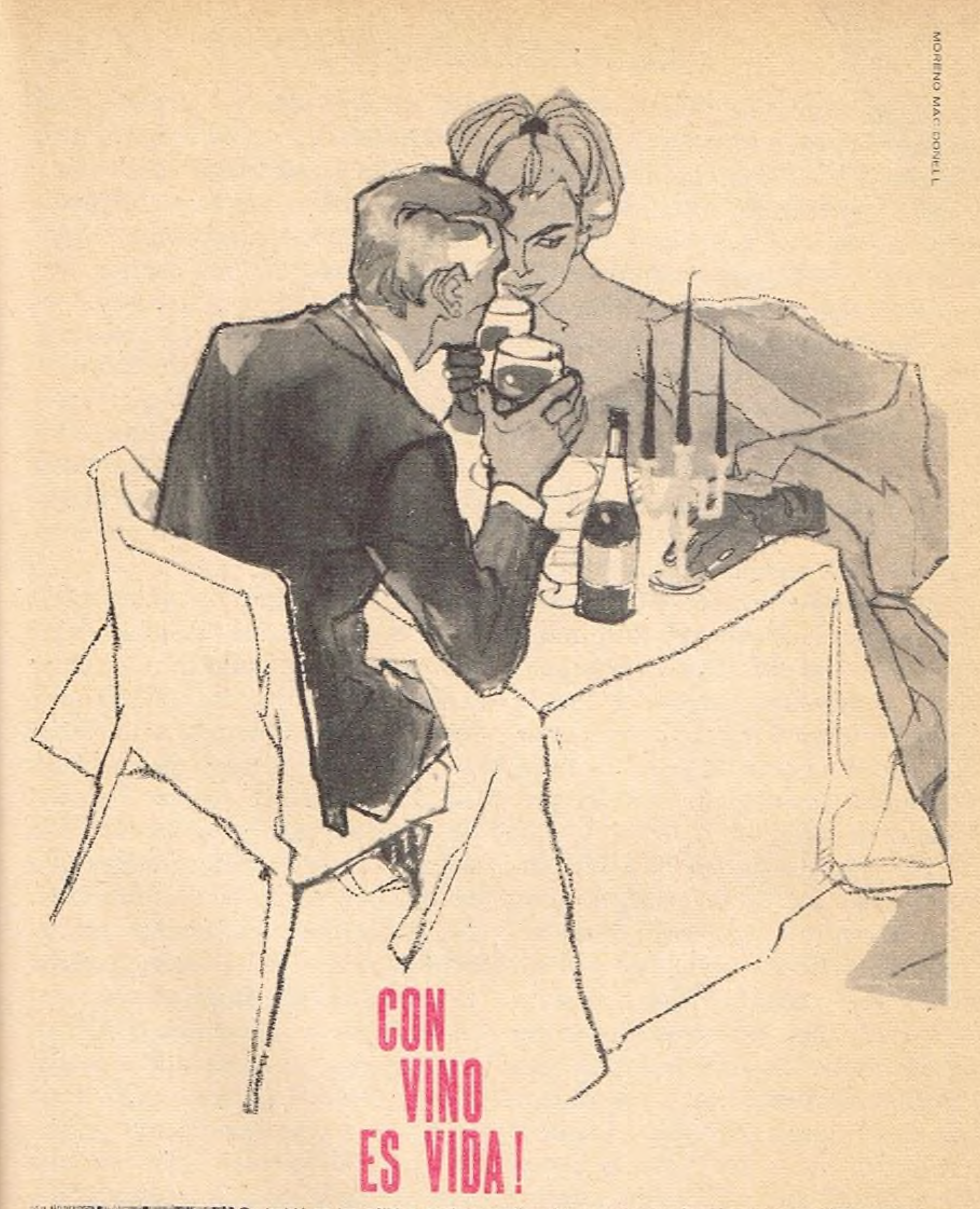
estaba en medio de varios bambúes tiernos. Era la primera vez que yo veía en la selva el ave más exótica del mundo, el pavo real. Traté de aproximarme con todo cuidado para tomarle una fotografía en colores y, cuando estuve cerca, descubrí que el pavo real miraba hipnotizado algo frente a él: un leopardo que se arrastraba sobre la hierba. Dejé la cámara y preparé mi rifle. Al apuntarle, el leopàrdo dio un salto, la piel cayó al suelo y una voz alarmada gritó en hindú: ¡No dispare! El pavo real desapareció, deslizándose con rapidez de serpiente.

El leopardo no era más que un atemorizado cazador indígena, cubierto con la piel del felino. Tímido y vivaz de ordinario, el pavo real se deslumbra con los colores del leopardo y a menudo se extasía contemplándolo hasta que un zarpazo lo mata. Conociendo esta debilidad, en algunas regiones los cazadores se echan encima pieles de leopardo y a veces cobran vivas sus presas para venderlas o para asarlas en el fuego familiar.

El Extremo Oriente es la tierra nativa de las dos especies puras de pavos reales, del mismo orden que los faisanes: la de pecho azul, de la India y Ceilán, y la verde de Java y Birmania. Todos conocemos el pavo real común de la India. Domesticado en Judea en tiempos de Salomón y llevado a Grecia por Alejandro Magno, poco a poco se extendió al Occidente.

Los polluelos machos vienen al mundo con algunas plumas parduscas, pero pocas horas después de abandonar el huevo levantan la pequeña cola para ejercitarse en abrirla. Dos años necesitan para que se desarrollen completamente sus plumas; al cabo de ellos, las coberteras alcanzan un metro o más, completando el magnífico abanico del pavo real, que suele medir de uno y medio a dos metros de longitud. Conserva las plumas de la cola por espacio de los 35 años que puede vivir el ave, aunque las pierde en los últimos días del verano para recuperarlas otra vez en diciembre. Son de color verde bronceado con brillo de cobre en la punta, y cada una tiene una especie de ojo formado por una mancha de azul oscuro que imita un corazón, en el centro de cuatro círculos esmaltados, azul verdoso, bronce dorado, oro y pardo brillante. Al desplegarse con sus espectaculares coloraciones, el fantástico abanico toma la forma de un escudo desde el cual centenares de ojos parecen espiar.

Los vi por primera vez al visitar con dos condiscípulos el Parque Zoológico de Nueva York; un pavo real ejecutó la danza del abanico. Sabíamos que, según la leyenda romana, Juno trasladó los cien ojos de Argos, muerto a manos de Mercurio, a la cola del pavo real. El ave de mi cuento extendió la inmensa cola, estremeciéndose y formando con ella una aureola multicolor. Antes de que pudiéramos contemplarla en detalle, se volvió, mostrándonos la parte trasera gris parduscа,



CON VINO ES VIDA!

Se bebió en las cálidas noches mediterráneas y fue inspiración en los pueblos que supieron soñar.

Oro líquido o rojo néctar con irizaciones de rubíes, burbujeó en las copas que se alzaban entre búcaros de narcisos y pirámides de frutos brillantes.

Savia nutriente madurada de sol, el vino es regocijo vivificante. Señor de las mesas. Sabor que se desliza en una sensación de suave y profunda felicidad que el paladar retiene indefinidamente.

Su presencia despierta el espíritu. Revitaliza. Hace apetecibles las comidas y da gusto a la vida!

COMA BIEN,. COMA CON VINO

LA BEBIDA DE LOS PUEBLOS FUERTES

INSTITUTO NACIONAL DE VITIVINICULTURA

con un tocado de plumas negras, como si vistiera ropa interior de invierno. Por último, decidió ofrecernos el espectáculo; sus ojos eran de bronce, oro y esmeralda; el gran abanico se desplegó temblando y nos produjo una admiración tan profunda que ninguno de nosotros articuló palabra durante diez minutos, cosa inusitada en jóvenes de nuestra edad.

La cautela de aquel viejo pavo real para abrir su abanico era un atavismo de la selva. Cuando han crecido lo suficiente para desplegarlo, los pavos reales se hacen preceder por las hembras de plumas pardas y moteadas; si no hay peligro, se muestran como son. Por la noche duermen en las ramas altas de los árboles corpulentos; también entonces las hembras son las primeras en subir.

He oído sus graznidos a intervalos en el curso de la noche. A veces se parecen mucho al grito de un niño que pidiera socorro; pero el sonido que con más frecuencia emiten tiene algo del maullido de un gato subido en una tapia: es una tonalidad entre el miau y el clamor de una trompeta, sorprendentemente grave: "fi-ao-fi-ao". También suelen lanzar un chillido de alarma: "ca-oun-ca-oun". Según los naturalistas, los pavos reales son los más listos de los seres selváticos. Stuart Baker dice que son "sinuosos como culebras, huidizos como los gatos y cautelosos como los búfalos viejos cuando vigilan los movimientos de sus enemigos".

El año pasado permanecí cerca de dos semanas en la India, tratando de fotografiar desde un escondite la impresionante danza de amor que precede al apareamiento. Avanzando a razón de unos cuantos metros por día, logré llegar a menos de 200 de una familia de pavos reales; pero las hembras, recelando algo, alzaron el vuelo en flecha, según hacen los faisanes, y bien pronto las alcanzó su atemorizado señor, cuya cola partía el aire como una llamarada. Y, sencillamente, no logré tomar la fotografía.

Pero, en cambio, me vi favorecido con un palco de primera fila en un espectáculo todavía más desacostumbrado que la danza del amor. Me había subido a un árbol para acechar un tigre que no vino ese día, de lo que pronto me olvidé, extasiado como estaba ante una docena de pavos reales jóvenes que se movían al pie de mi escondite. No había una sola hembra en derredor, y con ello se desacreditaba la teoría de que únicamente se pavonean en su presencia. Bailaban por parejas, contoneándose y haciéndose reverencias, un paso hacia adelante y otro igualmente gracioso hacia atrás, casi como en una rumba, trémulos los enjoyados abanicos en que la luz del sol producía fantásticas tonalidades, y en el más completo silencio. De pronto, como si obedecieran una orden misteriosa, la danza se suspendió, plegaron las colas adornadas de ojos y, con toda calma, uno tras otro penetraron en la selva.

Como el pavo común, los pavos reales se contonean y abren el abanico ante su harén de tres a seis hembras que, sin embargo, muy poca atención les prestan. De las 50 veces que he visto a los pavos reales de la selva desplegar sus glorias, sólo en dos dejaron ellas de picotear el suelo o alzaron la cabeza para contemplar el gesto que el amo hacía con el sólo fin de suscitar su admiración.

Según las leyendas de la selva, los pavos reales y las serpientes son mortales enemigos. En Ceilán, el naturalista William Beebe pudo acercarse lo suficiente para ver cómo uno de ellos jugaba con una víbora venenosa de Russell. El ave daba vueltas alrededor, manteniéndose a distancia, pero instigando una y otra vez a la víbora a que tratara de morderla. "El pavo real no hacía más que burlarse del reptil", cuenta Beebe, "y por último, fatigado del juego, bajó por una breve pendiente y echó a correr, arrastrando la cola como un hermoso tapiz".

La manada más numerosa del mundo está en el Parque Zoológico de Whipsnade, en Inglaterra, donde pululan 200 ejemplares machos y hembras valoradas en cerca de 2500 libras esterlinas. La libertad de que gozan no crea ningún problema, aunque a veces, al verse reflejada alguna de las aves en la brillante pintura del coche de un visitante, arremete contra ella con la intención de echar al intruso.

Los pavos reales que viven en cautividad tienen reacciones extrañas. En el Parque Zoológico de Londres había uno que se enamoró de un joven yac, y se pavoneaba y desplegaba la cola cada vez que lo veía. Más rara aún era la conducta de un ejemplar de Whipsnade que se pasó todo un verano cortejando uno de los bancos de madera colocados en el parque para comodidad de los visitantes.

En cautividad, los pavos reales viven muchos años. Uno de los más famosos fue Pierrot, guardián del edificio de las Naciones Unidas en Ginebra, que murió hace tres años, cuando contaba 24 de edad. Sostenía las mejores relaciones con la mayoría de los jefes de Estado de todo el mundo y le hicieron fotografías con personajes tan conspicuos como Anthony Eden, el general Eisenhower, Nikita Kruschef y el ex-primer ministro francés Edgar Faure.

No obstante, y de manera general, los pavos reales cautivos son más bien aves de ornato que domésticas; guardan ciertas distancias y se muestran dóciles mientras no se les moleste y se les alimente con regularidad. Los dueños de pavos reales aseguran que es imposible desprenderse de ellos si se acostumbra uno a tenerlos; tanta es su belleza, tan intensos sus colores, que algo esencial falta en la vida cuando no forma parte de ella el ave del arco iris.



Después de pasar unos días en Filadelfia, un individuo se quejaba de que le había costado gran trabajo visitar los lugares de interés turístico. En una ocasión le preguntó a un policía dónde estaba la casa de Betsy Ross, célebre porque, durante la guerra de la independencia norteamericana, tejió con sus propias manos la primera bandera de las barras y las estrellas.

—¿La casa de Betsy Ross? —exclamó el policía incrédulamente; y luego, inclinándose hacia él y bajando la voz, le dijo—: mire, amigo; el nuevo alcalde ha clausurado todas esas casas. — B. G.

Aludiendo a su marido, que se quejaba de "llevar una vida de perros", una señora comentó que no le faltaba razón:

—Llega a casa con los pies enlodados, deja huellas en el piso de la sala, acabado de encerar, ladra sin motivo, gruñe ante los platos que se le sirven y se arrellana en mis mejores sillones.

— *Post*, de Ellicottville (Nueva York)

Un sargento inglés daba instrucciones a los soldados de su batallón, a fin de que supieran enfrentarse a los peligros de que está erizada una selva virgen, y explicó:

—En esta selva se tropieza uno con toda clase de fieras y serpientes venenosas. Una de las peores, entre éstas, es un reptil que aquí se le llama "Tía Franjas", cuya mordedura es fatal. Esta culebra tiene anillos alternativamente negros y naranjados. Si, por casualidad o por desgracia, alguno de ustedes se encuentra con una Tía Franjas, es preciso que siga estas instrucciones: agáchese, baje despacio el brazo derecho, separe el pulgar y el índice de la mano y alcance, sin tocarla, la cola del reptil; recuerde bien ¡sin tocarla! Luego, lentamente, pase los dedos a todo lo largo del cuerpo de la serpiente, siempre sin tocarlo . . . hasta llegar al cuello. Entonces, estrangule a la Tía.

Algunos días después, el sargento se enteró de que uno de sus soldados estaba en el hospital y acudió a verlo. Estaba vendado de la cabeza a los pies y con una pierna estirada con un contrapeso. Cuando le preguntó qué había ocurrido, el paciente replicó gimiendo:

—Seguí fielmente las instrucciones que usted nos dio, mi sargento. Iba por una vereda, cuando di con una Tía Franjas. Me incliné, bajé el brazo, separé el índice del pulgar y no la toqué hasta llegar al pescuezo, según usted nos ordenó. ¡Pe-

ro no era el pescuezo de la Tía Franjas, sino el arranque del rabo de un tigre! —P. C. H.

Dos PRESOS de una penitenciaría se presentaron en la clínica de la institución dispuestos a ofrecerse voluntariamente para que hicieran con ellos un experimento médico. Se les advirtió que la experiencia en cuestión podía resultar peligrosa y, entonces, uno de los reclusos tuvo miedo y renunció a someterse a ella. Al salir de la sala, se volvió a su compañero de celda y le deseó buena suerte, ofreciéndole la mano; pero el otro la apartó, diciendo:

—No me vuelvas a hablar. Has deshonrado el uniforme. —R. N.

STAN MUSIAL relata que un señor que se dirigía a un centro de recreo en las montañas fue detenido por un guardia de tráfico que le preguntó si sabía que llevaba apagadas las luces traseras de su automóvil. El aludido bajó del coche y, entonces, el policía le dijo que no se trataba de ninguna infracción grave. A lo que el automovilista replicó:

—Para usted no será grave, pero para mí sí; esto significa que he perdido un remolque con mi mujer y mis cuatro hijos. —M. K.

DE REGRESO de una temporada de pesca en la Florida, un señor cuenta que conoció en Miami al dueño y piloto de un barco pesquero llamado *Margery*. Cuando un amigo del marino y propietario supo que se había casado de improviso, le preguntó si iba a cambiar el nombre de su embarcación, dándole el de la reciente desposada, que se llamaba Shirley. El aludido contestó:

—No; pero si Shirley me sale tan buena esposa como *Margery* ha resultado buen barco, puede que rebautice a mi costilla y le dé el nombre de Margery. —F. S. M.

TRES MONJES trapenses cuyas reglas les imponen silencio absoluto pidieron permiso al abad del convento para dirigirse la palabra. El abad dio licencia al monje de mayor edad para decir, aquel año, una frase, sólo una, en cierto día de fiesta religiosa. Al monje más joven le permitió decir otra frase al año siguiente, cuando llegara el mismo día de fiesta. El tercer monje debía aguardar otro año para hacer uso del privilegio de decir unas cuantas palabras.

El primer año, al terminar el desayuno, el hermano de mayor edad pudo expresar en voz alta sus sentimientos:

—Detesto la avena con leche.

Trascurrió un año y, al terminar el desayuno de la comunidad, el segundo monje, con perfecto derecho, dijo:

—¡Qué sabrosa es la avena con leche!

Pasó un año más y el tercer monje, autorizado ya para exponer un comentario personal, se levantó de la mesa y comentó:

—¡Ya estoy harto de oír tantas disputas a propósito de la avena con leche! —K. S.

Los difíciles años de la adolescencia

La adolescencia es una de las épocas más arduas —y sin embargo hermosas— por las que pasa el ser humano. He aquí algunos consejos que pueden servir a los mayores para ayudar a los jóvenes.

POR JOSEPH PHELAN, HIJO, *director de la Aldea de los Niños, en colaboración con* RALPH LEE SMITH

Condensado de "Parents Magazine"

UN HECHO fundamental de la adolescencia, principal causa de muchos rasgos de conducta que las personas mayores encuentran desconcertantes, es éste: por una parte, el adolescente quiere seguir siendo niño; por otra, anhela poder considerarse adulto. Para que el crecimiento del joven sea normal, el deseo de ser adulto debe ir predominando poco a poco hasta imponerse en definitiva.

Sin embargo, muchos son los factores que pueden frustrar tal deseo. Así nos lo hace ver reiteradamente nuestra labor en la Aldea de los Niños, donde desde hace muchos años venimos trasformando mozalbetes rebeldes en jóvenes responsables y respetuosos de las leyes. Los proble-

LA Aldea de los Niños, establecida hace 112 años en Dobbs Ferry, Estado de Nueva York, es un centro de asistencia para niños de nueve a 15 años que sufren de trastornos emocionales y que, por haber cometido algún delito, son enviados a la institución por los tribunales de menores, oficinas gubernamentales de beneficencia y agencias de asistencia social. Actualmente viven allí unos 300 jóvenes, que van a la escuela y reciben tratamiento médico, según el caso particular de cada niño. Por término medio permanecen en la aldea unos 28 meses y, al regresar al hogar, cuatro de cada cinco jóvenes observan buen comportamiento.

mas que han debido afrontar esos muchachos, con frecuencia delincuentes, no son más que formas exageradas de los problemas que se presentan a todo adolescente. Como ha dicho Freud: "Todo cristal tiene sus líneas de crucero, pero no las vemos hasta que el cristal se rompe".

Tomemos el caso de Pepe, un chico de 13 años que fue enviado a la Aldea de los Niños por el tribunal de menores a raíz de haber adulterado el cheque del fondo de ayuda social que recibía su madre, para presentarlo como de 56 dólares en vez de 50 y gastarse la diferencia. Este delito había sido uno entre muchos, que en conjunto denunciaban la existencia de aquel conflicto entre el deseo de continuar siendo niño y el de convertirse en adulto.

En la escuela, Pepe buscaba pelea a otros muchachos para demostrar que era "un hombre". Eso sí, tenía cuidado de elegir chicos que fuesen más jóvenes y pequeños que él para tener la seguridad de ganar. Se jactaba de la atracción que ejercía entre las chicas, pero sólo le interesaban jovencitas mayores que él y que no le hacían caso. En cuanto llegó a la Aldea de los Niños quería telefonear a su madre de continuo. Ésta lo visitaba a menudo y le llevaba paquetes de alimentos y golosinas.

Dimos al fin con la causa de las dificultades de Pepe, y era que su padre había abandonado a la familia, y que la madre trataba, inconscientemente, de evitar que el niño creciera y se fuese también. En cuanto a Pepe, llevarse bien con su madre resultaba para él de enorme importancia, pues era ella su único progenitor. Por tanto se comportaba como el niño que ella deseaba seguir viendo en él. Le proporcionamos el trato masculino que desde pequeño le faltaba, le enseñamos a patinar en el hielo y le enviamos durante ocho días a un campamento, junto a un lago. Entonces comenzó a crecer.

Otro factor decisivo para el buen desarrollo mental del niño es que los padres sigan para con él una conducta coherente, de modo que aquél sepa lo que puede esperar. Cuando los padres no son capaces de decidir qué se proponen enseñar a sus hijos y qué esperan de ellos, éstos se encuentran en situación de tener que tomar decisiones por sí mismos. Mas ellos, claro está, no se hallan preparados para desempeñar tal papel, y en lo más íntimo de su ser tampoco lo desean. Sobre todas las cosas, los adolescentes anhelan que sus padres sean verdaderos padres. Privados de ejemplos adultos que seguir, se sienten perdidos.

Desde luego, cualquier padre sabe que es imposible mantener una actitud coherente ante todas las cuestiones que se presentan. Empero, me permito proponer una buena regla general para hacerse un juicio. Cada vez que el adolescente ansía alguna cosa con vehemencia, algún privilegio o concesión especial, hay que preguntarse si busca verse complacido como lo sería un

niño, o bien si con ello está poniendo a prueba la conducta y la responsabilidad propias del adulto.

Conozco una señora bastante sensata, cuya hija, que tiene 16 años, fue hace poco invitada a pasar el fin de semana en un colegio universitario para varones. De ordinario, ello habría ido en contra de las normas familiares, pero la madre comprendió que la jovencita tenía afán de demostrar su capacidad para conducirse bien. La señora, pues, tomó las oportunas disposiciones y concedió el permiso como cosa excepcional. La niña se sintió profundamente agradecida, no sólo por el agradable fin de semana que pasó, sino todavía más por el placer que le valió el hecho de que sus padres la tratasen como la mujercita responsable que trataba de ser.

En cuanto a las rebeliones, son naturales, y debe preocuparse más aquel padre cuyo hijo jamás se rebela que en el caso contrario. Los muchachos que llegan a la Aldea de los Niños son a menudo presa del fuego de una excesiva rebeldía, y en seguida se ponen a hacer lo que piensan que nos enojará más. Un chico que ingresó recientemente había pasado ya por seis hogares adoptivos y en todos se había mostrado imposible de manejar. No había conocido a su padre y había visto a su madre sólo de tarde en tarde. Se había labrado un lugar en el mundo de los pandilleros merced al empleo despiadado de su arma favorita: un par de escarpias de rieles. Poco después de su llegada

trató de hacer una hoguera en la cabaña a que había sido destinado. El encargado de la cabaña, saliéndole al paso, le ofreció un cigarrillo y le dijo:

—Usa las cerillas para encender esto.

Una vez pasada la sorpresa que recibió el muchacho al ver la tranquila reacción del encargado, éste le dijo que no podría ir con sus compañeros en una excursión proyectada para el día siguiente, pues al encender fuego dentro de la casita había puesto en peligro la vida de aquéllos. El castigo, al serle explicado así y administrado con serenidad, fue una novedad y una ayuda para el chico. Se observa con demasiada frecuencia que lo único que ganan los niños con el castigo es saber cuáles de sus actos enfurecen a sus padres.

Si un padre cae en la trampa de encolerizarse por la rebelión de su hijo adolescente, pronto será un juguete en manos de éste, sin provecho para nadie. Y si una chica llama a su madre "una mojigata anticuada", o algo peor, será infantil por parte de ésta responder a ello mostrándose ofendida, como lo será que el padre le grite:

—¡Esa no es manera de hablar a tu madre!

Lo más conveniente será que padre y madre celebren una serena conferencia; tal vez sólo les haga falta un poco más de buen humor, pues a menudo estas descargas eléctricas de la adolescencia se disipan al no hallar un medio conductor.

No menos importante es dar a los niños la oportunidad de ser útiles. Tales oportunidades no faltan en los núcleos sociales que luchan por abrirse paso en un ambiente nuevo, y es interesante observar que en ellos la delincuencia juvenil es cosa insólita. Hay, empero, muchas formas en que una familia o un grupo social pueden crear todavía condiciones semejantes a las descritas. Un adolescente puede prestar efectivo aporte al bienestar de la familia si trabaja y ahorra para contribuir a pagarse sus estudios universitarios, que en lo económico constituyen una carga cada vez mayor. Muy valiosa es también la participación de la juventud en obras escolares y sociales que pueden confiarse en gran parte a su labor y su iniciativa. Cualquiera que sea el trabajo encargado a los adolescentes, lo que importa es el espíritu que lo anime.

El adolescente necesita también experimentar lo que son las inquietudes de los mayores: su interés en las cuestiones contemporáneas, en el arte, la música, en todas las formas de creación espiritual; en la hermosura de la Naturaleza y los goces que ésta puede brindarnos. Los padres que mantienen vivo su propio entusiasmo, que abren su alma al mundo en vez de encerrarse dentro de preocupaciones meramente egoístas, que adoptan una posición ante los problemas locales o nacionales, proporcionan con ello un ejemplo que compensa al adolescente las injusticias y las ruindades de la vida que habrá de afrontar al entrar en la edad adulta.

El más precioso regalo que puede hacerse a un hijo es demostrarle con el propio ejemplo que el mundo presenta horizontes cada día más amplios. Dar al chico o la niña un espíritu animoso, una aptitud para la admiración y el rasgo valeroso, equivale a armarle de las luces y la fortaleza que le harán falta para alcanzar la madurez.



Así VA el mundo ahora: un libro intitulado *Cómo ser feliz sin dinero*, cuesta 10 dólares. — E. W.

La dama de la sonrisa

EL Dr. Kenneth Keele, de Londres, dio una conferencia en la cual expuso la teoría de que la enigmática sonrisa de la Mona Lisa se debía a que estaba embarazada. Sin embargo, el Dr. Allen Johnson, en carta a la *Gaceta Médica de la Nueva Inglaterra*, adelanta otra hipótesis: "Para una persona libre de la refinada imaginación de historiadores y especialistas en obstetricia", escribía el Dr. Johnson, "esa socarrona sonrisa de complacencia, no puede tener sino un solo significado: la Gioconda acaba de descubrir que *no* está embarazada".

— *Medical News*

200.000 vidas humanas arrebatadas al nazismo

La piedad impulsó a multitud de personas a arriesgar su vida por salvar a millares de judíos de sus verdugos nazis

POR GEORGE KENT

Condensado de "Together"



LA UNIVERSAL aversión provocada por el descubrimiento de cómo los nazis exterminaron a seis millones de judíos, halla su antídoto en la decencia y el heroísmo de que dieron prueba miles de europeos al arriesgar su vida para salvar del régimen de Hitler a otros muchos hebreos.

Es lo que va a leerse consolador, reconfortante relato de parte de la obra llevada a cabo por hombres y mujeres de todas las nacionalidades —franceses, holandeses, daneses, noruegos, belgas, italianos, portugueses, y también alemanes— que no pudieron permanecer indiferentes viendo que otros seres humanos padecían y morían. Quienes así se constituyeron en protectores de los judíos condujeron ocultamente a lugar seguro, o tuvieron escondidos en su propia casa, a no menos de 200.000 fugitivos de las persecuciones del nazismo. En la misma ciudad de Berlín vivieron 5000 judíos, llevados de un escondite a otro, hasta que terminó la guerra. Significa esto que allí, en lo que era cuartel general de la Gestapo, cuando menos 50.000 alemanes deben haber participado en aquella obra de salvamento.

Dinamarca salvó virtualmente la totalidad de su población judía; Francia, alrededor de la mitad; Holanda, cerca del 20 por ciento. Noruega envió millares de judíos a lugar seguro.

En el salvamento tomaron parte hombres y mujeres de todas las clases sociales: clérigos, labradores, comerciantes, camareros, maestros, agentes de policía, aristócratas de ambos sexos. Cierta condesa belga tuvo escondidos más de 100 niños y mujeres. Un oficial italiano sacó de Yugoslavia a 3000 judíos, y los introdujo furtivamente en Italia, donde pasaron los años de la guerra en un campamento, libres de toda persecución. La esposa de un carpintero belga, que ya tenía asilados en su casa 22 judíos, vio llegar a su puerta a una desventuráda madre cuyos dos hijos pequeños habían caído en poder de la Gestapo. Aunque no disponía de un rincón desocupado, la buena mujer acomodó a la recién llegada en su propia alcoba y le hizo sitio en la cama de su hijita.

En Niza un pastor protestante salvó arriba de 100 judíos al trasladarlos secretamente a Italia para allí embarcarlos en buques que zarpaban rumbo al África del Norte. En Roma un sacerdote católico se hizo de un taller de imprenta en que falsificaba pasaportes y partidas de nacimiento para los judíos fugitivos. Tantos fueron los clérigos que se dedicaron a amparar y salvar israelitas, que la sotana acabó por hacérseles sospechosa a los de la Gestapo. En la sola ciudad de París prendieron a 49 sacerdotes acusados de ayudar a los judíos y de colaborar con el movimiento de resistencia, e impusieron la pena capital a muchos de ellos.

El Dr. Aristides de Sousa Mendes, cónsul de Portugal en Burdeos, desobedeció valientemente las instrucciones de su gobierno al visar los pasaportes de cuantos judíos lo solicitaban. En tres jornadas de 15 horas dio 9000 visados a otros tantos judíos que pasaron así de Francia a Portugal. A más de esto, proporcionó techo y alimentación a gran número de hebreos que aguardaban turno para emprender viaje, y llegado el momento les llevó a la estación del ferrocarril en su propio coche.

Excepto unos 460, todos los 8000 judíos que había en Dinamarca fueron trasladados a Suecia por los daneses, en botes de remos, barcos cargueros y de pesca, lanchas de la policía, en embarcaciones del servicio de faros, hasta en canoas. Entre los jefes de esta "Pequeña Dunkerque" se contaron los médicos de Copenhague, que ocultaban en los hospitales a los judíos, los registraban con nombre ficticio y los hacían aparecer como aquejados de fiebre en la hoja clínica que ponían en sus camas. A otros los escondían en el departamento de las enfermeras. Una vez listas las embarcaciones destinadas a la obra de salvamento, los médicos llevaban a los fugitivos, en camiones cubiertos de lona, a alguna apartada playa, donde aquéllos emprendían viaje hacia la libertad.*

*Para costear estas operaciones de salvamento daneses de todas las capas sociales aportaron alrededor de 12 millones de coronas.

No sólo los médicos colaboraron en esta obra. Un tendero cuyo negocio quedaba frente a una oficina de los nazis lo convirtió virtualmente en agencia de viajes. Los judíos le avisaban la fecha en que estarían listos a partir y él se encargaba de conseguirles el trasporte. También los suecos ayudaban en las operaciones de salvamento. Todo barco de bandera sueca que zarpaba de Dinamarca llevaba seis judíos, por lo menos, escondidos en el pantoque.

Heroína de uno de los episodios más impresionantes, aunque poco conocido, fue una mujer extraordinaria: Truus Wijsmuller, trabajadora social holandesa, bajo cuya tosca apariencia alentaba acendrado amor al prójimo. Empezó la señora Wijsmuller a trabajar en el salvamento de los judíos cierto día del año de 1938 en que, yendo por una arbolada carretera cercana a la frontera alemana, reparó en un chicuelo que renqueaba penosamente. Detuvo ella el coche, y observó que el chico tenía el cuerpo lleno de verdugones, recuerdo de azotes que había recibido. "Mataron a mi papá y a mi mamá. Yo estaba allí cuando los mataron", balbuceó el niño.

Después de haberlo llevado a un hospital, volvió la señora Wijsmuller a la carretera fronteriza, en la cual recogió a otros cinco niños fugitivos. En el viaje de vuelta escondió a tres de ellos en el piso del coche, cubriéndolos con unos trapos, y ocultó a los otros dos bajo los pliegues de su ancha falda acampanada.

Cuando el gobierno inglés convino en dar asilo a los niños judíos la señora Wijsmuller figuró entre los agentes del comité holandés encargado de reunir a los pequeñuelos. A este fin viajó ella a Viena y se las ingenió para entrevistarse con Adolf Eichmann, director por aquel entonces de las operaciones antisemitas en Austria. Llevada a presencia de Eichmann, le expuso el objeto de su misión.

Eichmann hojeó unos documentos y dijo a la señora Wijsmuller: "El sábado podré entregarle 600 de ellos. Si usted arregla lo del trasporte a Inglaterra, y si Inglaterra conviene en recibirlos, le entregaré los restantes".

El ofrecimiento era diabólico. Faltaban sólo cinco días para el sábado. Imposible parecía que en tan corto plazo se consiguiese trasporte, acompañantes y provisiones para 600 niños, amén de llenar las formalidades de aduana e inmigración. Pero Truus Wijsmuller, a quien apodan cariñosamente en Amsterdam "la aplanadora mecánica", salvó todos los obstáculos. El sábado estaba formado el tren, y los 600 niños emprendieron viaje. Y fue ese tren el primero de otros que en lo sucesivo llevaron a Inglaterra más de 10.000 pequeñines provenientes de Alemania, Austria y Checoslovaquia.

Recuerdan los holandeses con especial predilección la hazaña llevada a cabo por la señora Wijsmuller el 14 de mayo de 1940, día en que Holanda tuvo que rendirse a

los nazis. Ya la bota invasora pisaba Amsterdam cuando supo Truus Wijsmuller que en IJmuiden había un barco pronto a zarpar para Inglaterra. Sin perder tiempo se hizo de cinco autobuses en los que acomodó a 80 niños judíos sacados de un orfanato municipal. En el trayecto subieron a los autobuses otros judíos que viajaron de pie en los estribos o tendidos en el techo de los vehículos. Al llegar a IJmuiden había 200. A todos les dieron cabida en el barco.

Joop Westerweel, maestro de escuela holandés, ayudó a muchos israelitas a escapar a Francia. El último grupo al que sirvió de guía este devoto calvinista constaba de 23 jóvenes. Al despedirse de ellos les pidió que le prometiesen que tratarían de establecerse en Palestina. La mayoría lo consiguieron, y una arboleda plantada en Israel perpetúa hoy la memoria de Joop Westerweel. No habría él de verla. Al regresar a Holanda murió a manos de la Gestapo.

Entre los más valerosos de los salvadores se contaron los alemanes, que tenían que ejercer esa obra de misericordia en las narices mismas de la Gestapo. Aunque el Dr. Franz Kauffmann, vecino de Berlín, no era judío, se consagró día y noche a socorrer a los hebreos y a buscarles refugio entre sus amigos. "No siga usted exponiéndose como lo hace", le advertían sus conocidos. Y él respondía invariablemente: "Sé que tarde o temprano me echarán mano, pero he prestado un solemne juramento y debo ayudar a esos desdichados". Y un día ocurrió lo inevitable. Preso, el Dr. Kauffmann fue conducido al patio de una cárcel y fusilado.

En una abandonada barbería de Katowice, ciudad de la Alta Silesia, el jefe de vigilantes cívicos contra ataques aéreos construyó paredes falsas, y entre éstas ocultó y mantuvo a salvo a tres judíos. Más notable aún fue el caso de un oficial de la SS. En sus habitaciones particulares en Berlín, que se hallaban encima de las oficinas de un centro de esa guardia especial, tuvo escondido a un matrimonio judío durante toda la guerra.

Antón Schmidt, soldado alemán de guarnición en Vilna (Polonia), prevenía a los judíos de la población contra las incursiones que iba a hacer la Gestapo. Tenía él a su cargo tres casas requisadas por el ejército alemán, y en los sótanos de las tres escondía a los judíos buscados por la policía secreta nazi.

Oskar Schindler, comerciante alemán al que cupo regentear en Cracovia (Polonia) una fábrica de utensilios de hierro esmaltado, reunió a todos los judíos que pudo (hasta 1200), les dio trabajo en su fábrica y logró que se clasificara a todos como trabajadores de industrias de guerra, para lo cual hubo de pagar sendos sobornos a los de la SS.

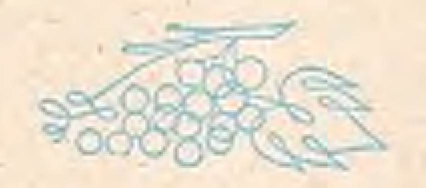
Episodio sobremanera conmovedor del salvamento de los judíos de Polonia fue el del Dr. Alexander Mikolaykof, vecino de Debica. En

la casa de tres plantas en que residía con su esposa, dio asilo a 13 judíos, hombres y mujeres, a los que tuvo ocultos mientras duró la guerra en un desván al que daba acceso una escalera de mano y era tan bajo de techo que nadie podía tenerse erguido. Carecía el desván de alumbrado, de agua corriente y de letrina. A medianoche el Dr. Mikolaykof o su esposa les subía a los judíos la comida y retiraba los cubos de las heces.

El día en que Debica quedó al fin libertada, los hombres y mujeres escondidos en el desván bajaron tambaleándose, sucios, greñudos, macilentos, ¡pero con vida! Empero, el Dr. Mikolaykof no estaba allí para recibirles. Apenas empezó a combatirse en la ciudad había tomado él su maletín de cirujano para ir a prestar auxilio a los heridos. Un casco de granada puso fin a sus días.

Tales son los episodios en que figuraron hombres y mujeres incapaces de permanecer indiferentes ante el dolor y los padecimientos de sus semejantes. Sus hechos se cuentan por miles e infunden a un tiempo admiración y aliento. Porque jamás en la historia rayó tan alto la ennoblecedora virtud de la compasión humana como en el altruismo de los hombres sencillos y las sencillas mujeres de Europa que padecieron angustias y dieron la vida por el bien de los judíos.

Parte del material de este artículo se tomó de las dos obras siguientes: *Die Unbesungenen Helden*, de Kurt Grossmann (Arani Verlag) y *The Story of the Danish Resistance*, de David Lampe (Ballantine Books).



Mi madre se había roto una pierna y estaba en cama con la fractura enyesada. Le pregunté si no le era difícil estar ociosa.

—¡Quién dice que estoy ociosa! —repuso indignada—. Los huesos se me están soldando.

—E. R.

Anuncios limitados

De un diario de Luisiana: "Se han perdido unos anteojos de lentes gruesos. Se ruega al que los encuentre anunciarlo en TIPO GRANDE".

Aviso de un salón de cine, que anuncia una película vieja: "Si la ha visto en televisión, no deje de verla ahora en nuestra pantalla de 7500 centímetros".

—H. H.

Del *Times* de Seattle: "Pintura original de Ho Chan Yi Yuen, de la dinastía Ming; muy rara; no tiene precio: 265 dólares".


Vieja Lavanda
Perfumado mensaje, ideal expresión de afecto para el día del Padre
Vieja Lavanda
Fulton
LOCION
Fulton
La Loción Vieja Lavanda de Fulton subraya con su fragancia trascendente, el más fino estilo de vida.
LOCION - JABON - TALCO y TAZA JABON DE AFEITAR
FAIRHURST.

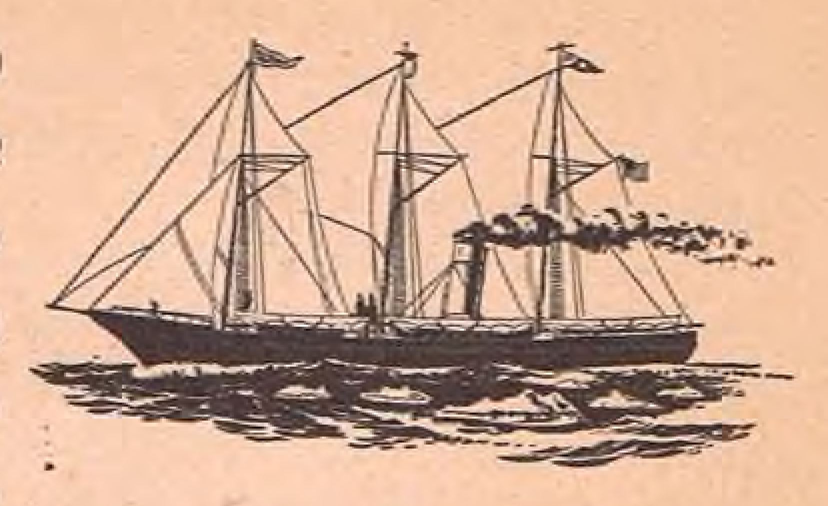
A LA CONQUISTA DEL POLO NORTE

La heroica marcha de Matthew Henson con el almirante Peary



POR FLOYD MILLER

Condensado de un libro que aparecerá en breve



Era huérfano, aprendiz de todo y maestro de nada, criado fiel de un hombre célebre que por mucho tiempo lo tuvo en menos a causa de su humilde origen. Pero cuando se precisaron hombres de valor y resistencia a toda prueba para llevar a cabo una de las grandes proezas del siglo XX, Matthew Henson colmó la medida. En tanto que otros desfallecieron, el negro Henson y el almirante Robert Peary efectuaron el primer viaje que registra la historia hasta el polo norte.

Esta es la interesantísima narración de aquella aventura y la reseña de la vida de un hombre que, venciendo obstáculos al parecer invencibles, llegó a convertirse en héroe legendario de las regiones árticas.

BIEN AFIANZADO en la cubierta del pequeño bergantín *Kite*, Matthew Henson se embelesaba viendo que la proa, como un ariete, iba abriéndose paso metódicamente a través del mar cubierto de hielo. El barco rompía una grieta y retrocedía luego para volver a embestir a toda máquina y ensancharla un poco, meciéndose con violentos bamboleos que hacían chasquear el aparejo como un látigo al aire.

Al rato se le acercó un hombre mas alto que él y después de mirarlo con curiosidad le preguntó:

—¿Cómo te va, Matt?

Henson no le respondió inmediatamente. Sabía lo que aquella pregunta entrañaba. Él era negro. El único negro que el teniente Robert Peary eligiera para acompañarlo en su primera expedición al polo. Y ahora, Peary, de pie junto a él en la turbulenta cubierta del *Kite*, dudaba a todas luces de que pudiera él ser útil en las regiones árticas.

—Ahora veo que el Norte se le mete a uno muy adentro —respondió Henson al fin—. Y a mí me ha agarrado de tal modo que no quisiera volver a salir de aquí.

Peary no dijo más. Dio la vuelta y se fue a la popa a contemplar su barco desde allá. Henson no quitaba los ojos de los témpanos de hielo

que tenía delante, cuando de pronto un golpe sordo hizo estremecer la embarcación que viró violentamente a babor.

Henson volvió la cabeza y vio al timonel que corría en ayuda de un hombre que se retorcía tendido sobre la cubierta. Voló él también a ver lo que pasaba. Se trataba de Peary.

El timón había rebotado sobre un gran témpano de hielo con tanta fuerza, que el golpe arrancó la rueda de las manos de los dos hombres que la empuñaban. Como una enorme guadaña, el pesado vástago había barrido la cubierta de popa donde estaba Peary cortándole los dos huesos de la pierna derecha por encima del tobillo.

Henson y tres hombres más lo llevaron a cuestas hasta la cámara. Tan pronto como le encasaron los huesos de la pierna, todos a bordo convinieron en que la expedición tendría que regresar. Pero cuando el cirujano Frederick Cook se adelantó a ofrecer su opinión, Peary lo interrumpió:

—¿Cuánto tardaré en poder caminar con esta pierna?

—Cuatro o cinco meses, quizá... todo depende.

—Para entonces, ya estaré listo a emprender la marcha de primavera sobre la capa de hielo —dijo Peary—. Y dentro de algunas semanas haré que Henson me fabrique un par de muletas.

—¿Se propone usted marchar sobre el hielo... en muletas? —le preguntó Cook incrédulamente.

—Doctor —díjole Peary con firmeza—: se ha gastado mucho dinero en esta expedición y, por mal que ande, no voy a volverme atrás.

Henson, que esperaba en un rincón del camarote, sintió una ola de orgullo. Se daba cuenta de que el hombre a quien había brindado su lealtad la merecía plenamente.

En los años por venir esa lealtad iba a ser templada y fortalecida por la soledad, el sufrimiento, el ham-



bre y los fracasos que sufrieron juntos, más muertos que vivos en el polo norte, donde compartieron la triunfante culminación de su fabulosa aventura.

"Nadie sabe lo que hay allá"

Los DOS hombres se habían conocido casi accidentalmente. En la primavera de 1887, cuando Peary equipaba una expedición a Centroamérica, el dueño de una sombrerería le presentó a Henson, que trabajaba allí; y el explorador, después de medir con la vista al negrito, le hizo de buenas a primeras esta oferta con su brusquedad característica.

—Voy a Nicaragua —le dijo— a ver las posibilidades de un canal de navegación entre el Atlántico y el Pacífico. Necesito un chico de responsabilidad que me sirva como criado personal. El territorio es selvático, el clima pésimo, el trabajo pesado. Tu patrón te ha recomendado. ¿Quieres el empleo?

Henson aceptó en el acto y desde entonces, por espacio de siete meses, ambos habían luchado contra las plagas de insectos, vadeado pantanos con el agua a la cintura y dormido en las orillas de ríos tropicales, muy cerca de las horribles jetas de los caimanes. Henson aprendió muy pronto nuevas habilidades y llegó a ser el asistente personal de Peary en sus trabajos topográficos. No obstante, solamente al verse de nuevo a bordo y ya casi de regreso en su casa, fue cuando Peary tuvo algunas palabras de aprecio para su fiel servidor. En ese último día, antes de llegar al puerto, lo llamó a su camarote y le dijo:

—Matt: te portaste muy bien en Nicaragua—. Se quedó un buen rato en silencio y cuando volvió a hablar parecía que lo hiciera consigo mismo—: Es sorprendente que estando ya casi en el siglo XX existan todavía miles de kilómetros cuadrados de este planeta que el hombre no haya visto aún. Nadie ha llegado todavía a más allá de mil kilómetros del polo norte. Matt, voy a organizar una expedición al norte de Groenlandia. Nadie sabe lo que hay allá; puede que se extienda hasta el polo. ¿Quieres venir conmigo?

Henson vaciló.

—Antes de responderme —continuó Peary— consideremos el hecho de que eres hijo del ecuador. En los trópicos lo hiciste muy bien, pero el Norte podría ser fatal para ti.

Si la intención de sus palabras hubiera sido de incitación o estímulo, Peary consiguió con ellas su propósito.

—Me voy con usted —le respondió el otro— y creo que soportaré la prueba tan bien como cualquier otro.

Durante tres años, mientras Peary se ocupaba en allegar fondos, entrevistar presuntos exploradores y hacer los planes para la expedición, Henson volvió a ocupar una posición que escasamente era superior a la de un sirviente. Pero desde aquel día de junio de 1891 en que el *Kite* zarpó del muelle de Brooklyn en Nueva York, se convirtió una vez más en el hombre indispensable, en

el factótum, a la vez carpintero, latonero, remendón, calafate y cocinero de la expedición. Cuando el barco se acercaba a su destino, el golfo de Inglefield, en la desolada costa noroeste de Groenlandia, Henson estaba satisfecho de haberse desempeñado eficazmente a bordo, pero algo le venía preocupando pese a su aire de confianza. No estaba muy seguro de que un hombre de su raza pudiera resistir los rigores del Norte.

Hermano de los esquimales

El golfo de Inglefield hallábase obstruido por una gran extensión de témpanos flotantes. Pero un poco más al norte estaba la bahía de McCormick, pequeña ensenada al pie de una peña cubierta de líquenes. Reclinado en la cubierta, con la pierna entablillada, Peary estudiaba el litoral y decidía que en ese lugar debía fijar la expedición sus cuarteles de invierno.

Lo primero fue bajar a tierra las provisiones de boca, las armas, el equipo y por último el maderamen para la casa que debía servirles de abrigo. Todo estaba previamente cortado y no había más que armarlo y clavarlo en su lugar, tarea a que se entregaron el Dr. Cook y otros miembros de la expedición: el ornitólogo Langdon Gibson, Eivind Astrup, un campeón de esquí noruego, John Verhoeff, mineralogista, y Matt Henson, el hombre que hacía de todo. Finalmente, atado a un tablón y cargado por Henson y tres marineros, bajaron a Peary.

La construcción, que llamaron Red Cliff House, estaba hecha de dos capas aisladas y medía interiormente 6,5 x 3,5; pero la tercera parte quedó encerrada por un tabique para formar un cuarto que ocupaban Peary y su joven esposa, Josephine, a quien él había llevado consigo, muy a disgusto de los otros miembros de la expedición. Por la parte de afuera y alrededor de la casa habían levantado una muralla de cajas de provisiones que medía metro y medio de altura y estaba techada con lonas. Cuando cayeran las nieves del invierno y lo cubrieran todo sería posible salir de la casa a un túnel formado de cajas llenas de alimentos y combustible.

Mientras Peary rabiaba y se impacientaba con su cojera, el resto de los expedicionarios salían a explorar los alrededores del campamento, recogían especímenes de flores y rocas, cazaban renos, zorros y liebres de las regiones árticas. A poco regresaron Gibson y Verhoeff con una masa gelatinosa de carne de ballena y grasa. La habían encontrado en un escondrijo cercano, lo cual era indicio de que había esquimales en la región.

El Dr. Cook, que era también etnólogo, inmediatamente pidió permiso para salir a buscarlos. Seis días después regresaba con una amistosa familia de esquimales que traían consigo todos sus bienes temporales, dispuestos a invernar cerca de Red Cliff House.

Tan pronto como llegaron, el esquimal Ikwah y su mujer se acer-

UN AGENTE DE SEGUROS NO PUEDE CORRER RIESGOS !

Sería una desagradable ironía. Por eso entendemos que nuestro esfuerzo debe dirigirse no sólo a cubrir los riesgos de sus clientes... sino también los suyos.
Esto sólo puede lograrse con seriedad, rapidez y eficiencia; en el andar de una organización dinámica, que se desenvuelva sin complicadas burocracias. Un lugar donde usted -realmente- se sienta como en su propia casa!
Su primera póliza colocada en Arcadia será una demostrativa y efectiva experiencia. Porque no sólo nos proponemos cubrir riesgos. También deseamos considerarlo en todo lo que usted es: Un Agente de Seguros. Un ser activo comprometido con la más responsable preocupación, por los cuantiosos intereses que le hán sido confiados. Un hombre que ocupa un lugar importante y vital en la sociedad, con un legado que es y será orgullo y futuro patrimonio de sus hijos.
No se sorprenda. Es lógico que pensemos así, y... así lo hacemos! Nosotros deseamos -sinceramente- que usted no corra riesgos. Ninguna clase de riesgos!



caron a Josephine Peary, que era la primera mujer blanca que veían; los primeros hombres blancos habían sido los que los llevaron en el bote.

Dieron pausadas vueltas en su rededor, mirándola con sus ojillos negros que brillaban con picaresca alegría tratando de ocultar la risa. Señalaban con el dedo el alto peinado y el elegante sombrero que coronaba la cabeza de la dama, las amplias mangas de pernil del vestido, el ajustado corpiño que le ceñía el busto y el alto promontorio del polisón que se inflaba como un globo por detrás. Eso ya fue mucho para ellos y soltaron el trapo a reír; rodaron por el suelo, dábanse palmadas en las caderas y abrían tamaña boca para no ahogarse de hilaridad.

Poco a poco fueron recobrándose, volvieron a mirar al objeto de su regocijo y sufrieron un nuevo ataque de risa. Para ellos esta dama alta e imponente, personificación de la cultura y el buen gusto del siglo XIX, era el mamarracho más ridículo que habían visto en su vida. La señora Peary lo soportó todo con serenidad, su esposo con estirada dignidad.

Después de haberse reído a más no poder, Ikwah y su mujer alcanzaron a ver a Henson parado en un rincón y al punto se le acercaron parloteando acaloradamente; esta vez no reían, apenas sonreían y hacían gestos que nadie sabía interpretar. Por fin Ikwah tomó a Henson del brazo, le levantó la manga de la camisa y colocó el brazo del negro junto al suyo. No había gran diferencia entre el color de sus pieles.

—*Innuit*... *Innuit!* —exclamó entonces el esquimal, sin dejar de sonreír.

Ikwah pertenecía a la tribu de la bahía de Smith cuyos individuos se llamaban a sí mismos "innuit". Y como claramente se veía que Henson no era *ḳabluna* (hombre blanco), tenía que ser esquimal.

Cuando Henson entendió al fin lo que Ikwah le quería decir, rió de buena gana y abrazó efusivamente al pequeño esquimal... Y con aquel abrazo comenzó la leyenda de "Miy Paluk", nombre que los esquimales dieron a Henson para llamarlo su hermano.

El primer intento

No tardó en conocerse en el interior la nueva del campamento de los blancos, y otras familias de esquimales llegaron a construir sus iglús en las cercanías de Red Cliff House.

Los de la tribu de innuit parecían haber salido de la edad de piedra. No tenían gobierno, ni religión, ni dinero o patrón de valores alguno, ni lenguaje escrito, ni propiedades fuera de sus perros y sus armas. Se alimentaban de carne, sangre y grasa de ballena y vestían con pieles de animales. No conocían los celos ni las bebidas embriagantes, ni las enfermedades infecciosas, ni había entre ellos asesinatos, policía, juzgados, soldados o guerras. Era un pueblo sencillo y feliz, listo, inteligente e ingenioso.



con ANTISEPTICO en sus RAYAS ROJAS!

Signal no sólo limpia muy bien los dientes... higieniza toda la boca, dejándola realmente fresca!

SIGNAL es la moderna crema dental de acción completa porque ofrece su exclusividad: las rayas rojas con Hexaclorofenol, activo antiséptico que explora los espacios interdentales y la superficie de toda la boca, ayudando a eliminar el mal aliento de origen bucal.

BOCA BIEN LIMPIA... ALIENTO MAS FRESCO... CON Signal

Desde el principio adquirió Peary gran reputación de honradez en sus tratos con los esquimales. Pagábales sus servicios de caza y hechura de vestidos con alimentos, cuchillos, agujas, hilo, armas y municiones. Los innuits lo llamaban Pearyaksoa, que quiere decir Gran Peary. Pero el que atraía todo su interés era Henson, hombre más parecido a ellos y a quien Ikwah y su amigo Ahnalka se propusieron enseñarle la lengua esquimal, una de las más difíciles del mundo. (Ha habido misioneros que han vivido 40 años entre los esquimales sin llegar a dominarla.) Irónicamente, Henson, el menos instruido de los expedicionarios, fue el que aprendió mejor tan extraña lengua.

A pesar de que Red Cliff House se hallaba en un país salvaje, más de mil kilómetros al norte del círculo polar ártico, la señora Peary se propuso convertir el campamento en un puesto avanzado de civilización. Los hombres no podían presentarse a comer sin estar bien afeitados, debían tener cuidado con las vulgaridades en la conversación y portarse en toda forma como caballeros. Su actitud era la de los ingleses de las colonias que no perdonaban su té a las cuatro de la tarde y siempre se vestían de etiqueta para la comida a las ocho.

Pero no había parado mientes en los naturales. Una semana después de que Ikwah y su familia se establecieron en la vecindad de Red Cliff House, el esquimal examinó detenidamente a la señora y propuso a Peary cambiársela por la suya por una noche, gesto muy común de amistad entre los esquimales.

Ikwah quedó sorprendido y ofendido cuando Peary rehusó la propuesta. Trabajillo le costó a éste y a Henson hacerle entender que no habían querido desairarlo; sencillamente los blancos no tenían la costumbre de hacer cambalaches con sus mujeres. El esquimal no salía de su asombro al oír cosas para él tan extrañas.

Cuando ya se aproximaba la noche ártica, Peary envió a sus hombres a hacer ejercicios de trineo y a depositar alimentos en escondrijos cavados en el gran techo de nieve helada que cubría la mayor parte de Groenlandia. Ikwah y Ahnalka se constituyeron en maestros y tutores de Henson para instruirlo en el más importante de los conocimientos indispensables para vivir en el Norte: el amaestramiento de los perros esquimales. Estos magníficos animales pueden realizar un trabajo extraordinario con poco alimento. Peary tendría que depender de ellos en sus viajes por las regiones heladas, pero el arte de manejarlos es en extremo difícil.

El trabajo comienza al enjaezarlos, para lo cual hay que agarrar al perro y meterlo en el arnés a la fuerza.

"Se toma un trozo de carne en una mano y el jaez en la otra", escribió Henson, "y cuando el gozque que uno anda persiguiendo se acerca a oliscar la carne, se deja caer ésta y entonces uno lo agarra por



Así prepara CAP su relleno de carne para empanadas: como en casa. En grandes pailas de acero inoxidable se saltea, en aceite y pimentón, carne vacuna picada de primera calidad, sin pellejos ni cartílagos. Luego, en el transcurso de una cuidadosa cocción, se le van agregando todos los elementos que intervienen en la buena mesa familiar:

COMINO - PIMENTON DULCE - PIMIENTA - OREGANO - UNA PIZCA DE AZUCAR SAL - ACEITUNAS - PASAS - HUEVOS DUROS CORTADOS EN TROCITOS.

Por eso, luego de esta elaboración, el relleno para empanadas tiene ese delicioso aroma casero que hace exclamar a quien lo prueba: ¡Está hecho como en casa!

Una lata de relleno de carne para empanadas de 340 gramos, permite preparar de 12 a 14 riquísimas empanadas. La lata grande, de 850 gramos, rinde de 30 a 35 y además el relleno CAP sirve también para hacer el famoso pastel de papas, las prácticas albóndigas o el pastel de fuente.

RELLENO
de carne para empanadas
CAP



CON TODOS LOS INGREDIENTES CASEROS, UN TUCO DE TOMATE DE PRIMERA CALIDAD. SABROSO, APETITOSO, FRESCO.

TUCO PARA PASTAS CAP

donde Dios lo ayude... de una oreja, de una pata o del pelo, y hace lo posible por apretarle el gañote. Tras de lamerse uno los mordiscos y chuparse la sangre, se ata ese perro a un palo y se comienza a buscar otro. Es sólo cuestión de tiempo... hasta que uno forma su tiro".

Pero eso es apenas el comienzo. Los esquimales uncen sus tiros de perros en forma de abanico, y cuando ocho o doce animales comienzan a tirar, cada cual por su lado, la situación puede ponerse muy apurada. Para imponer el orden se valen de un látigo de casi diez metros de largo.

Ikwah y Ahnalka salían con Henson a la trocha todos los días. La primera intentona de Matt fue infructuosa. El negro ocupó su puesto detrás del trineo y tomó la fusta en la mano. Gritó "Huk... huk" y esperó que los animales obedecieran. Chasqueó el látigo e hizo caer una llovizna de nieve sobre los perros. Hizo un segundo intento y los animales batieron la cola y se sentaron sobre los cuartos traseros a observar su curiosa conducta. Volvió a restallar la fusta y le dio a Ikwah con ella. Otro intento, con tan mala suerte que se envolvió el látigo en sus propias piernas y cayó al suelo. Ikwah y Ahnalka también rodaron con él en la nieve... muertos de risa.

No obstante, en el espacio de un mes, Henson ya dirigía su tiro solo y hacia el final del invierno lo hacía casi tan bien como sus maestros y mucho mejor que Peary o cualquier otro de sus compañeros de expedición.

Pero no iba a formar parte de la primera expedición. Peary consideraba que para el buen éxito de su marcha de 200 kilómetros (a la costa nordeste de Groenlandia), únicamente un hombre debía acompañarlo, y con tal objeto escogió a Astrup, el noruego campeón de esquí.

Cuando el explorador hizo este anuncio Henson se dio cuenta del deseo incontenible que tenía de ir. Durante los meses de invierno, mientras se adiestraba en el manejo de los perros de tiro, pensaba que hacía todo aquello por entretenimiento y ejercicio, pero ahora, en la amargura de su decepción, sabía que lo había hecho por conquistarse un puesto en la expedición.

No obstante, tuvo la satisfacción de conducir el trineo en que iban Peary y sus provisiones hasta el puesto avanzado llamado Campamento Cache. Pero de allí en adelante Peary y Astrup, acompañados por otro grupo, siguieron otros 180 kilómetros al Campamento Separación. Desde allí todos, excepto Peary y Astrup, emprendieron la marcha de regreso.

Los meses de verano que siguieron fueron de desengaños para Henson. Mientras los otros cazaban él se quedaba ayudando a la señora Peary, que no era cazadora, y que poco gustaba de la compañía de hombres vulgares en que la había dejado su esposo. Para no aburrirse, la señora hacía lo que hacen otras mujeres en las mismas circunstan-

cias: arreglaba la casa. Henson la ayudaba. Entre ambos sacaban las alfombras para sacudirlas, lavaban toda la vajilla y cuando terminaban las tareas... comenzaban nuevamente.

Aunque Josephine Peary era demasiado orgullosa para expresar la preocupación que la dominaba, Henson la presentía. Solamente a su diario le confió ella la pena de estar casada con un hombre que no podía dedicarle más que una pequeña parte de su vida.

En el mes de julio escribió: "He vivido cinco días de mortal incertidumbre. Los esquimales me consuelan hablando de la muerte de mi esposo".

Henson miraba por ella con creciente preocupación. La última recomendación de Peary había sido que la cuidara, pero aparte de mostrarse él mismo confiado y alegre, no sabía cómo animarla. Ella le correspondía con gratitud, haciendo caso omiso de los esquimales cuando aseguraban que Kokoyah, el demonio de los hielos, se había engullido a Peary.

Ayudada por Henson estableció un campamento avanzado en la cima de la bahía para ser ella la primera en dar la bienvenida a su esposo. El 24 de julio, procedente de su base de invierno en el sur, arribó el *Kite* listo para llevar al grupo de exploradores de nuevo a su tierra. La señora Peary no quiso alojarse en él y sólo consintió en subir a bordo cuando se convino en enviar una partida de rescate en busca de

su marido y de su compañero.

El 3 de agosto emprendió la partida su viaje sobre el hielo, y el 4 alcanzaron a ver a lo lejos dos figuritas oscuras y tambaleantes descendiendo por un ventisquero.

Traían las caras barbadas grises y macilentas, las botas hechas jirones; los perros que aún les quedaban venían con las patas laceradas, incapaces de arrastrarse a sí mismos, mucho menos los trineos. Pero en los ojos de Peary, inyectados por la ceguera de las nieves, ardía la fiebre del triunfo.

Había recorrido 1900 kilómetros para descubrir un mar en la costa nordeste de Groenlandia, que llamó bahía Independencia. Esto le hacía sospechar que la gran masa de tierra fuera una isla, y su meta era demostrar que así era.

Cuando subió a bordo del *Kite* abrazó efusivamente a su esposa y habló con el desvarío que da el extremo cansancio.

—¡El año entrante lo probaremos! El año entrante exploraremos la costa oriental. Esta tierra puede ser una península, el camino real al polo norte. El año entrante arrancaremos ese secreto del seno de las rocas . . .

Josephine abrazaba a su esposo reclinando la cabeza contra su pecho. ¡Cuánto había rezado porque volviera curado del hechizo del Norte! Y en cambio, venía más hechizado que nunca.

Henson la miraba, comprendía su pena y la compadecía. No obstante, se sentía sobrecogido de una gran

emoción. Iban a volver. Él también volvería a cazar y a reír con sus amigos esquimales. Quizá en este viaje le tocaría acompañar a Peary.

Una hija y un hijo

Cuando el *Kite* llegó al puerto de origen, los miembros de la expedición fueron recibidos como héroes.

Con todo, como el respaldo financiero para un segundo viaje tardaba en llegar, Peary resolvió allegar fondos por medio de una gira de conferencias.

Con la ayuda de Henson puso en escena una representación que alcanzó un éxito formidable. Se abría el telón y aparecía un villorrio esquimal con sus *tupiks* (tiendas), trineos, armas y muchas pieles. Como nadie había visto semejantes cosas, del público salía un murmullo de admiración. En seguida se presentaba Peary vestido con pieles de la región ártica. Era alto, bien parecido, dominante, exactamente igual a lo que el público se figuraba que debía ser un explorador. El acto culminaba con el exótico grito "¡Huk . . . huk . . . huk!" que se oía entre bastidores, seguido del chasquido de una fusta. Entraban entonces en escena seis soberbios perros conducidos por Henson con su vestido completo de esquimal. Invariablemente era recibido con un grito de admiración seguido de espontáneos aplausos.

Henson había amaestrado sus perros de tal manera que, después de su ruidosa entrada, todos se sentaban quietecitos sobre los cuartos traseros mientras Peary proseguía su disertación. Sin embargo, cada vez que el conferenciante se excedía del tiempo fijado, perdían la paciencia y comenzaban a aullar en coro, poniendo así término a la función en medio de las risas del público.

En 103 días Peary y Henson dieron 165 funciones. El dinero recaudado, sumado a otros recogidos como donaciones particulares, fue suficiente para poner la expedición en marcha. Se fletó un nuevo barco, el *Falcon*, y el 23 de junio de 1893 se hizo a la mar.

Más tarde Peary escribía: "Me dejé llevar del entusiasmo y cometí el disparate de llevar demasiada gente".

Al expresarse así, no se había quedado corto. No era solamente demasiada gente —doce hombres, una enfermera y la señora Peary— sino que era gente incompetente, por falta de preparación y por temperamento, para desempeñar las tareas que se les encomendaron. Todavía más . . . la señora Peary ¡estaba embarazada!

La expedición se instaló en la bahía Bowdoin, precisamente al sur de su primer campamento, en una casa nueva y más amplia que llamaron Anniversary Lodge. En un rincón cerrado con tabique la señora Peary dio a luz el 12 de setiembre una niña que pesó al nacer cuatro kilos. Le pusieron Marie, y por sobrenombre Ahnighito (Criatura de las Nieves). Los esquimales venían de muchas leguas a la redonda a admirar a esa criaturita blanca y a to-

carla con sus dedos color de bronce.

Fuera de la feliz llegada de Marie, ninguna otra cosa salió bien. Peary había llevado al norte una partida de burros, esperando utilizarlos como refuerzo de los perros, pero uno a uno fueron enfermando y muriendo. Una ola gigantesca destrozó casi todos los barriles de aceite que habían llevado para combustible en el invierno.

Con la llegada de la primavera persistió la mala suerte. Peary salió con ocho hombres pero las lesiones producidas por el frío y las tormentas de nieve los fueron inutilizando uno a uno y tuvieron que regresar al campamento. Continuó entonces la marcha con una patrulla cada vez más reducida y entonces uno de los perros sufrió un ataque del temido *piblockto*, especie de rabia siempre fatal, y antes que tuvieran tiempo de matarlo ya había alcanzado a morder a otros perros. Peary había planeado cruzar el desierto helado y llegar a bahía Independencia hacia el primero de abril. Pero el 10 la expedición se hallaba solamente a 200 kilómetros del punto de partida. La estación estaba ya muy avanzada; los expedicionarios en estado desastroso. Con el corazón contristado, su jefe dio la orden de regresar. En el viaje de vuelta fueron enterrando cuidadosamente sus bastimentos y marcando cada lugar con largos palos que no alcanzaran a tapar las ventiscas. Así tendrían alimentos disponibles en su próximo viaje a través del desierto helado.

Entre tanto, Henson se ocupaba en cosas menos tediosas que el año anterior. Aunque no había acompañado a Peary, esta vez lo relevaba de sus oficios domésticos la enfermera Susan Cross. Así le quedaba más tiempo para estrechar sus relaciones de amistad con los esquimales.

Una tarde, la formidable señora Cross levantó los ojos del biberón que preparaba para la niña y encontró a Henson junto a ella, con un chiquillo esquimal asido de la mano.

—Voy a darle un baño —dijo, con expresión que era a la vez de desafío y disculpa.

—Pero no aquí en la cocina —bufó la enfermera mirando al niño que tenía el pelo hecho una maraña y la ropa pringada de mugre.

Henson puso un cubo de agua a calentar sobre la estufa diciendo tranquilamente:

—Afuera no puede ser.

—Esto es insufrible —chilló la enfermera—. Le avisaré a la señora. No debes meter a cualquier golfillo en la cocina.

—Éste no es un golfillo. Es mi hijo... se llama Kudluktú.

La enfermera abrió tamaña boca y dio un paso atrás llevándose las manos al pecho. Aunque había oído hablar de esos intercambios pecaminosos de mujeres que se hacían en los iglús, esta era la primera vez que tenía ante sus ojos las consecuencias.

Henson no pudo reprimir una sonrisa.

—Es huérfano, señora Cross, y yo lo he adoptado.

Aun aquello era demasiado para la señora Cross, que salió de la cocina como alma que lleva el diablo. Henson le cortó el pelo al chico, le quitó los grasientos andrajos, los quemó y luego le dio una friega hasta dejarle la piel reluciente como el cobre recién pulido y lo vistió con nuevas pieles. Durante todo ese proceso el chico había permanecido estoico y silencioso.

De allí en adelante Kudluktú durmió en un lecho de pieles extendidas bajo el catre de Henson y seguía a éste dondequiera que fuese como una sombra. En su carita redonda y cobriza veíase siempre una expresión de admiración y amor por su protector.

Era algo muy significativo que se le hubiese permitido a Henson adoptar al chico. Los esquimales quieren mucho a los niños, pues son pocos los que nacen y, cuando murió la madre de Kudluktú, que era viuda, todos los vecinos quisieron hacerse cargo de él. No obstante, cuando Henson expresó sus deseos, todos le cedieron sus derechos. La tribu no hubiera hecho esto por otro que no fuera Henson.

Henson soluciona una crisis

El *Falcon* debía regresar de Nueva York en el mes de agosto y Peary, a quien le horrorizaba la idea de reembarcarse en él, vencido, consultó con Henson el problema.

—Matt, pienso quedarme aquí todo el invierno para tratar de hacer otra intentona en la primavera. ¿Qué te parece?

—Yo me quedo —respondió Henson al momento.

—Estaba seguro de que te quedarías —le dijo Peary sonriendo—. Tendremos que mantenernos de lo que cacemos durante el invierno: pero seremos menos; pediré voluntarios y de los que se ofrezcan escogeré a los tres mejores. De este modo podremos eliminar mucho peso muerto.

Pero sus esperanzas de conseguir tres hombres eran demasiado optimistas. Peary no sabía inflamarlos para emprender acciones heroicas; no dispensaba elogios ni alabanzas; era a veces brusco en sus modales y siempre exigente en el trabajo y desdeñoso en extremo con los quejumbrosos y los maulas. Era un buen capitán de hombres fuertes, pero los débiles lo encontraban a veces intolerable. Cuando pidió voluntarios, ninguno dio un paso al frente. Sólo a última hora el joven periodista Hugh Lee aceptó el reto. Así que su mando quedó reducido a dos hombres.

Con el invierno inminente iban a cambiar las relaciones hasta entonces existentes entre Peary y Henson, que siempre habían vivido separados por los convencionalismos sociales de amo y criado. Aunque Peary no era muy partidario de esta nueva intimidad, los acontecimientos lo forzaron a aceptarla. Había llegado al Norte llevando consigo la arrogancia de su raza y su cultura. "En situaciones en que se requiera resistencia para sobreponerse al hambre, la sed, la intemperie y la



CUANDO USTED VIAJA SOBRE RUEDAS,
GOODYEAR FABRICA LO QUE USTED NECESITA

MILES DE KILOMETROS EXTRA SIN COSTO EXTRA

Ninguna otra cubierta iguala en completo rendimiento a las cubiertas Goodyear fabricadas con

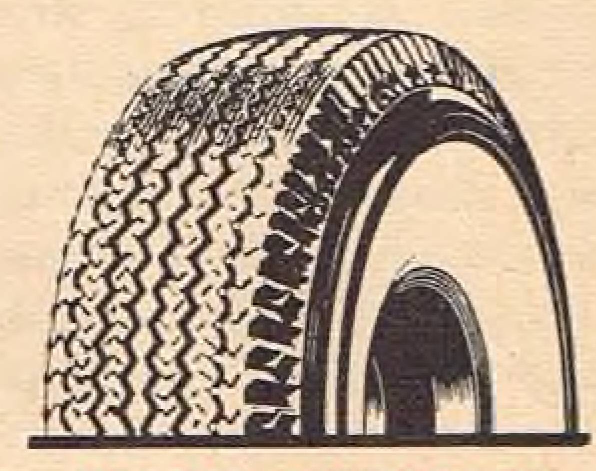
TUFSYN

el más fuerte de todos los cauchos para cubiertas

COMPROBADO EN MILLONES DE KILOMETROS EN CAMINOS DE TODO EL MUNDO

Tufsyn es un nuevo caucho polibutadieno con fórmula exclusiva de Goodyear, más fuerte que cualquier otro caucho para cubiertas. En millones de kilómetros experimentales Goodyear probó todos los nuevos compuestos de caucho de alta histéresis, pero sólo Tufsyn demostró tener las genuinas ventajas en el camino, que dan mayor beneficio al automovilista.

Tufsyn agrega miles de kilómetros a la banda de rodamiento. Tufsyn moldea una sólida unión de las telas, que hace resistentes costados y armazón más fuerte. Tufsyn mejora en total la cubierta.



SUPER - CUSHION
con y sin cámara





EN EL MUNDO ENTERO, MAS GENTE VIAJA SOBRE CUBIERTAS GOODYEAR QUE SOBRE LAS DE CUALQUIER OTRA MARCA

fatiga", había escrito, "el hombre inteligente e instruido soporta mejor las privaciones que el palurdo". Este criterio lo había llevado a cometer grandes equivocaciones en la selección de sus hombres y debido a él había menospreciado por largo tiempo las cualidades de Henson. Pero el Norte se había encargado de enseñarle a ser más moderado a este respecto. En las últimas dos expediciones a Groenlandia había tenido 14 hombres bajo su mando y todos habían defraudado sus esperanzas. Todos, menos Henson.

Más aún, los esquimales, gente de la edad de piedra, no sólo sobrevivían sino que prosperaban. Así que, cada vez más iba aprendiendo de ellos y empleando sus métodos. Henson era el puente que con ellos lo unía. Los esquimales respetaban a Peary y confiaban en él, pero a Henson lo amaban. Y en su sociedad primitiva se hacían más cosas por amor que por deber.

Peary, Henson y Lee iniciaron entonces una serie de excursiones a fin de localizar los depósitos de alimentos escondidos bajo la nieve el año anterior. La batida fue un golpe demoledor para su estado de ánimo, ya que buscaron y rebuscaron infructuosamente los palos que habían dejado como señales.

Por fin encontraron uno. Pero ya no era un palo de dos metros... Sobresalía del suelo 15 centímetros. Esto quería decir que las provisiones yacían enterradas y heladas sin posibilidad de rescatarlas. ¡Todos los elementos esenciales para la expedición de la primavera se habían perdido!

Durante los días siguientes, Peary estuvo muy deprimido y su mal humor fue la tónica del campamento. A Henson le afectó menos que a Lee: había aprendido de los esquimales que la risa es el mejor antídoto para el veneno del fracaso. Pero cuando decía algún chiste Peary y Lee lo miraban compasivamente, como si le faltara el juicio para comprender la gravedad de la situación.

Cierto día le llegó el turno de cocinar a Hugh Lee. Peary leía y Henson remendaba las correas de una raqueta para andar sobre la nieve. El cuarto estaba silencioso; sólo se oía el chirrido de la grasa de ballena en que Lee freía unas lonjas de carne de reno.

A no ser que se tenga mucho cuidado, la grasa de ballena arde fácilmente con una llama fuliginosa que echa a perder lo que se fríe. Eso le pasó entonces. El novel cocinero dio un paso atrás, echó una mirada de odio a la tiznada sartén y en un rapto de ira la tomó por el mango y la arrojó lejos de sí con tanta fuerza que, rompiendo la hoja de la puerta, pasó al otro lado y fue a hundirse chirriando y humeando entre la nieve.

Peary dejó caer el libro, se le encendió el rostro. La pérdida del aplomo en un hombre era algo que le parecía intolerable. Nunca permitía que tal cosa le pasase a él y estaba decidido a no permitirla entre sus hombres. Abrió la boca para reprender a Lee, pero vio al chico tan

apesadumbrado que no se resolvió a decirle nada. Volvió a tomar el libro y siguió leyendo.

Todo volvió a quedar en silencio. Lee recogió la ahumada cazuela, buscó luego un martillo y clavos y reparó la puerta; volvió a la estufa y se puso a preparar de nuevo la comida. Cuando se sirvió al fin todos comieron en silencio.

La mañana siguiente persistía el silencio. Henson quiso entablar conversación pero nadie le contestó. Lee, apesadumbrado y arrepentido, hubiera preferido una buena reprimenda de Peary y salir del paso de una vez; en cuanto a Peary, habiendo pasado por alto el incidente, no sabía cómo liquidarlo. El silencio se acentuaba.

Al día siguiente le tocaba cocinar a Henson. Buen rato estuvo frente a la hornilla pensativo y luego, sin que lo vieran, ladeó la sartén de modo que se inflamara la grasa de ballena. Se alzó un globo de llama y humo negro. Henson dio un paso atrás, lanzó una exclamación, que atrajo las miradas de Peary y Lee, agarró la sartén por el mango y la arrojó con tal fuerza y precisión que, rompiendo de nuevo el tablero con que Lee había reparado la puerta, fue a caer afuera entre la nieve.

Hubo un momento de sorpresa. Luego se oyó la risilla contenida de Lee, otra con que le contestaba Henson y en seguida una carcajada general; y tras de la risa vino la conversación, la comunicación bendita.

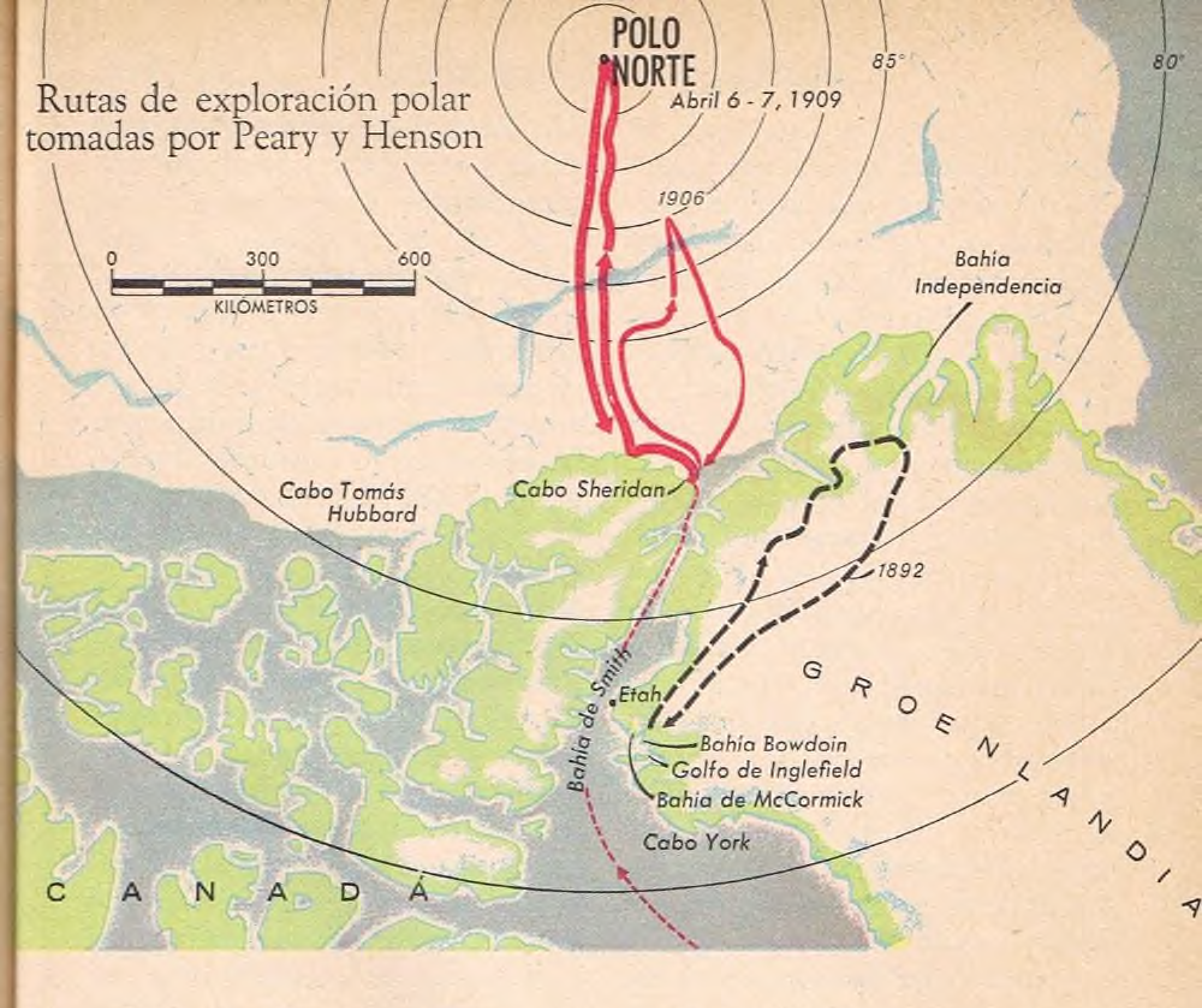
Risa era lo que Peary necesitaba, no sólo para romper el hielo de su desavenencia con Lee, sino para aguzar la imaginación y refrescar el espíritu para abordar el gran problema que tenían entre sí. Esa noche, restaurada ya su ecuanimidad, habló de él con sus compañeros.

—Mañana haremos inventario de las carnes de reno y morsa congeladas que tenemos y veremos cuánto han de durarnos, en remplazo de los otros alimentos que se perdieron. Creo que podemos juntar raciones de té, bizcochos, aceite y carne para nosotros y para los perros y que habrá lo suficiente para dos meses que, con buen tiempo, será lo que dure el viaje de ida y vuelta a la bahía Independencia. Si el tiempo se vuelve malo tendremos que vivir de lo que encontremos en el camino.

No obstante, todos sabían que los únicos seres vivientes que econtrarían sobre el hielo serían ellos mismos y sus perros.

El tenue hilo de la vida

El primero de abril de 1895 fue la fecha que se fijó para la partida, y a medida que se aproximaba el período de constante luz del día, se aceleraba el ritmo de los preparativos. Se daba prisa a las mujeres esquimales que cosían la indumentaria de piel que debían usar los expedicionarios en el viaje, y así que iban terminando las prendas se colgaban a la intemperie, expuestas a una temperatura de 40 grados bajo cero, con el fin de que el frío matara cualquier piojo que hubiera podido pasarse del cuerpo de las cos-



tureras a las junturas de la ropa.

Henson construyó tres trineos y dio en ellos varias vueltas de prueba. Y cuando estuvo todo listo, Peary, Henson y Lee emprendieron la larga jornada. Acompañados por un pequeño grupo de esquimales marcharon siete días hasta el gran escondite, el lugar donde Peary había depositado 600 kilos de *pemmicán* (tortas de carne seca, harina, melaza y sebo) el año anterior, cuando se vio forzado a regresar. Contaba con ese alimento para su viaje por la costa helada, pero no encontró ni rastro de él. Había quedado sepultado bajo muchas toneladas de nieve.

—Esto significa que tendremos que contentarnos con carne de reno para nosotros y de morsa para los perros —dijo Peary—; y temo que no tengamos suficiente.

—¿Qué haremos si se nos acaba? —le preguntó Henson.

—Tendremos que comernos los perros.

Los esquimales expresaron gran temor de que Pearyaksoa se empeñara en continuar el viaje y uno de ellos le dijo a Henson:

—Miy Paluk, vuélvete con nosotros. Si vas más allá te va a tragar Kokoyah. ¿Por qué quieres ir donde no hay nada?

—Voy a ver si es cierto que no hay nada. Puede ser que haya algo. Quiero ver con mis propios ojos —replicó el negro sonriendo a sus amigos—. Cuando regrese os contaré todo lo que haya visto.

Su alarde quedó hecho pedazos casi al punto. Lee cayó enfermo y el segundo día de viaje los acometió una tormenta con furia increíble. Acurrucados en el inseguro abrigo de su tienda, a Henson se le helaron las mejillas y a Lee se le congeló un dedo del pie. Por más de una hora Henson tuvo el pie de su amigo metido entre las ropas y la piel de su propio estómago para devolverle la circulación.

Los perros también sufrieron lo indecible con la tormenta y cuando llegó la hora de engancharlos, dos de ellos estaban inútiles y tuvieron que ser sacrificados. En las siguientes marchas les fue preciso deshacerse de otros animales inservibles y el 26 de abril sólo les quedaban 17 de los 42 perros con que salieron. A poco ese número se redujo a 11 y de éstos había tres que escasamente podían caminar. Fue preciso ayudarles a tirar de los trineos.

El 6 de mayo la situación era desesperada. No era posible matar más perros si es que querían regresar. La lectura del sextante le indicó a Peary que estaban cerca de bahía Independencia, pero ni Lee ni la mayoría de los perros podían dar ya un paso más. Así que, al día siguiente, después de acomodar a Lee lo mejor posible dentro de la tienda, Peary y Henson se engancharon ellos mismos al tiro de un pequeño trineo y se encaminaron hacia una nube distante en el horizonte que, si no era un espejismo, prometía tierra y posiblemente, animales.

Pero aún los perseguía la mala suerte. Era en realidad tierra, la costa oriental, mas antes de llegar allá tropezaron con una serie de grietas en el hielo. No habían avanzado mucho cuando Peary cayó en una de ellas. Afortunadamente era angosta y antes de hundirse por completo logró asirse de los bordes.

Henson se tendió de bruces, le pasó una de las correas de cuero del trineo por debajo de los brazos y poco a poco fue sacándolo. Al cabo de 15 angustiosos minutos Peary tenía ya el busto fuera de la profunda hendidura y a poco los dos hombres descansaban juntos, estirados sobre la nieve, jadeando de fatiga.

Mas a los pocos minutos de haberse puesto de nuevo en camino, Henson cayó en otra grieta hundiéndose hasta la cintura. Su compañero lo salvó de la misma manera. Siguieron andando por el azaroso terreno, transidos por el hambre y la fatiga, hasta que al fin llegaron a la morena, montón de piedras formado entre el glaciar.

Allí encontraron rastros de liebre de la región ártica y excrementos secos de carneros almizcleños, pero nada más. La caza había estado allí... ¿pero cuándo? ¿Haría una semana... un mes? Exhaustos y descorazonados emprendieron el regreso al campamento. Distaba 40 kilómetros. Cuando por fin entra-

ron tambaleándose en la tienda, Lee estaba inmóvil y pálido en su lecho de enfermo; dos perros más habían muerto.

Comieron una pequeña ración de carne de reno congelada y se acostaron a dormir. A Henson le daban vueltas en su mente ofuscada las palabras de sus amigos esquimales: "Si vas allá te va a comer Kokoyah". Y casi, casi deseaba que Kokoyah no tardara tanto.

Cuando despertaron, Peary analizó la situación lisa y llanamente. El propósito del viaje era determinar si la capa de hielo se extendía hacia el norte hasta llegar al polo, y si esto era así, seguir por ella en esa dirección hasta donde se pudiera. Aunque convencido de que la marcha era imposible, no quería regresar sin averiguar si la masa de tierra se extendía realmente hasta la cima del mundo o si entre ésta y aquélla se interponía algún mar. Ya que había llegado tan lejos, valía la pena andar unas cuantas leguas más con el fin de penetrar el secreto de los hielos firmes.

Aún era tiempo de emprender el regreso. Los perros morirían, sin duda, pero había alimentos suficientes para los hombres y tenían la esperanza de poder desandar esos mil kilómetros. Habría que comenzar la marcha inmediatamente.

—Por otra parte —dijo Peary— ya sabemos que hay carneros almizcleños en la morena. Podríamos jugarnos el todo por el todo e intentar una partida de caza. Fijaos bien que digo el todo por el todo ... porque si vamos y no encontramos tales carneros, nunca podríamos volver al Lodge—. Hizo una pausa y miró a sus camaradas—. Yo no quiero decidir este asunto ... lo dejo enteramente a vuestro parecer.

Hubo un momento de indecisión tras el cual dijo Henson:

—¡Hagamos la cacería!

A pesar de su enfermedad, Lee lo secundó. Por no demostrar su gran emoción, Peary se puso de pie y dijo:

—Bautizaremos este pedazo de hielo donde estamos ahora con el nombre de Campamento Resolución—. Acto seguido dio la vuelta para comenzar a enjaezar los perros.

La caza

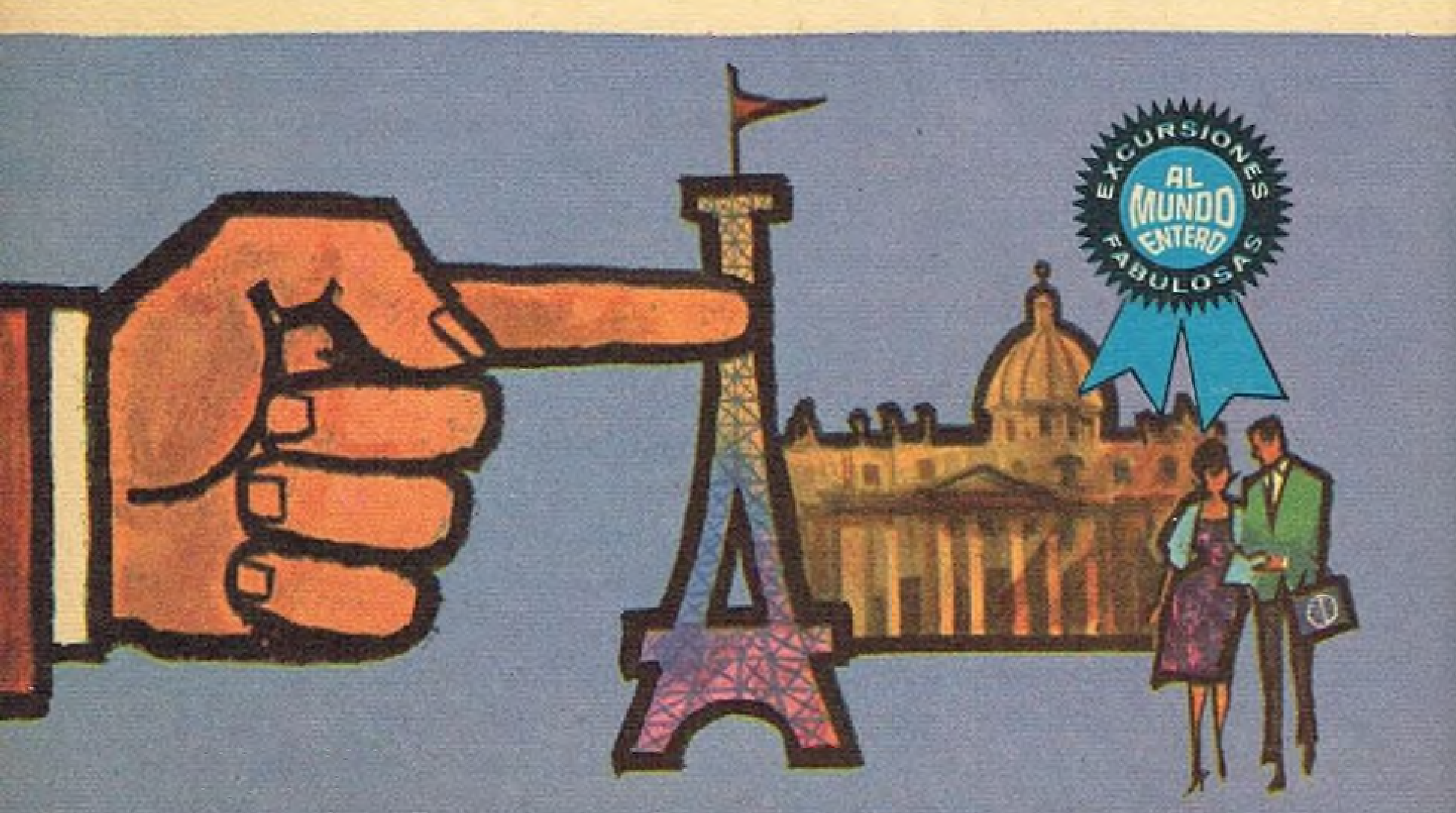
PLANTARON su nuevo campamento cerca de la bahía Independencia, y el 15 de mayo, después de haber estado allí prisioneros de la tormenta durante dos días, Henson y Peary sacaron los perros y las armas y, provistos de medias raciones para cuatro días, emprendieron la batida que debía salvarlos o perderlos.

Se encaminaron hacia una suave hondonada en donde Peary y Astrup habían matado carneros almizcleños en 1892 y tras 12 horas de continua marcha llegaron al lugar deseado. Peary había puesto todas sus esperanzas en ese vallejuelo, pero no encontraron allí ni rastros de caza.

En aquel punto murieron de inanición dos de los perros y sus flacas carnes sirvieron de alimento a los sobrevivientes, hombres y animales.

PAN AMERICAN HACE MUCHO MAS QUE SIMPLEMENTE TRANSPORTARLE...

...su departamento de Servicios Especiales se preocupa de que Ud. reciba en tierra la fina hospitalidad de que disfruta a bordo.



Para su estadía: *Excursiones Fabulosas*: Son planes independientes de paseo para una persona o grupo. Comprenden alojamiento y giras locales. Su agente de viajes le obsequiará folletos a colores. Ud. puede financiar vuelo y Excursiones con el plan *Viaje ahora—Pague después.*

Un cordial funcionario elegirá para Ud. el mejor asiento disponible, atenderá a los niños y verá que todos queden cómodamente instalados a bordo. La asistencia se prolonga después del vuelo, a través de inmigración y aduana. ¿Nueva reservación? ¿Auto para manejar? ¿Hotel? . . . ¡Ud. ordena! Más de 770 oficinas, en todo el mundo, le informarán sobre eventos, tiendas, restaurantes, etc.

La flota interoceánica de jets más grande del mundo, técnicos de alta pericia, más 80 millones de dólares en repuestos, en talleres de mantenimiento de los 6 continentes, respaldan su confianza en Pan American, la línea aérea de mayor experiencia en el mundo.



Ya no quedaba otro remedio que seguir andando. No había objeto en volver al campamento, no había objeto en sentarse en un valle desierto. Posiblemente la próxima hondonada estaría igualmente desierta, y la otra y la otra, pero no podían hacer otra cosa que seguir caminando... hasta que fuera materialmente imposible dar un paso más.

Entonces vio Peary que se movía una piedra cubierta de nieve; parpadearon sus ojos inyectados de sangre; la piedra volvió a moverse y de pronto tomó la forma de una liebre de las tierras árticas.

—Matt . . . Matt —gritó débilmente—. ¡Mátala, por Dios!

Henson era un excelente tirador, pero al echarse la escopeta a la cara hacía mover el cañón sin poderlo remediar. Se sentó e hizo mampuesto sobre las rodillas. Aunque el arma estaba firme se le nublaban los ojos. Disparó y erró el tiro. La liebre dio unos cuantos saltos. Henson se quitó los anteojos negros, volvió a hacer puntería a pesar del fuerte destello del sol en la nieve, disparó otra vez; la liebre dio un gran salto en el aire y cayó muerta. La despedazaron y se la comieron, cruda, chorreando sangre.

Era el primer alimento completo que ingerían desde que se separaron de los esquimales, 35 días antes, la primera comida realmente nutritiva para un hombre que necesite trabajar todo el día. No habían terminado de comer cuando comenzó a nevar y se echaron a dormir sin importarles un ardite la nieve que se amontonaba a su alrededor. Henson pensaba que se habían burlado de Kokoyah. ¿O sería Kokoyah el que se burlaba de ellos?

Al día siguiente lo supieron. Por fin encontraron los carneros almizcleños. Primero tropezaron con una huella, tan indistinta, que no se atrevían a dar crédito a sus ojos. En seguida los excrementos... y estaban frescos. ¡El rebaño no podía estar lejos!

Por encima de un montículo alcanzaron a ver un grupo de puntitos negros en el otro valle. El hato constaba de 22 hembras con sus borregos y tres machos.

Haciendo acopio de todas las fuerzas que les quedaban, los dos hombres se abalanzaron contra él. Henson disparaba mientras corría, acompañando cada bala con una plegaria. Un macho se desplomó sobre sus cuartos traseros. Peary derribó otro macho... y luego el tercero. El rebaño se desbandó y los cazadores corrían tras de los animales sin dar paz a las escopetas.

De pronto una hembra herida dio la vuelta y agachó el testuz de afilada y reluciente cornamenta. Peary se vio en ese momento sobre ella y con la escopeta descargada. Cuando quiso cargarla la hembra embistió.

—Matt... ¡a ella, Matt!

Ya se disponía a atravesar con los cuernos al cazador caído, cuando se oyó un disparo. El animal embravecido se tambaleó, trató de embestir de nuevo a su indefenso enemigo, mas no pudo. Cuando se desplomó el animal, Peary se levantó

del suelo lentamente y miró con gratitud a Matt.

—Era la última bala que tenía —le dijo el negro sonriendo.

Allá en su campamento solitario, Hugh Lee, que hacía cotidianos asientos en su diario, el domingo 19 de mayo escribía: "Anoche, poco antes de las doce, oí la voz de Matt que cantaba a todo pecho ... la canción más dulce que he oído jamás. Prendí el reverbero, pues me supuse que habría demanda de té caliente. En seguida salí a encontrarlos".

Con la carne de los carneros almizcleños le fue posible a Peary proseguir sus investigaciones geográficas y descubrir que la capa de hielo que cubría a Groenlandia no era ni con mucho el "camino real" al polo norte. Estaba en una isla, una isla gigantesca en verdad, pero por la cual no se podía llegar fácilmente hasta el polo. Eso era lo que había logrado averiguar en definitiva.

Su problema consistía ahora en volver con sus dos compañeros a Anniversary Lodge, que distaba mil kilómetros de allí. Tenían un trineo roto, unos cuantos perros agotados e insuficiente provisión de víveres, a pesar de la carne de carnero.

El regreso se convirtió en una carrera con la muerte, que al fin ganaron por muy escaso margen. En el último sitio donde acamparon de vuelta devoraron sus últimas provisiones ... una taza de té, una lata de leche y cuatro bizcochos. Un perro quedaba todavía con vida. Henson le dio de comer ... un par de botas de piel de foca y unos pocos metros de reata de cuero crudo. Al día siguiente llegaron a Anniversary Lodge. Era el 25 de junio de 1895. Habían permanecido 85 días en el desierto helado y habían andado 2000 kilómetros.

Años de derrota

Los EXPLORADORES volvieron a su tierra, otra vez como héroes. Mas ahora Peary se daba cuenta de que lo unían con Henson lazos indestructibles, y de entonces en adelante en sus escritos y en sus conferencias ensalzaba al negro y se refería a él, no ya como a su sirviente, sino como a su "ayudante". Juntos volvieron a Groenlandia en 1896 y 1897 en expediciones científicas de menor cuantía, y en 1898 tornaron a salir, decididos a llegar al polo.

Esta vez Peary allegó provisiones suficientes para cuatro años. No podía concebir que fuera a fracasar cuatro veces consecutivas.

Mas las expediciones no fueron solamente fracasos; fueron casi desastres. El primer invierno se le helaron a Peary ambos pies, y aunque Henson le dio masajes y trató de calentárselos contra su propio cuerpo desnudo, como lo había hecho con Lee, los dedos se tornaron azules y el médico de la expedición tuvo que amputárselos todos, con excepción de los meñiques de cada pie.

A un hombre sin dedos en los pies le sería difícil conservar el equilibrio en las calles de la ciudad: hacer otro tanto en la región ártica parecería imposible. Cuando

los miembros del Club Ártico Peary tuvieron noticias de la amputación dieron por sentado que con ello se pondría punto final a la expedición.

Pero se equivocaban. Un mes después de la operación, Peary y Henson se hallaban otra vez llevando provisiones en trineos hacia el norte. Fracasaron en cada una de las tres expediciones siguientes y Peary volvió a Nueva York a reabastecerse. Volvieron a salir para el norte; esta vez, en 1905, intentaron navegar directamente hasta el borde del mar Polar y, aunque el viaje fue una epopeya de desastres y calamidades, llegaron a cerca de 280 kilómetros de su meta. Habían batido un récord. Jamás había llegado antes allí un ser humano. Pero no pudieron seguir adelante.

Cuando regresaron a Nueva York, Henson notó un gran cambio en su jefe: Peary estaba cansado y enfermo. Antes de emprender aquel viaje se había hecho amputar los dedos meñiques para igualar el paso y le habían sacado una lonja de piel de la planta del pie para cubrir y acojinar el muñón. Cuando salió estaba aún convaleciente de la operación; ahora volvía exhausto.

El país se daba cuenta del menoscabo sufrido en su salud. Se figuraban que ése, su último viaje, debió haber sido el más penoso. Pero ante la sorpresa de todos, Peary recibió a los reporteros diciéndoles:

—Estamos aquí con el fin de hacer algunas reparaciones y conseguir ciertos artículos.

—¿Quiere decir con esto que

piensan volver? —le preguntaron los periodistas incrédulos.

—Tan pronto como nos equipemos —replicó Peary resueltamente—. A más tardar el verano entrante. Y esta vez estoy decidido a plantar las Estrellas y las Barras en el polo norte.

El público se quedó estupefacto. La gente admiraba a Peary, naturalmente, pero también creía que no estaba en sus cabales.

Solamente cuando se hallaba a solas con Henson, abandonaba el gran explorador su actitud heroica.

—Matt —le decía—: este viaje sí será el último. Ya sea que nos vaya bien o mal, nunca más podremos volver al Norte.

Amos del Norte

HENSON y Peary afrontaban la última gran aventura, cada uno de un modo diferente. Peary la había comenzado con voluntad inquebrantable que últimamente habíase tornado en obsesión. Muchas razones se oponían a que intentara el viaje al polo otra vez: su propio cuerpo lleno de cicatrices y agobiado por 52 años de edad; la historia de los desastres sufridos, no sólo por él sino por todos los que habían intentado llegar al polo; su familia abandonada, condenada a la soledad y a la angustia... todas estas eran razones de peso, pero él no escuchaba la voz de la razón... sólo deseaba la victoria o la muerte.

Henson, por su parte, había comenzado con un simple deseo de aventura que se había ido trasfor-

mando en sencillo propósito. Se había propuesto probar que un negro es muy capaz de igualar a los blancos cuando se trata de vencer y superar dificultades. No quería perecer en la demanda, porque entonces no habría probado nada. Su deseo de vivir quedó demostrado con lo último que hizo antes de marchar al Norte; casarse con Lucy Ross, una chica que había conocido pocos años antes.

Aunque al reclutar los hombres que habrían de acompañarlos en su última expedición Peary volvió a rodearse de intelectuales, esta vez resultó que todos ellos demostraron el coraje y la fuerza de voluntad que en vano había buscado en otras ocasiones.

Quizá se debió esto a que tuvieron a Matthew Henson como instructor. Uno de ellos, el joven Donald MacMillan, que más tarde se haría famoso como explorador de las regiones árticas, relata así su primer encuentro con el negro, a bordo del barco expedicionario *Roosevelt*: "Era de menos de mediana estatura, pelo negro, cara limpia de barba y bien parecido. A pesar de ser yo un atleta, no podía menos de admirar la facilidad con que se movía y trabajaba en el barco. Como era muy modesto, tardé bastante en saber su verdadera importancia... no sabía yo entonces que era él quien iba a enseñarme el arte de sobrevivir en el Norte".

Cuando tocó el barco en cabo York, en Groenlandia, para tomar a bordo algunos esquimales y perros, los novicios se quedaron pasmados con la recepción que allí les hicieron. Aunque silbaba la nevasca, los esquimales rodearon el *Roosevelt* en sus kayacs gritando: "¡Pearyaksoa! ¡Miy Paluk!" Una vez en tierra los viejos amigos se disputaban el honor de alojar a Henson en sus iglús, de alimentarlo, de hacerle nuevos trajes de piel. Allí estaba Kudluktú, su hijo, ya hecho un hombre, que caminaba orgulloso a su lado. Estaban también Sipsú y Seeglú y Ootá. Pero el más viejo de todos sus amigos, Ahnalka, ya había muerto.

Apenas se completó la partida, el *Roosevelt* comenzó a internarse en la gran extensión de témpanos flotantes. El barco hacía las veces de un ariete. Cuando subía la presión sobre sus costados, crujían las cubiertas pandeándose hacia arriba, de sus entrañas salía el quejido de los maderos que se cuarteaban y todo el navío se estremecía y palpitaba como la cuerda de un arco descomunal. Pero siempre lograba escurrirse de las garras de la muerte e iba dejando atrás una estela de hielo turbulento.

El 5 de setiembre de 1908, después de casi un mes de lucha, llegaron al margen del mar Polar donde encontraron una ruta, un parche de agua clara, por donde podrían seguir hasta el cabo Sheridan, donde fijarían sus cuarteles de invierno.

La larga noche polar descendía ya sobre ellos: el tiempo temido por la mayoría de los exploradores, cuando flaquean los nervios bajo la opresión de las tinieblas y la inactividad.



El *Roosevelt*, en el cabo Sheridan, setiembre de 1908

Mas no para los expedicionarios que mandaba Peary. Para ellos la noche ártica fue un período de intensa actividad durante el cual se construyeron y se repararon equipos y se ensayaron en viajes de prueba. En esta clase de operaciones era Henson el alma del campamento. Él mismo fabricó los trineos, sin un solo clavo o tornillo, sujetándolos únicamente con correas de piel de foca para darles elasticidad. Bajo su dirección las mujeres esquimales hicieron los trajes de los hombres: los *kamiks* o botas de piel de foca con un nido de hierba en el fondo: los pantalones de piel de oso; la *kuletah* o camisa de piel de reno confeccionada con mangas tan amplias que se pueden sacar los brazos para calentarlos junto al estómago y, finalmente, la capucha de piel de oso.

Igualmente importantes eran los lugares de refugio en el camino y para esto Henson y los esquimales enseñaron a los bisoños el arte de fabricar iglús de nieve. Finalmente ... el arte de manejar los perros. MacMillan escribió de Henson lo siguiente: "Sin lenguaje soez ni brutalidad alguna, con un pequeño movimiento del antebrazo y la muñeca, pilotaba su enfadoso convoy sobre el escarpado hielo con más rapidez y menos accidentes que los demás".

De Henson aprendieron los noveles expedicionarios no sólo los métodos de viajar con comodidad sino también los inflexibles requisitos para la supervivencia. "Todos los días hay que examinar los vestidos a ver si tienen agujeritos o rasgaduras",



ESTA IMAGEN FUE TOTALMENTE RESTAURADA. POXIPOL ES... FORMIDABLE!

les decía. "Un pequeño rasgón puede ser causa de que se le hiele a uno un pedazo de carne antes de sentir el frío".

En los meses de noche polar les enseñó todo lo que sabía. Pasaron noviembre, diciembre y enero. MacMillan y Ross Marvin, profesor de la Universidad de Yale, hicieron observaciones sobre aguajes y mareas; Henson guiaba las partidas de caza; el capitán Bob Bartlett tenía cuidado del barco: el Dr. J. W. Goodsell trataba las lesiones producidas por el frío, los males de estómago y el *piblokto*, y George Borup, recién graduado de la Universidad de Yale, metía las narices en todas partes y hacía de todo.

Entre tanto, Peary se pasaba las horas en su camarote consultando mapas y comprobando sus métodos una y otra vez. No podría establecer depósitos de víveres en la ruta porque el mar Polar derivaba continuamente hacia el este; ni tampoco podía un hombre con sus perros trasportar los alimentos necesarios para mantenerse durante una marcha de 1300 kilómetros. Llevar más hombres sería tan sólo aumentar las bocas que alimentar. Aquello parecía un círculo vicioso, pero Peary creía tener ya resuelto el problema.

En enero convocó a sus hombres para explicarles detalladamente su plan. Cada uno de los expedicionarios se pondría al frente de una pequeña partida de tres esquimales y de uno a cuatro trineos. Aunque cada uno de estos destacamentos debería bastarse a sí mismo en lo

tocante a víveres, armas y herramientas, llevaría también alimentos de reserva suficientes para avituallar a las otras partidas durante cinco días. En las primeras cinco marchas todos comerían de lo que llevara una de las partidas. A medida que se fueran consumiendo los víveres, las partidas irían regresando hasta que quedara solamente la de Peary, a cercana distancia del polo y con sus víveres intactos.

Tomadas estas disposiciones y preparados ya los esquimales, la expedición se trasladó a un promontorio situado a unos 120 kilómetros al noroeste del punto donde quedaba el *Roosevelt*. El 27 de febrero por la tarde, Peary convocó a su gente para las últimas instrucciones. Saldrían al amanecer.

Esa noche hubo gran entusiasmo en el campamento. Bajo la dirección de Borup los jóvenes exploradores entonaron canciones universitarias. Henson veía cómo se conmovían aquellos hombres con la nostálgica dulzura de los coros; mas no pudiendo participar de sus emociones ni de sus recuerdos, salió calladamente del iglú y se dirigió a su lecho. Al pasar junto al iglú de Peary vio que aún había luz dentro y hubiera podido adivinar lo que allí pasaba.

Peary estaba desnudo de la cintura para arriba con un harapo de seda en las manos. Era una bandera norteamericana hecha por su esposa años antes. La había llevado consigo en todas sus expediciones árticas y había ido cortando y dejando pedazos de ella bajo las rocas al término de cada viaje. La bandera tenía ya más de una docena de parches y él se la envolvió tranquilamente alrededor del torso desnudo. Había jurado llevarla hasta el polo norte.

El último tramo

En la mañana siguiente Henson despertó a los esquimales al grito de "¡Aduló! ¡Aduló!" No era ésta una palabra esquimal ni de otra lengua alguna. Era apenas un término disparatado inventado por él, cuando aún no sabía el idioma. Habíase convertido en una especie de chiste entre él y sus amigos, al que respondían éstos con sonoras carcajadas.

La salida fue silenciosa: no hubo arengas ni gritos de despedida. Peary pasó revista por última vez a sus 22 hombres y 19 equipos de perros; aquellas figuras embozadas en pieles ocuparon sus puestos respectivos detrás de los trineos, hicieron chasquear los látigos y la caravana comenzó a moverse hacia el mar helado, rumbo al norte, derivando un poco al oeste para compensar el impulso oriental que seguían los témpanos flotantes. La meta, bajo la estrella polar, distaba 650 kilómetros.

Bartlett y Borup iban abriendo trocha; el grueso de la expedición seguía las huellas de sus trineos. La impresión de las cuchillas de hierro sobre la nieve compacta no se borraría en muchos meses; su huella era indispensable para que todos pudieran seguir el mismo derrotero.

El grupo principal avanzó 15 kilómetros el primer día de marcha,

pero el segundo llegó hasta una laguna abierta en el hielo y hubo de esperar hasta la tarde a que se cerrase. Cuando al fin pudo pasar, el hielo del otro lado había derivado más de dos kilómetros hacia el este y con él se habían ido las huellas de los trineos de Borup y Bartlett. Fue preciso hacer una detenida exploración lateral para encontrarlas y poder seguir hacia el norte.

Viajando de noche, el grupo principal llegó a la tercera estación avanzada de Bartlett y ocupó sus iglús abandonados. Pero a poco la temperatura subió de -43 a -23, lo que significaba agua abierta, y tras un breve descanso, la expedición continuó la marcha. Al cabo de una hora alcanzó a Bartlett y sus esquimales que habían acampado a la orilla de una gran extensión de agua abierta.

Fue esta Gran Brecha la barrera que se interpuso entre ellos y la capa de hielo flotante que cabalga sobre el polo norte. Tenía casi 400 metros de ancho y se extendía de este a oeste hasta perderse de vista. El agua era negra y turbulenta. Caer allí equivalía a salir de este mundo.

Bartlett los recibió con este triste saludo:

—Hace 24 horas que estoy aquí.

—Era de esperarse esta dilación en la Gran Brecha —asintió Peary.

—Pero nunca se va a helar ... con este tiempo.

—Ya se cerrará ... hay que tener paciencia.

Aguardaron al día siguiente, y el siguiente y el siguiente. Los esquimales comenzaban a desalentarse.

Al cuarto día, Henson consultó el caso con MacMillan quien después de pensarlo un momento le dijo:

—¿No tienen ellos competiciones atléticas?

—Sí, suelen pulsear y también luchar.

—¡Magnífico! Les inventaremos también contiendas de tiro de cuerda, carreras, salto, levantamiento de pesas, en fin, haremos nuestras propias olimpiadas árticas. ¡Diles que habrá premios para los campeones!

El día fue magnífico. Las carreras resultaron un poco difíciles por causa de la pesada indumentaria y por el desgano de los esquimales por competir entre ellos mismos. No obstante, recibieron los premios con orgullo y, más importante que todo, se olvidaron de la brecha acuática.

El 11 de marzo descendió la temperatura a 40 grados bajo cero y se heló la Gran Brecha. Peary dio orden de levantar el campamento inmediatamente y la partida se puso en movimiento. Por entonces ya comenzaban a pagar caro el viaje hombres y perros. Aparecían negros parches de congelación en narices y mejillas; endurecidas como el cuerno las puntas de los dedos, se rajaban y sangraban. Como era sumamente doloroso respirar por los tiernos conductos de la nariz, todos respiraban por la boca y el vaho condensado junto a la cara helaba y entiesaba la capucha de tal modo que muchas veces se hacía imposible volver la cabeza sin mover todo el cuerpo.

La apertura de la trocha era especialmente penosa, tanto que ni un hombrazo tan robusto y tan valeroso como Bob Bartlett aguantaba mucho tiempo. MacMillan, que hizo parte de la avanzada con él en varias marchas, escribió:

"... Yo vi a un hombre tan fuerte como Bob Bartlett desesperarse y llamar a su madre como un niño, tiritando en un lecho de nieve, con las ropas interiores empapadas y el vestido hecho una masa de hielo, la cara endurecida por la escarcha, tiesos los dedos y todo el cuerpo adolorido por el ajetreo del camino".

El 14 de marzo empezaron las bajas en la expedición. Se escogió al Dr. Goodsell que, con los perros que se hallaban en peor estado y los esquimales más fatigados, emprendió el regreso hacia la costa.

Esto ocurría de acuerdo con lo planeado, pero al día siguiente se trastornaron los planes. Se le congelaron los pies a MacMillan y no hubo más remedio que ordenar su regreso para que lo atendiera el médico.

De allí en adelante, con intervalos de cinco días, la expedición siguió reduciéndose regularmente. Primero se fue Burop. Cinco días después fue escogido Marvin. Peary, Henson y Bartlett siguieron adelante y el 28 de marzo pasaron al punto más setentrional que había alcanzado Peary anteriormente.

El primero de abril Bartlett tomó el camino de regreso. Así, por fin, Peary y Henson se vieron juntos en el umbral de un sueño acariciado durante 22 años. Quizá después en

¡SERVICIO EXTRA!...

en su Esso SERVICENTRO



¡Está en todo!... Es el cordial operador de su ESSO SERVICENTRO; un hombre que conoce bien su automotor, le brinda atención idónea y cordial y siempre le proporciona productos de **calidad extra.** Así, su ESSO SERVICENTRO le brinda **SERVICIO EXTRA,** para que usted...

¡Viaje contento... viaje con Esso!

VEA "EL REPORTER ESSO" POR CANAL 11, TODOS LOS DIAS A LAS 23 HS. (DOMINGOS, A LAS 22 HS).

un rato de ocio, si lo hubiere, podrían señalar los incentivos que los estimulaban, pero no entonces. Entonces eran autómatas a quienes les habían dado cuerda y señalado una ruta con anticipación. Sólo eran capaces de marchar hacia el norte mientras pudieran caminar, y al no poder más se arrastrarían y cuando no pudieran seguir arrastrándose . . . tendrían que morir.

A un paso de la meta

Se habían propuesto llegar al polo en cinco marchas. Después de haber emprendido juntos millares de ellas, parecían bien pocas. Nada podría detenerlos ya.

A la medianoche del 2 de abril, Peary salió del campamento con su tiro de perros para romper la trocha. Con él iba Ootah, uno de los cuatro esquimales escogidos para acompañarlos. Los otros, Ooqueah, Seeglú y Eginguá, siguieron detrás con Henson. Marcharon 10 horas y avanzaron 50 kilómetros. Durmieron unas pocas horas y siguieron adelante al mismo paso . . . largas marchas y cortos descansos.

La mañana del 4 de abril, Peary dirigió una visual con el sextante. Operación difícil a causa del estado de sus ojos. Tanto él como Henson padecían la ceguera de las nieves y con los globos de los ojos ulcerados era una tortura quitarse los anteojos ahumados para mirar a simple vista el instrumento. Tras largo y cuidadoso estudio y muchos cálculos con papel y lápiz, Peary dijo:

—Estamos a 89 grados.

¡Solamente a un grado del polo! Su meta distaba apenas 100 kilómetros. Siguieron rumbo al norte llevando los perros al trote. Cuarenta kilómetros avanzaron ese día, 25 el siguiente. Según sus cálculos, les faltaba sólo una marcha para llegar.

Henson trotaba al lado de su trineo sintiendo crecer a cada paso su entusiasmo. El cansancio, las mordeduras del frío, el dolor de los ojos lacerados, todo se olvidaba con la emoción de cada metro que iba conquistando. Es posible que en la fiebre de esta última etapa perdiera hasta su buen sentido . . . de otra manera no se explica lo que aconteció entonces.

Llegó al borde de un canal de agua, helado recientemente, que estaba apenas cubierto con hielo tierno. Los perros se detuvieron como aguardando una orden. Normalmente los hubiera hecho virar al este o al oeste en busca de hielo más firme, pero no pudiendo dominar la impaciencia, juzgó que el hielo aguantaría.

—¡Huk! —gritó e hizo restallar la fusta.

A los pocos metros viose en apuros. La delgada capa de hielo comenzó a ceder. Los perros se echaban y aullaban; él no quiso retroceder.

—¡Huk! —volvió a gritar dando otro fustazo. Y a medida que avanzaba el tiro, Henson caminaba con las piernas abiertas para distribuir el peso. Oyó en seguida un ruido raspante y vio que las cuchillas del trineo iban cortando la delgada capa



DIA DEL PADRE

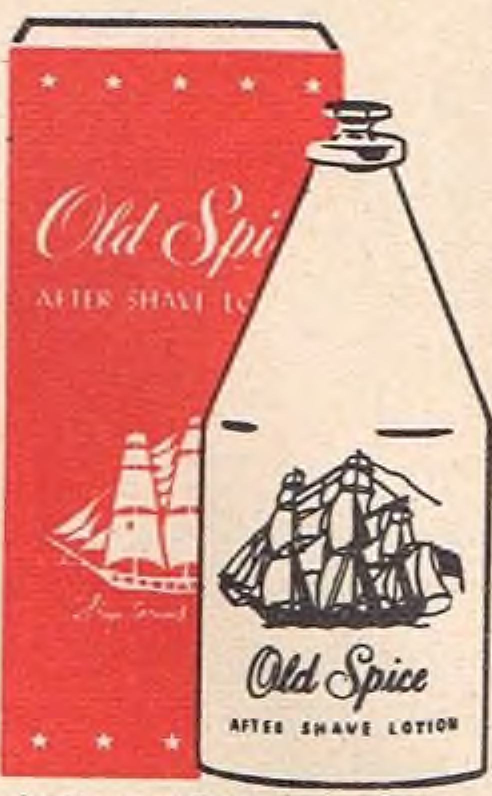
Para él, que es tan exigente...

Old Spice

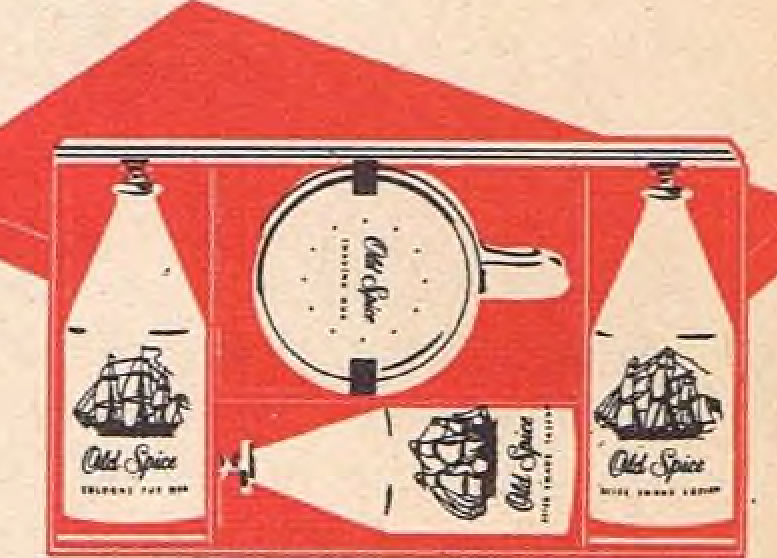
Le gustará . . . lo usará . . . se sentirá halagado? Con toda seguridad — si es Old Spice de Shulton! Old Spice de Shulton tiene un frescor *tan particular . . . tan varonil,* que los caballeros lo prefieren para su atención personal.



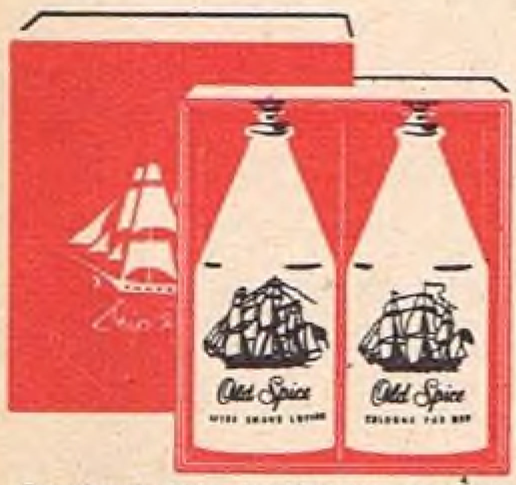
Colonia Old Spice



Loción para Después de Afeitar



Estuche de Lujo con Jabón de Afeitar en Taza, Loción para Después de Afeitar, Talco Invisible y Colonia.



Estuche de Lujo: Loción para Después de Afeitar y Colonia.



Jabón de Baño (caja, 2, envueltos)



Estuche de Lujo: Loción para Después de Afeitar y Talco para Después del Baño.

SHULTON

NUEVA YORK LONDRES BUENOS AIRES



Escudriñando el horizonte desde la cima del mundo

de hielo y dejando una estela de burbujas. Azuzó a los perros frenéticamente y se echó sobre el trineo a fin de sacarlo a hielo firme. La presión que hizo fue fatal; se rompió el hielo y el hombre cayó en el agua. Por un momento sus pieles se mantuvieron impermeables, pero a poco sintió la quemadura del agua que se le colaba en las botas. Comenzó a luchar buscando algo sólido a que agarrarse, pero la delgada costra se rompía bajo sus brazos y el quemante dolor iba ascendiendo por el cuerpo, cada vez más alto. Sintió una rabia salvaje contra el destino que lo había llevado a sólo algunos kilómetros del polo para acabar con él allí mismo.

De pronto dejó de hundirse; sintió que lo izaban y que caía sobre el hielo firme como un pez sobre la playa. Alzó los ojos y vio la cara cobriza y estólida de Ootah que aún lo tenía agarrado por detrás de la *kuletah*.

Sin decir palabra, el esquimal comenzó a cuidarlo solícitamente: le quitó las botas, le calentó los pies contra su propio estómago, y le sacudió el hielo de sus pantalones de piel de oso; luego sacó un par de botas secas del trineo y le ayudó a calzárselas.

Henson, que no sabía cómo demostrar su agradecimiento al amigo

que le había salvado la vida, lo miró sonriendo y le dijo:

—Ootah es muy forzudo.

Ootah frunció el entrecejo desdeñando la lisonja y le respondió:

—Ootah no es *piblokto* como Miy Paluk. Ootah no se mete en el hielo fresco.

A todas estas los había alcanzado el resto de la expedición y juntos prosiguieron unos cuantos kilómetros más al norte. Entonces Peary ordenó hacer alto y, sin manifestar la menor emoción, le dijo a Henson:

—Matt, aquí puede ser. Hagamos una observación.

Guiñando dolorosamente los ojos inflamados, Peary se tendió sobre una piel de oso, tomó el sextante y, poco a poco, con gran cuidado fue leyendo los grados del cuadrante y haciendo rápidos cálculos con papel y lápiz. Levantó la vista, miró a Henson y con la voz atiplada por el agotamiento, dijo:

—Ochenta y nueve grados y cincuenta y siete minutos...

El polo no era más que un concepto, un punto microscópico cubierto por un vasto mar de hielo flotante. Ningún instrumento de que hubiera podido Peary disponer hubiera sido capaz de localizarlo con toda precisión. Cualquier error que hubiese cometido sólo podía significar que si en ese momento no se hallaba precisamente encima del polo, podía muy bien encontrarse a tres o cuatro kilómetros de él en cualquier dirección.

Desde un punto de vista práctico, los expedicionarios habían llegado a su meta.

Sin decir una palabra más, Peary empacó sus instrumentos, se acostó y se quedó profundamente dormido. Henson se echó a su lado, y también se durmió al instante.

Seeglú, Eginguá, Ookeah y Ootá estaban desconcertados. ¿De modo que *eso* era lo que buscaban? ¿Para llegar a *eso* habían viajando tantas y tan penosas leguas? En aquel lugar no eran diferentes ni el mar, ni el hielo, ni el cielo, que en otros tantos sitios a 200, 400 o 600 kilómetros de distancia. ¿Sería que había algo allí que no alcanzaban a ver sus ojos de esquimales? Unos a otros se hicieron estas preguntas, y ninguno de ellos supo responder; su instinto les decía que allí había algo que ellos nunca entenderían. Y no queriendo averiguar nada más, también se echaron a dormir.

Tan sencillo y tan trivial

Al despertar, Henson encontró a Peary sentado a su lado, erecto e inmóvil. Recordó dónde estaban y le habló en el colmo de la exaltación; éste volvió a él sus ojos inyectados y le dijo con voz cansada:

—Voy a llevarme a Eginguá y a Seeglú para hacer otras observaciones.

El hombre ya no parecía el mismo. Estaba al borde de la extenuación física; pero había algo más que eso; la llama que lo había alentado para sobreponerse a tantos trabajos y privaciones parecía apagada. Henson esperaba en él una reacción de

felicidad y triunfo en ese momento en que habían llegado a la culminación de sus vidas; la ausencia de tales sentimientos le parecía inexplicable.

Se la hubiera explicado, no obstante, si hubiese visto las palabras que escribió Peary en su diario ese día inmediatamente después de despertar: "El polo al fin. El premio de tres siglos. Mi sueño y mi meta de 20 años. Mío al fin. ¡No puedo creerlo! ¡Todo me parece tan sencillo y tan trivial!"

La actitud de Peary y la de los esquimales no eran muy distintas, después de todo.

Con los dos esquimales y un doble tiro de perros, Peary emprendió marchas en varias direcciones haciendo observaciones y apuntando cada vez los resultados en su diario. Al término del día escribió: "He tomado 13 altitudes del sol o 6,5 altitudes dobles en dos distintas estaciones, en tres diferentes direcciones, en cuatro horas diferentes del día, y para contrarrestar los posibles errores en los instrumentos y observaciones, he atravesado en varias direcciones un sector de 12 a 16 kilómetros de circunferencia. En algún momento durante estas marchas he debido pasar sobre el punto donde el norte y el sur y el este y el oeste se funden en un solo punto".

Por fin Peary se dispuso a celebrar una pequeña ceremonia, llamó a Henson y le dijo:

—Matt, haz formar a los esquimales para tomar una fotografía.

Sacó en seguida de debajo de su

kooletah la bandera norteamericana llena de remiendos y empapada en sudor, que por tantos años llevara envuelta en el pecho, y del trineo sacó otras cuatro banderas y su banderola universitaria para que los esquimales las sostuvieran en alto, y ordenó a Henson:

—Clava las Estrellas y las Barras aquí, Matt.

Henson llevó la bandera a un montículo de hielo, hundió el asta en la quebradiza superficie e instruyó a los esquimales para que dieran con él tres gritos. Con esto quedó concluida la ceremonia, pasó el momento del triunfo y los expedicionarios tomaron el único rumbo que les era posible tomar . . . el del sur.

Todo, a excepción de alimentos, combustibles y herramientas, quedaría abandonado: la trocha estaba abierta, los iglús los esperaban. Pero tendrían que hacer dobles marchas en todo el trayecto de 650 kilómetros. Esto es: por la mañana recorrerían la distancia previamente recorrida en un día de viaje al norte y después del almuerzo harían otra jornada igual. Si dejaban de cumplir tan fatigante itinerario, aunque fuera por una sola marcha, se expondrían al peligro de encontrar brechas de agua que les harían inaccesible la tierra firme.

Peary abrió la marcha solo a pie, mas a la hora de camino trastabilló y estuvo a punto de caer; se irguió y haciendo un supremo esfuerzo siguió adelante, pero a poco volvió a tambalearse. Henson corrió en su auxilio; lo levantó y lo mantuvo er-



guido. Por el rostro de su comandante, ennegrecido y apergaminado por el hielo y el sol rodaban las lágrimas que al helarse dejaban de correr; el dolor que sentía en los ojos, casi ciegos, era insoportable.

Sus compañeros llevaron un trineo, colocaron en él a Peary y lo cubrieron con pieles. De esta manera viajó hacia el sur, aunque no sin protesta. Todas las mañanas salía muy temprano del campamento y comenzaba a caminar adelante, mas cuando los trineos lo alcanzaban ya había gastado sus escasas reservas de energía y se dejaba llevar de ellos.

Los azotó la tormenta; el sol se hacía más cegador cada día: su principal zozobra, no obstante, era la Gran Brecha: si la encontraban abierta estaban perdidos. Ese temor los acicateaba y los hacía andar y andar cumpliendo el itinerario que se habían impuesto. El 18 de abril los perros estaban casi exánimes y al fin tuvieron que concederles algún descanso. Ya se divisaban al frente nubes formadas sobre la tierra. La Gran Brecha estaba cerca.

El 20 de abril Peary cayó enfermo. Tenía fiebre, le dolía la garganta y no podía conciliar el sueño. Sin embargo, no permitió que se detuvieran. Al día siguiente llegaron al borde de la Gran Brecha. ¡Estaba helada! Pasaron sobre el hielo y dos días después pusieron las plantas sobre la tierra bendita.

En memoria de Matthew Henson

EL *Roosevelt* zarpó rumbo al sur el 18 de julio y arribó a Etah, en Groenlandia, sin contratiempo. Hubo momentos de gozo cuando las tribus esquimales dieron la bienvenida a los héroes de su propia raza que también habían ido al polo. Pero en medio de la alegre reunión se supieron noticias alarmantes por boca de Harry Whitney, deportista que había pasado el invierno cazando en esas latitudes. Díjoles Whitney que, poco después de la salida del *Roosevelt* hacia el norte el pasado otoño, el Dr. Frederick Cook había pasado por Etah, procedente del norte, dando a entender que había llegado al polo.

Los expedicionarios, pasmados, no lo creyeron. Cook era el médico que había acompañado a Peary en su primera expedición a Groenlandia. Los dos se habían cruzado en su camino en varias ocasiones desde entonces, no siempre amistosamente. En 1906 Cook había anunciado su ascensión al monte McKinley por la formidable cresta nordeste, pero no presentó pruebas satisfactorias de esa hazaña.

¿Habría efectuado en realidad el viaje al polo norte? Whitney sólo podía dar pocos detalles. Alegaba Cook que había llegado al polo partiendo del cabo Tomás Hubbard desde donde había efectuado el viaje de ida y vuelta en compañía de sólo dos esquimales. Peary hizo notar inmediatamente que esa ruta era 800 kilómetros más larga que la que él había tomado. Sin embargo, pretendía haberla recorrido sin auxilio alguno y llevando provisiones y elementos en sólo dos trineos. La

experiencia de toda una vida le decía que eso era imposible.

Los expedicionarios descartaron aquel cuento como uno de tantos rumores de la región ártica, y como tal quedó confirmado poco después, cuando Henson interrogó a los dos esquimales que habían acompañado a Cook, en presencia de Peary y MacMillan. Ellos dijeron haber hecho sólo una marcha adentro del mar Polar, en donde se quedaron dos noches y regresaron después. Según uno de ellos siempre habían tenido tierra a la vista, siempre.

Aun en su avance más setentrional, Cook había estado por lo menos a 800 kilómetros al sur del polo, según los cálculos de Peary y sus compañeros. Suspiraron con alivio. Whitney debió de entender mal a Cook; no era posible que hubiese intentado un engaño tan burdo.

Pero se equivocaban. Cook insistió en su pretensión. En efecto, cuando el *Roosevelt* todavía navegaba hacia su puerto de origen, el médico llegaba a Dinamarca y era recibido por el Rey y condecorado con una medalla de oro por la Real Sociedad Geográfica Danesa.

Peary no se inmutó, permaneció altivo y desdeñoso, pero juzgó erradamente el sentimiento popular. En verdad, había perdido el favor del público en los pasados 22 años de continuos intentos y fracasos. En cambio, Cook era una cara nueva; no tenía equipos llamativos, ni patrullas auxiliares, ni capitalistas que apoyaran su expedición. La gente deseaba creer que era él quien había descubierto el polo. Para el público, Peary era el mentiroso.

La vuelta de Cook a los Estados Unidos fue triunfal, en tanto que Peary y su puñado de héroes sufrían los vejámenes más despiadados. La injusticia llegó al colmo el 2 de octubre de 1909, cuando el *Roosevelt* tomó parte en la celebración del viaje de Robert Fulton por el río Hudson en su *Clermont*. Ese día Peary y sus compañeros al surcar el río a bordo de su barco fueron recibidos con una rechifla popular. Cook envió las "pruebas documentales" de su descubrimiento a la Universidad de Copenhague. El 19 de enero de 1910, la universidad anunció... "Los documentos no dan prueba alguna de que el Dr. Cook haya llegado al polo norte". Privadamente, los miembros de la comisión investigadora fueron más francos. El Dr. Knud Rasmussen, que originalmente había apoyado a Cook, dijo: "Eso fue un escándalo ... los papeles enviados a Copenhague son desvergonzados".

Cook, prudentemente, fue a vivir a la América del Sur y desde entonces cambió la suerte de Peary. En todas partes fue aceptada su bien documentada reclamación y al cabo de diez años se retiró de la armada norteamericana con los honores de contralmirante, tan bien merecidos. Cuando murió, a la edad de 63 años en 1920, había conquistado su seguro puesto en la historia: el primer hombre que llegó al polo norte.

No sucedió lo mismo con Matthew Henson. Tras de desembarcar


Línea y Técnica ...
DI TELLA 1500

en Nueva York volvió al lado de su esposa Lucy y más tarde consiguió un modesto empleo en las aduanas. Aunque todos sus compañeros lo calificaron de "el hombre indispensable" de la expedición, esas alabanzas recibieron poca atención. En efecto, durante la polémica suscitada por Cook, Peary se hizo acreedor a severas críticas por haber llevado consigo a un hombre carente de toda preparación científica. Los críticos pasaron por alto los conocimientos prácticos del negro en el arte de la supervivencia. Sin la ayuda de Henson y los esquimales que lo acompañaron al polo, Peary nunca habría podido llegar allá.

Después de la muerte de Peary, el gran defensor de Henson fue Donald MacMillan quien logró hacer reconocer en algo los méritos del negro, ya de avanzada edad. Lo hicieron socio de varios clubs; le concedieron la Medalla de la Marina y lo honraron con sus saludos los presidentes Truman y Eisenhower. El último tributo se le rindió en 1961 con una placa de bronce colocada en su honor en el Capitolio de Maryland, tributo que no alcanzó a disfrutar en vida, pues murió el 9 de marzo de 1955, a los 88 años de edad.

No obstante, la memoria de Matthew Henson perdura entre los esquimales, que se trasmiten de generación en generación la leyenda de Miy Paluk. El cazador que tuvo la fortuna de conocerlo personalmente se siente orgulloso y cuenta a los demás cómo solía conducirlos en las grandes expediciones de caza, cómo solía despertarlos y hacerlos salir de sus iglús con aquel grito suyo "Aduló, aduló"... y todavía ríen al recordarlo.

La exótica palabra forma hoy parte del vocabulario esquimal... No tiene significado específico, pero como los esquimales todavía ríen y cobran ánimo al oírla, ha llegado a ser entre ellos una expresión que sirve para dar ánimo e infundir calor. Así es como la memoria de Matthew Henson se conserva hoy todavía viva entre el pueblo que él tanto amó.

Paisaje lunar

Hace poco demolieron en San Francisco una vieja mansión para hacer un edificio de apartamentos. Una vez que hubo desaparecido la casa, entró en acción un grupo de obreros que con máquinas niveladoras completaron la destrucción y, de paso, arrasaron una higuera centenaria. Después que todo el terreno había quedado tan yermo y muerto como la cara opuesta de la Luna, los trabajadores pusieron un aviso que decía: "Recompensa de 100 dólares a quien dé informes que conduzcan a la detención de cualquier persona que afee este lugar".

—H. C.


P: . . . . mamá?
R: Pregúntale a papá.

m$n 30,00 **Junio de 1963**

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

El legado de Tomás Jefferson 25
Siete pasos para conseguir empleo 31
¿Será la Guayana Británica otra Cuba? 36
Vuelo a lo desconocido 43
Juan XXIII, el Papa de la unidad 50
Los Estados Unidos abren las puertas al turismo . . 56
Enriquezca su vocabulario 63
¡Cuidado con las medicinas que toma! 65
La orca, terror de los mares 70
¡Vaya con la lógica inglesa! 75
Doña Eladia de Colombia, constructora y maestra . 78
Citas citables 86
El hombre que no se dio por vencido 87
Lo que se sabe acerca del cáncer del seno . . . 99
Mi personaje inolvidable 105
La democracia triunfa en Filipinas 113
La fabulosa ave del abanico 125
La risa, remedio infalible 130
Los difíciles años de la adolescencia 132
200.000 vidas humanas arrebatadas al nazismo . . . 138
Manía de perfección 6
Páginas sueltas 11
Así es la vida 12
Humorismo militar 16
Sección de prensa 20

Sección de libros A la conquista del polo norte
La heroica marcha de Matthew Henson con el almirante Peary 144

Cubierta: Frescos en cavernas, diseño de Donald Crowley.